

DIÓCESIS DE ORIHUELA-ALICANTE

BOLETÍN OFICIAL DEL OBISPADO



AÑO 2021
AÑO JUBILAR
DE SAN JOSÉ



NÚM. 444

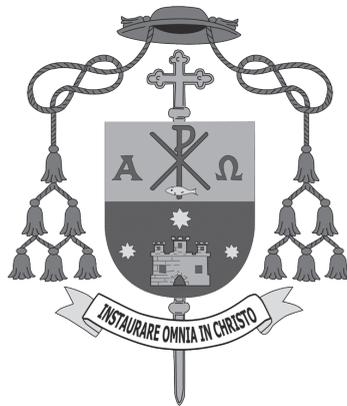
AÑO 2021

NOVIEMBRE / DICIEMBRE

DIÓCESIS DE ORIHUELA-ALICANTE

DIÓCESIS DE ORIHUELA-ALICANTE

BOLETÍN OFICIAL DEL OBISPADO



NÚM. 444

AÑO 2021

NOVIEMBRE / DICIEMBRE

PORTADA: Talla policromada de San José con el Niño en brazos de la Parroquia San José de La Murada.
Autor: José Sánchez Lozano. Realizado en: Murcia en 1960.

EDITA: Obispado de Orihuela-Alicante
Marco Oliver, 5
03009 Alicante
Tel: 96 520 48 22

IMPRIME: RGV PRINT SERVIGRAF S.L.
C/ Azorin, 4. 03007 Alicante

Depósito Legal: A-61-1958
ISSN 1885-1487

SUMARIO

OBISPO DIOCESANO

Escritos

Escrito de Presentación de la relación quinquenal al Santo padre, con motivo de la Visita ad limina	7
Somos lo que tú nos ayudas a ser. Somos una gran familia contigo.....	9
Caminando juntos con María	11
Solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo.....	13
Adviento: El Señor viene. El modelo es María.....	15
Navidad 2021	17
Saluda para la Semana Santa 2022.....	19

Homilías y alocuciones

Acto de entrega de las insignias «Pro Ecclesia Diocesana».....	21
Palabras de bienvenida al Sr. Nuncio de parte del Sr. Obispo.....	23
Misa de S. Martín, dentro de las celebraciones en honor a San Roque	24
Homilía de la Eucaristía en la CXXVIII. Asamblea Plenaria de la CEE.....	27
Palabras en el acto de presentación y programación de 8 Mediterráneo..	30
Relevo en la Sede de Orihuela-Alicante.....	32

Agenda

Noviembre.....	34
Diciembre.....	38

VICARÍA GENERAL

A todos los sacerdotes sobre las jornadas y colectas no parroquiales para el año 2022	41
---	----

CANCILLERÍA

Nombramientos.....	43
Reforma Estatutos	46

LITURGIA

Calendario Litúrgico 2021 - 2022. Propio de la Diócesis de Orihuela-Alicante.....	47
---	----

SANTA SEDE

PAPA FRANCISCO

Mensaje para la V Jornada Mundial de los Pobres, 2021: «A los pobres los tienen siempre con ustedes» (Mc 14,7)	52
--	----

VIAJE APOSTÓLICO DEL SANTO PADRE A CHIPRE Y GRECIA (2-6 DE DICIEMBRE DE 2021)

Discurso en el encuentro con los sacerdotes, religiosos y religiosas, diáconos, catequistas, asociaciones y movimientos eclesiales de Chipre.....	60
Discurso en el encuentro con el Santo Sínodo	66
Discurso en el encuentro con los obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, seminaristas y catequistas	70
Discurso en el Encuentro con Su Beatitud Jerónimo II y Su Santidad Francisco.....	75
Discurso en la Visita a los refugiados.....	79
Discurso en el Encuentro con los jóvenes.....	84

HASTA AQUÍ EL VIAJE APOSTÓLICO

Discurso a los miembros del Colegio Cardenalicio y de la Curia Romana con motivo de las felicitaciones navideñas.....	90
Homilía en la Santa Misa de Nochebuena. Natividad del Señor	100
Mensaje <i>Urbi et Orbi</i> - Navidad 2021	103
Carta del Santo Padre Francisco a los matrimonios con ocasión del Año «Familia Amoris laetitia»	106
Homilía en las Primeras Vísperas de la Solemnidad de Santa María, Madre de Dios y <i>Te Deum</i> de acción de gracias	112

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

7 de noviembre, Día de la Iglesia diocesana: «somos una gran familia contigo». Campaña Sostenimiento de la Iglesia.....	115
Nota de la Comisión Episcopal para la Educación y Cultura en torno a la asignatura de Religión.....	117
6 de noviembre, memoria de 2.053 mártires de la persecución religiosa del S. XX en España	119
Nota y rueda de prensa final de la 118ª Asamblea Plenaria	120

OBISPO DIOCESANO

ESCRITOS

Escrito de Presentación de la relación quinquenal al Santo padre, con motivo de la Visita ad limina

*Alicante,
12 de octubre de 2021*

Beatísimo Padre:

Le presento la relación quinquenal preparatoria de la visita «ad limina» que, junto a los demás Obispos de España, me dispongo a realizar dentro de los meses próximos. En ella se recoge la memoria de la vida de esta Iglesia diocesana durante los últimos años.

El trabajo que le presento ha sido elaborado por los distintos responsables de las diversas áreas de la realidad diocesana, buenos colaboradores del ministerio episcopal y, además, buenos actores y conocedores de la vida diocesana. La elaboración y lectura de esta Relación nos ha ayudado a conocer mejor nuestra Iglesia a la que servimos con confianza en Dios y con alegría.

Redactar esta relación ha sido buena ocasión para percatarnos de la obra del Señor entre nosotros durante estos años y para que, cono-

ciendo mejor el estado de la Diócesis, pueda planificarse con mayor conocimiento la vida pastoral de los próximos años. Siempre desde la confianza en la acción del Espíritu Santo para seguir anunciando a Cristo a nuestro pueblo.

Con esta documentación reciba mi saludo y el de toda la Iglesia de Orihuela – Alicante. Todos los días rezamos por Su Santidad y ponemos su vida y ministerio en manos del Padre misericordioso, a quien damos gracias por su pontificado. Igualmente confiamos en su oración por nuestra Iglesia, para la que pedimos humildemente su bendición.

✠ Jesús Murgui Soriano
Obispo de Orihuela-Alicante

Somos lo que tú nos ayudas a ser. Somos una gran familia contigo

Mis queridos diocesanos: la celebración del Día de la Iglesia Diocesana, nos recuerda de nuevo nuestra pertenencia a la Iglesia de Cristo, que peregrina en Orihuela-Alicante. Entre sus pueblos y comarcas, en el campo y la ciudad, en los diversos lugares de encuentro de las gentes de esta tierra alicantina, se hace presente la Iglesia de Jesucristo.

Nuestra tierra siempre ha sido acogedora y hospitalaria. Un día también acogió el mensaje del Evangelio y desde entonces, hasta nuestros días, ese mensaje nos ha venido acompañando y a través de sus gentes ha dado frutos de compromiso, de entrega, de amor de Dios en nuestra tierra. El mensaje de Jesús a los Apóstoles, «Id al mundo entero y predicad el Evangelio...», se hace realidad cada día. Jesús Resucitado sigue acompañando a su Iglesia en esta tierra, con la ayuda del Espíritu Santo. Por eso podemos decir que somos la Asamblea, la Comunidad de los Hijos de Dios que peregrina y construye el Reino de Dios.

Nuestra Iglesia Diocesana es una gran familia, en torno a la persona del Obispo. Cada uno de los fieles cristianos, somos piedras vivas, llamados a construir la Iglesia viva en salida. Entre todos hacemos realidad la misión de Jesús. Todos somos importantes y necesarios, porque la mies es mucha y los operarios pocos. Navegamos y remamos juntos en esta barca que es la Iglesia.

Son muchas las tareas que realiza la Iglesia Diocesana a través de las Parroquias, las Cáritas, Colegios Diocesanos y profesorado de Religión, los Centros de ayuda a menores, ancianos, inmigrantes, presos, etc., las Cofradías, la Catequesis, las diversas pastorales de la Diócesis (juvenil, universitaria, vocacional, enfermos, mayores, ...), los Movimientos de Apostolado Seglar, las congregaciones Religiosas de vida activa o clausura, etc... Gracias a todos por vuestra labor. Nuestra Diócesis está muy viva y activa con vuestras tareas y compromiso evangelizador.

Esta Jornada de la Iglesia Diocesana es un momento para darle gracias a Dios por tantas personas con sus esfuerzos, trabajos e ilusiones. Gracias porque cada uno de vosotros aportáis vuestros talentos y dones a la causa del Evangelio. Gracias al Señor porque cada día estamos unidos con nuestras oraciones en la Eucaristía, que es Acción de Gracias, que nos alimenta, acrecienta nuestra Comunión y nuestra Fraternidad.

Gracias también porque, como los primeros cristianos, compartimos y ponemos en común nuestros bienes en favor de la comunidad y de la misión. Cada uno de vosotros, a través de vuestra comunidad más cercana, como la viuda del templo, hacéis posible con vuestra ayuda generosa, que en este tiempo de pandemia tan difícil e incierto no falte el sostenimiento que es preciso para las actividades y necesidades de las comunidades y de nuestra Iglesia Diocesana. Os agradezco de corazón vuestra generosidad.

Con tu tiempo, con tus cualidades, con tu apoyo económico y con tu oración seguiremos trabajando en la extensión del Reino de Dios. Contamos contigo.

Un saludo cordial, con mi afecto, cercanía y bendición.

✠ Jesús Murgui Soriano
Obispo de Orihuela-Alicante

Caminando juntos con María

Hemos pasado un tiempo especialmente difícil a causa de la pandemia. Un tiempo en el que hemos visto -a veces incluso en nuestras propias familias o amistades- cómo la covid-19 quebraba la actividad económica, la salud e incluso la vida de muchas personas. Un tiempo en el que se nos pedía la conveniente distancia social y en el que se han visto suspendidas tantas actividades que forman parte de nuestra vida como creyentes, incluyendo la Venida de la Virgen o las representaciones del *Misteri*.

Pero en este tiempo duro que, gracias a Dios, vamos superando, no nos hemos sentido huérfanos ni abandonados. A pesar de no haber podido celebrar estas manifestaciones de devoción y amor a la Mare de Déu, Ella estaba ahí. Como estuvo acompañando a su divino Hijo en el camino hacia el Calvario y al pie de la Cruz redentora, María también ha estado a nuestro lado. Ha estado en nuestros hogares cuando estábamos confinados, ha estado al pie de la cama de tantos enfermos que han pasado semanas de incertidumbre sobre su salud, ha estado con las familias que han perdido a un ser querido, ha estado alentando a los que tenían la tentación de perder la esperanza.

Sí, la Mare de Déu ha estado y está siempre a nuestro lado, como buena Madre. Pero deseamos poder celebrar su Venida, ver en ese precioso amanecer en la playa del Tamarit que la Virgen se acerca a nosotros, viene a nosotros, quiere estar con nosotros y que nosotros estemos con Ella. Poder salir a su encuentro niños y mayores con ilusión y recibirla como Madre y Patrona de todos los ilicitanos.

Quiero destacar esa imagen siempre impactante del pueblo congregado en la playa, recibiendo a su Madre, celebrando su Venida y caminando con Ella. ¡Qué importante caminar juntos, unidos, de la mano de la Santísima Virgen!

Nuestro mundo, nuestra sociedad, necesita unidad. Necesitamos sentirnos hermanos y vivir sabiendo que nos necesitamos y que debemos remar juntos, sin divisiones, buscando el verdadero bien de la persona, de la sociedad. Juntos para proteger a los más frágiles e indefensos de nuestra sociedad, juntos para apoyarnos en la reactivación económica, juntos para integrar a los que se sienten marginados o han quedado al borde del camino, juntos para no perder los valores que brotan del Evangelio y que hacen que una sociedad sea fuerte.

Pero esta imagen del pueblo caminando unido también es una expresión de lo que es la Iglesia. El Papa Francisco ha convocado un Sínodo de Obispos para avanzar en la vivencia sinodal de la Iglesia, es decir, para que la Iglesia sea realmente un pueblo que hace un mismo camino, que avanza unido.

Pidamos a la Virgen de la Asunción, que viene a nosotros, que nos ayude a caminar unidos, con Ella, cada día de nuestra vida.

¡Felices fiestas de la Venida! Visca la Mare de Déu!

✠ **Jesús Murgui Soriano**
Obispo de Orihuela-Alicante

Solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo

Con la fiesta de Cristo Rey del universo termina el Año Litúrgico. Y, como nos enseña Papa Francisco, se nos «recuerda que la vida de la creación no avanza de forma aleatoria, sino que procede hacia una meta final: la manifestación definitiva de Cristo, Señor de la historia y de toda la creación. La conclusión de la historia será su reino eterno» (25-11-2018).

Así **culmina** la gran celebración del **Año Litúrgico**; todo un año en el que veneramos y celebramos la misericordia de Dios que llena la historia entera, una historia hecha **historia de Salvación** gracias a su amor. Una historia que arranca en la más inicial preparación de la venida de Cristo, que llega a su plenitud en su nacimiento y servicio entre nosotros, culmina en su entrega en la cruz y su resurrección, y se perpetúa en la historia que se inicia en el don de su Espíritu que nos acompaña hasta su última venida. Cristo principio y fin; Cristo, centro y plenitud de la historia y la creación entera. Existe un ansia de universalidad que inspira esta fiesta: la Salvación de la Humanidad y de todo el Universo.

La historia que vemos y leemos –sin embargo– en los años, en los días; la historia externa y profana, aquella que nos narran cotidianamente los medios, aquella en la que se alimentan y que estudian los sociólogos y los filósofos de la historia en sus distintas versiones, aparece en su superficie y en su profundidad como un permanente desmentido de los significados que acabamos de destacar. La historia, especialmente en estos **momentos de crisis «postpandemia»**, más bien aparece como un complejo movimiento de algún avance, pero con sonados retrocesos, un camino cuajado de contradicciones y heridas, un movimiento más de desintegración que de reunificación, un movimiento sin mucho sentido, como **tiempo invertebrado** de una sociedad «desvinculada, desordenada e insegura en la que crece la desconfianza y el enfrentamiento» (Plan pastoral 2021-2025 de la C.E.E., «Fieles al envío misionero» I, 2). Es solamente a la luz de la fe, donde se nos revela una óptica distinta, desde la que podemos ver que el río de nuestra historia humana que parece fluir hacia atrás, tantas veces y en tantos aspectos, y perderse en miles de meandros, en realidad, transcurre seguro hacia el gran mar de la eternidad en Cristo, y gracias a Él.

Por otra parte, **la realeza de Cristo** no es un misterio que se quede fuera de nosotros, en la «historia», en «la creación». No, estamos **dentro**,

como nos sugiere el apóstol Pablo en su carta a los Colosenses, cuando nos insta a dar gracias a Dios, que «nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino de su Hijo querido» (Col 1,13). Realmente somos «trasladados», es decir, somos «emigrantes» de este mundo, donde reinan las tinieblas, a otro mundo, donde reina el Señor Jesús. Y que este mundo de Jesús es distinto del nuestro se ve claramente en la escena de su entrega en la cruz, y de todo lo que la rodea.

El **camino** para llegar a la meta y para vivir ya el acceso a su Reino, que pedimos que «venga a nosotros» cada día en el Padre Nuestro, no admite atajos: en efecto toda persona debe acoger libremente la verdad del amor de Dios. Él es amor y verdad, y tanto el amor como la verdad no se imponen jamás: llaman a la puerta del corazón y de la mente y, donde pueden entrar, infunden paz y alegría. Es el modo de reinar de Dios; este es su proyecto universal de salvación, al que nos debemos abrir y con el que debemos cooperar.

Nuestro camino de la historia prosigue con sus cansancios, como constantemente experimentamos, pero hasta que se manifieste plenamente al final de los tiempos, el «**traslado**» ya realizado en nosotros a su Reino puede ser saboreado por su gracia de manera anticipada, no olvidando que en él solo se entra por la **puerta estrecha de la cruz**, cuya llave es el don del amor de Dios en nuestras vidas.

En esta celebración de Cristo Rey, por intercesión de María, el Espíritu Santo nos ilumine para saber desear llegar a Jesús, para **que Él reine verdaderamente en nuestra vida**, renovando nuestra adhesión a Él, renovando nuestra adhesión a su verdad, reafirmando nuestra cooperación para que la venida de su Reino renueve nuestro mundo.

Preparémonos con **María** a iniciar un nuevo Año Litúrgico, a ella nos acogemos, como gran referente de nuestra **esperanza**; todo esto, mientras caminamos en este mundo, siendo «trasladados» a la **plenitud** del Reino de su Hijo, a la plenitud del Amor que existe para siempre.

✠ **Jesús Murgui Soriano**
Obispo de Orihuela-Alicante

Adviento: El Señor viene. El modelo es María

En las presentes circunstancias creo que resulta especialmente oportuno vivir este consolador tiempo de Adviento. Así se expresa la Antífona de Entrada del viernes de la primera semana de Adviento: «El Señor viene con esplendor a visitar a su pueblo con la paz y comunicarle la vida eterna». Este es el anuncio: «El Señor viene». En presente. Un presente continuo, una acción que siempre tiene lugar. Una venida que está entre las dos venidas: la de su Encarnación, en humildad, y la del final de la historia, en poder y gloria.

La de ahora, San Bernardo la llama oculta: tiene lugar en el alma de los creyentes y tiende una especie de puente entre la primera y la última. Contemplando cómo se preparó el Pueblo de Israel a la primera nos preparamos para esta intermedia y así estaremos en vela hasta que vuelva al final del tiempo, en su última venida.

El Señor desea siempre encontrarnos, visitarnos, hacerse carne de nuestra vida porque sabe lo mucho que lo necesitamos. Y quiere, también, entrar en nuestro tiempo a través de nosotros; quiere venir a nuestra historia haciendo en cada uno de nosotros morada viva para llegar a través de nosotros a las personas y realidades que nos rodean. Y esto por obra del Espíritu Santo, que formó a Jesús, Hijo de Dios hecho hombre, en el seno de la Virgen María, y es quien lleva a cabo en la persona humana el admirable proyecto de Dios, trasformando ante todo el corazón y, desde este centro, todo el resto de ella.

Así, el gran modelo es María. Ella pertenecía a la parte del pueblo de Israel que en tiempo de Jesús esperaba con todo su corazón la venida del Salvador. Esperaba con gran ilusión la venida del Señor, pero no podía imaginar cómo se realizaría esa venida. El Evangelio de San Lucas (1, 26-38), que proclamamos en la celebración eucarística de la Solemnidad de la Inmaculada Concepción, nos lo muestra: el anuncio del arcángel, el Señor vendría encarnándose en ella; la respuesta de María: un gran acto de fe, de obediencia, de confianza: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mi según tu palabra». Así se convirtió ella en 'morada' del Señor, en verdadero 'templo' suyo en el mundo y en 'puerta' por la que Dios entró en nuestra historia y habitó entre nosotros.

El Señor sigue deseando venir a nuestras vidas, sigue llamando a la puerta del corazón de nuestras personas, sigue esperando que le

ofrezcamos morada en nosotros. Esto es lo que queremos aprender de nuevo en el tiempo de Adviento: preparar los caminos para que venga, allanar los senderos de su venida, eliminar los obstáculos que impiden que haga morada en nosotros.

De ahí que sean días de luchar contra los defectos dominantes, de adquirir las virtudes necesarias, de reconocer y confesar nuestros pecados, apartando, por gracia, cuanto impide que el Señor venga y habite nuestra vida, la ilumine con su luz y la centre con su paz. Días propicios para disfrutar en la contemplación de las grandes figuras que la liturgia del Adviento nos trae: los profetas; Juan Bautista, y, especialmente María, como hemos ya señalado.

Y junto a ella, especialmente, en este su Año, San José; modelo de fe adulta, hecha silencio, obediencia fiel a Dios, y constancia en el servicio y vocación recibidas, más allá de las difíciles circunstancias; luz nítida en un momento crucial de la historia; ayuda ejemplar para que Dios viniera y se estableciera entre nosotros. A la intercesión de todos ellos nos acogemos al iniciar este Adviento, que deseamos lleno de gracia por la venida del Señor a nuestras vidas.

Con mi bendición, un gran abrazo a todos. ¡Buen Adviento para una Feliz Navidad!

✠ **Jesús Murgui Soriano**
Obispo de Orihuela-Alicante

Navidad 2021

Estamos viviendo unas circunstancias históricas singulares: la pandemia y sus secuelas, así como el entorno histórico en el que estamos inmersos, nos ayudan a percibir con especial crudeza que lo más fundamental de la vida no está en nuestras manos, no lo controlamos. Vivir esta situación desde la fe, desde la confianza en Dios, es iluminador de la realidad. Gran verdad es que no podemos controlarlo todo, especialmente lo más fundamental como hemos dicho, ante esto: ¿dónde nos apoyamos?, ¿a quién nos dirigimos?, ¿en manos de quién nos ponemos?

Dios, nuestro Padre, no es indiferente a nuestra necesidad de respuestas, de sentido, para que en el desierto de la vida no quedemos perdidos, sumidos en ensordecedor silencio a nuestras más hondas preguntas, desmoralizados por falta de referencias en nuestro caminar, y desorientados ante las encrucijadas y pruebas del camino.

En el nacimiento de Jesús, el amor, la cercanía de Dios se ha hecho visible a nuestras personas, a nuestra humanidad, en el misterio de su Hijo hecho hombre. En la Navidad se nos muestra la respuesta de Dios a la búsqueda más antigua y profunda del corazón y la mente del ser humano; y la respuesta nos la da en un niño recién nacido, que viene a nosotros en pobreza y desvalimiento.

Navidad, son días especialmente propicios para contemplar tan gran bondad de Dios en los relatos de los Evangelios o, sencillamente, al ver el misterio representado en un sencillo belén y, así, poder dar gracias por tanta sencillez, amor, humildad, como se nos muestra en Jesús niño, en María su madre, en José.

Días propicios para mostrar, y compartir, nuestra fe en ese Niño, en el amor de Dios que significa su nacimiento, su venida a nuestra historia. En los tiempos de intensa secularización que vivimos, y también, y quizás por ello, de tantos interrogantes y desorientaciones que experimenta el ser humano de hoy, resulta de necesidad y, a la vez, apasionante asumir la hermosa tarea de llevar a nuestros semejantes a Jesús, a Aquel en quien encontramos luz en medio de las oscuridades que nos rodean. Es obra de caridad, necesaria en estos tiempos, ofrecer el testimonio de nuestra fe en Él, es decir: mostrar lo que somos, creyentes felices de haber encontrado luz y amor suficientes en su persona como para llenar de sentido nuestras vidas.

Que nuestras familias, y nuestras parroquias y comunidades sean espacio para compartir y celebrar esta fe. Sean ámbitos donde hacer de esa fe sensibilidad y compromiso para tener prioritariamente presentes a quienes carecen de hogar, de comida, de amistad. Así, abogemos por unas fiestas navideñas con corazón y con la fe que da calor y sentido a nuestra vida.

En la espera de un 2022 lleno de las bendiciones de Dios, os deseo y pido para todos: ¡Feliz Navidad!

✠ Jesús Murgui Soriano
Administrador Apostólico de Orihuela-Alicante

Saluda para la Semana Santa 2022

Queridos hermanos y hermanas:

Os disponéis a celebrar, después del tiempo de la pandemia y del que aún estamos saliendo, la Semana Santa del año 2022. Exteriormente aún no sabemos con total certeza cómo va a ser, pero lo que sí que no hay duda es que vamos a celebrar los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor.

Será un tiempo especial para poder vivir y expresar vuestra fe y, a la vez, manifestar entre vosotros, en el marco de estas celebraciones, una verdadera fraternidad en las distintas Hermandades y Cofradías de vuestra población. Estamos llamados en estos tiempos aún de pandemia a ser gente que reconozca a Jesús, que necesita nuestra ayuda en cada enfermo y cada prójimo que sufre y llora. En tiempos de tantos interrogantes y angustias, seamos gente comprometida en servir y en volver a Dios, tan olvidado; en volver a nosotros mismos, viviendo esta circunstancia dramática como oportunidad de renacer, por gracia, en la fe, para así ser auténticos portadores de ayuda, ánimo y consuelo.

Que esos días de Semana Santa, sean momentos intensos para vivir y compartir todas nuestras creencias y raíces cristianas, en una clara muestra de amor al Señor, heredado de vuestros antepasados. El momento en el que acompañamos al Señor en su Pasión, nos permite revivir intensamente la experiencia de los discípulos que caminaron con Cristo hacia la Cruz. Por eso os invito a vivir también intensamente la liturgia de los días santos en vuestras parroquias e iglesias. Participad de los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, para que salga a la calle aquello que antes habéis vivido en el templo y acogido en vuestro interior para vuestra salvación por la Muerte y Resurrección de Cristo.

Nunca olvidéis la caridad y la fraternidad hacia dentro de vuestras Hermandades y Cofradías y también hacia fuera, en tiempos de tantas necesidades. Estamos llamados a ser «cireneos» en tantas pasiones dolorosas que tenemos cerca, y, también, «cireneos» de tantos servidores públicos, cuidadores de ancianos, profesionales sanitarios y de servicios que atienden en su enfermedad y necesidades a nuestros conciudadanos.

Que vuestras Hermandades y Cofradías estén llenas de hombres y mujeres que, siempre, os sintáis queridos por Dios en la persona de su Hijo, Jesús, y de su Santísima Madre, la Virgen. Que caminéis hacia la

próxima Semana Santa y Pascua, siendo cada día testigos de su amor y portadores de su esperanza.

Que Nuestra Señora, la Virgen María, a quien tanto queréis, os ayude a celebrar una verdadera Semana Santa.

Con mi afecto y bendición.

✠ Jesús Murgui Soriano
Administrador Apostólico de Orihuela-Alicante

HOMILÍAS Y ALOCUCIONES

Acto de entrega de las insignias «Pro Ecclesia Diocesana»

La celebración del Día de la Iglesia Diocesana y de este acto de entrega de las insignias «Pro Ecclesia Diocesana» contiene una profunda dimensión familiar. Una dimensión que facilita la sinodalidad de la vida de nuestra Iglesia, a la que nos anima Papa Francisco de forma destacada en estos tiempos.

En momentos así, es maravilloso recordar como todo lo que decimos y creemos acerca de la vida cristiana y eclesial se hace realidad en la vida concreta y real de tantas personas que forman nuestra Diócesis. La historia, los hechos destacados en las biografías de cada uno de los que reciben hoy este reconocimiento, dan fe de ello.

Así, lo primero que me nace ante estas personas que han sido objeto de reconocimiento diocesano, tras el parón del año pasado -2020-, es dar gracias a Dios que sigue obrando maravillas de bondad y servicio en tantas mujeres y hombres de nuestra Iglesia. En una época, además, no muy propicia a salir de uno mismo, circunstancia agudizada por la pandemia. Precisamente por esto es de más valor y significación el mérito de los hoy galardonados. Que el Señor siga sembrando semillas de amor y servicio en las comunidades de nuestra Iglesia, en el corazón de muchos; semillas, que, ellas mismas muriendo, germinen con una nueva vida que dar y compartir. Semillas de futuro, semillas de fecundidad.

Después de Dios, en segundo lugar, mi pública gratitud a los galardonados. Gratitud por todo lo que han dado a la Iglesia con su servicio,

su ejemplo y entrega. Ellos pueden pensar que lo suyo es normal, que no tiene mayor trascendencia, que sólo han hecho lo que debían. Pero todos sabemos, y así se ha testificado de ellos, que su ejemplo ha hecho mucho bien a los que les rodean y han sido estímulo y apoyo para el camino de su comunidad, y a través de ella de la gran familia diocesana, gracias a la comunión de los santos.

Junto a la gratitud de la Diócesis, que se materializa y expresa en la Insignia que reciben en este acto, vaya nuestra oración para que no desfallezcan, para que mantengan encendida la antorcha de la fe que ilumine a otros, y el calor de la caridad que les haga no enfriarse en su capacidad de servir con prontitud y alegría.

En esta oración queremos hacer bien presente a nuestro recordado Sr. Obispo, D. Rafael Palmero, llamado este mismo año a la casa del Padre y que fue quien instituyó en nuestra vida diocesana este acto de reconocimiento que son la Insignias «Pro Ecclesia Diocesana», hace doce años. Que haya sido acogido por el Señor, como pastor bueno y fiel que gastó su vida por nuestra Iglesia.

Me resta decirnos amigos galardonados que cada vez que miréis la Insignia «Pro Ecclesia Diocesana», veáis en ella la vida y la fe de nuestra querida Diócesis, la vuestra, que es todo un regalo de Dios para esta tierra y sus gentes, y que cuando os la pongáis, que sea cerca de vuestro corazón, el lugar que se merece, como expresión del amor que nuestra Iglesia debe sentir de cada uno de sus hijos.

Felicidades D. Victorio y D. Francisco por lo mucho que habéis dado y seguís dando a nuestra Diócesis de Orihuela-Alicante.

Felicidades galardonados, familiares y párrocos vuestros, así como comunidades, instituciones y movimientos de los que sois parte.

Felicidades a todos por tener la suerte –don de Dios– de ser miembros de nuestra entrañable Diócesis. Por muchos años. Muchas gracias.

✠ Jesús Murgui Soriano
Obispo de Orihuela-Alicante

Palabras de bienvenida al Sr. Nuncio de parte del Sr. Obispo

Querido Sr. Nuncio:

Me alegra mucho darle la bienvenida a esta Iglesia y a esta celebración. Los cristianos que vivimos nuestra fe en estas tierras, le acogemos en lo que es y representa con todo nuestro afecto. La fe cristiana llegó a nosotros desde los primeros tiempos, y esta ciudad de Elche fue sede episcopal en los primeros siglos de nuestra era. Apreciamos y valoramos esta fe como un don extraordinario que hemos recibido del Señor y cuya transmisión agradecemos a nuestros antepasados y deseamos prolongar con las nuevas generaciones.

Apenas el cristianismo fue reinstaurado, comenzó a brillar en esta ciudad, en el corazón de nuestra diócesis, la devoción a Santa María en su Asunción a los cielos. Durante todos estos siglos la Mare de Déu ha acompañado la vida de las gentes de esta tierra, ha alentado su esperanza y ha guiado su fe. Una fe bellamente hecha poesía, música, arte en el Misteri.

En estos últimos tiempos la pandemia condicionó su representación, pero apenas fue firme la decisión de retomarla en este 1 de noviembre, nació en nosotros el deseo de invitarle a la misma; gracias por estar hoy aquí. Y por presidir la Eucaristía de esta solemnidad. Para mí es muy significativo que su primera venida a nuestra diócesis de Orihuela-Alicante tenga como puerta de entrada a Nuestra Señora Santa María, «puerta del cielo», y en el marco de esa joya reconocida como Patrimonio de la Humanidad que es el Misteri. Su presencia entre nosotros nos brinda la oportunidad de manifestar nuestra comunión con el ministerio del Papa Francisco y de agradecer al Sucesor de San Pedro su solicitud por toda la Iglesia. Rezamos también por su persona y ministerio, para que el Señor le sostenga en su misión de representar al Vicario de Cristo entre nosotros. Bienvenido. Muchas gracias.

Basílica de Santa María, Elche 1 de noviembre de 2021

✠ **Jesús Murgui Soriano**
Obispo de Orihuela-Alicante

Misa de S. Martín, dentro de las celebraciones en honor a San Roque

*Callosa de Segura,
11 de noviembre de 2021*

Es verdaderamente un programa completísimo el que habéis preparado, en este Noviembre Histórico, para celebrar S. Roque desde el traslado de la Puerta desde su Santuario a la Arciprestal hasta su regreso a su Santuario, teniendo en el corazón de la Novena en su honor, esta conmemoración de S. Martín, obispo y titular de este templo singular, joya de Callosa y de la Diócesis.

Perdonadme si, en lugar de cantar las alabanzas a S. Roque y a vuestra devoción profunda a él, sabiendo que os tendré bien presentes en mi oración en los días de la Conferencia Episcopal que ocupa en su Plenaria toda la próxima semana, y si en lugar de destacar los elementos de vuestra historia en este templo y en vuestra vinculación a S. Martín, me centro en la Palabra de Dios que hemos proclamado en su fiesta y su relación con la figura de nuestro santo obispo y con las necesidades de nuestro tiempo.

San Martín es conocido por la obra de Sulpicio Severo, autor de la Vida del santo y de otros textos referidos a él. De él narra –cuando todavía era soldado romano- la escena del pobre, a las puertas de Amiens, con el que comparte su manto. Gesto simbólico de su conversión. Gesto al que se suma su aceptación de ser obispo de Tours, aun viviendo como monje. El Evangelio de su Fiesta nos recuerda, en relación al primer gesto, la primacía de la caridad. («Al atardecer de la vida se nos examinará del amor», nos recuerda es sus escritos S. Juan de la Cruz). El texto de la primera Carta a los Corintos, sobre el deber de la predicación, nos recuerda en S. Martín su tarea de predicar, evangelizar a los paganos sobre todo en las aldeas –acercándose a ellos- y la tarea suya de hombre de Espíritu que consuela, pacífica y cura.

Queridos hermanos, en estos tiempos de tantas necesidades y miserias –especialmente espirituales- la caridad nos urge a responder y servir a tantos hermanos con carencias materiales, y sobre todo necesitados de sentido, de compañía, de orientación, de fe para sus vidas. Compartir la

capa en nuestro caso es compartir bienes no sólo materiales, sino sobre todo espirituales. Que decir de las necesidades, especialmente en los dos extremos de la sociedad: los mayores, los enfermos, los que se sienten solos y desmoralizados y los niños, adolescentes y jóvenes que crecen en una sociedad, educación y familias donde sin Dios se ha perdido el sentido, la fe, la fortaleza para creer, sufrir, superarse. Caridad con todos, especialmente con los extremos, como ocurre con el comienzo y el final de la vida de las personas. Caridad, compromiso, darse, compartir. De ahí que urge, como en tiempos de S. Martín, ponerse manos a la obra y evangelizar, y sembrar la paz y la unión que brotan del Evangelio, entrando en una vida nueva.

S. Martín renuncia, desde que acepta ser obispo, a tener la vida plena de monje en la que estaba y había elegido, la paz y el sosiego para encontrarse con Dios y consigo mismo. Sale a llevar el Evangelio a lugares de paganos –las aldeas preferentemente-, sale a superar las herejías y los males de su tiempo, y sale, incluso muriéndose, a unir y a sembrar la paz. (Ahí está la lectura de su Vida, hoy en el Oficio).

Es tal el cúmulo de necesidades en el campo de la evangelización, ante el paganismo reinante; es tal el cúmulo de ignorancia y malas interpretaciones de la misma fe cristiana, que urge que cada vez más sacerdotes y laicos se consagren a la obra de la evangelización, a ser misioneros convencidos e ilusionados ante tanta necesidad del Evangelio de Jesucristo. Igualmente, gente decidida a ser o seguir siendo instrumento de paz, de unidad, de comunión en la Iglesia de Dios. Como San Martín. Vamos a pedir por todo esto: como llamada de conversión y renovación de cada uno de nosotros; y como llamada de renovación pastoral de nuestras comunidades parroquiales.

Las orientaciones pastorales diocesanas, empujaban hacia la caridad –su primacía en estos momentos-, hacia la creciente implicación del laicado; y, en esta cierta o no, aún, salida de la pandemia, a reconstruir nuestras comunidades parroquiales, centradas en la Eucaristía, revitalizando la misa dominical.

Importa tras la debilitación de estos casi dos años de pandemia poner nuestras fuerzas en reactivar la vitalidad personal y comunitaria. Incorporarse al proceso sinodal puede servir también, además de la creación de más dinámica de comunión, reincorporar gente, juntarlas para rezar, pensar, compartir, y reactivar espiritualidad personal y parroquial. Os animo a ellos. Ofreced a S. Martín y a S. Roque esa reactivación. Que

estas celebraciones enciendan vuestra caridad, vuestro compromiso e ilusión por evangelizar y vuestra renovada comunión como parroquia que responde con la luz y fuerza del Espíritu Santo a los desafíos de hoy. Así sea.

✠ **Jesús Murgui Soriano**
Obispo de Orihuela-Alicante

Homilía de la Eucaristía en la CXXVIII. Asamblea Plenaria de la CEE

*Madrid,
17 de noviembre de 2021*

Queridos hermanos:

Hace unos días se me comunicaba que con motivo de mi jubileo episcopal presidiera esta celebración. Me siento afortunado de poder reiterar mi acción de gracias a Dios junto a todos vosotros, especialmente con mi hermano Jesús Catalá y cuantos habéis celebrado este año aniversarios importantes como sacerdotes y como obispos.

En mayo pasado celebraba mi aniversario con el presbiterio de mi querida diócesis de Orihuela-Alicante en la fiesta de San Juan de Ávila, patrono del clero español, acompañando a los sacerdotes que también daban gracias a Dios por sus sesenta, cincuenta o veinticinco años de sacerdocio, sintiéndonos hondamente unidos en un ministerio que ha de servir para que el sacerdocio común de los fieles se haga realidad y se despliegue en todos los miembros de nuestra Iglesia.

Quienes hemos recibido la llamada del Señor y, además, hemos tenido el atrevimiento –que raya en la temeridad- de decirle si a ser obispos, podemos reconocer con realismo y particular gratitud, que el Espíritu Santo es el que nos condujo con su asistencia desde los primeros pasos, el que nos hizo percibir la llamada personal a seguir las huellas de Jesús, el que nos animó a superar momentos de dificultad e incertidumbre, el que nos otorgó la fuerza para discernir los cambios que ha experimentado nuestra Iglesia y nuestro mundo a lo largo de estas décadas, y el que sigue haciéndonos sensibles a las necesidades de nuestro tiempo y de nuestros contemporáneos. En definitiva, el Espíritu Santo ha hecho que pudiéramos hacer rendir las minas de las que nos habla el Evangelio de hoy (Lc 19, 11a. 12-13. 15a. 16b-26) y, así, vivir nuestros jubileos como oportunidad de celebrar los frutos del Espíritu en nuestra vida y ministerio episcopal.

Pongamos en manos del Señor nuestras vidas con nuestras carencias y necesidades, y con humildad sincera confiemos en su bondad y misericordia; y miremos hacia el futuro, en tiempos en los que estamos llamados a fortalecer nuestra comunión episcopal, entre nosotros y

con el Papa Francisco, Sucesor de Pedro, para seguir cooperando en la misión, en hacer personas creyentes, como la madre, como la «mujer admirable y digna de recuerdo», que nos ha presentado en la primera lectura el segundo libro de los Macabeos (2 Mac 7, 1.20-31), con una preciosa profesión de fe en el Dios de la vida puesta en sus labios; profesión de la que se afirma que es la expresión más precisa, en todo el Antiguo Testamento, de la fe en la resurrección. Pidamos al Señor ser capaces de seguir confiándole nuestras vidas con generosidad y seguridad, porque Él es el Dios de la vida. Dar la vida, gastarla por Él, sin temores ni cálculos, generosamente, nos permitirá recibirla como don, para siempre, «en el día de la misericordia».

Mantengámonos firmes en la fe, alegres por la esperanza. Es realismo notar que la historia, especialmente en estos momentos de crisis «postpandemia», más bien aparece como un complejo movimiento de algunos avances, pero con sonados retrocesos, un camino con contradicciones y heridas, un movimiento sin mucho sentido, como tiempo invertebrado de una sociedad «desvinculada, desordenada e insegura en la que crece la desconfianza y el enfrentamiento» (Plan pastoral 2021-2025 de la C.E.E, «*Fieles al envío misionero*» I, 2). Es a la luz de la fe, donde se nos revela una óptica distinta, desde la que podemos ver que el río de nuestra historia humana que parece tantas veces fluir hacia atrás y perderse en miles de meandros, en realidad, transcurre seguro hacia el gran mar de la eternidad en Cristo. Firmes en la fe, centrados en la misión, cooperemos en la venida de su Reino, en su proyecto universal de salvación; que está y crece ya en nosotros, en medio de nosotros, gracias a Él, el Señor.

Hermanos obispos: en tiempos en los que sufrimos múltiples dificultades para ser fieles al envío misionero que hemos recibido, me atrevo a compartir una reflexión del entonces Cardenal Ratzinger en su obra «*Servidores de vuestra alegría*». Allí, comentando la elección de los Doce (Mc 3, 13-19), se hacía estas preguntas, perfectamente aplicables a nosotros: «¿A qué han sido llamados estos hombres? ¿Cuál es la voluntad concreta de Jesús respecto a ellos? Se mencionan dos objetivos: «para que estuvieran con él» y «para enviarlos» (...) A primera vista, se diría que son objetivos contradictorios. (...) Pero justamente aquí es donde nos corrige Jesús. Sólo el que está junto a él puede ser enviado. Y sólo el que se deja enviar, el que transmite su mensaje y su amor, está a su lado. Hay, por supuesto, -sigue diciendo- diversos estados, diversas formas

de encargo, diferentes manera de apostolado y de proximidad con él. De ningún modo pretendo negarlo –dirá-. Pero antes y por encima de todas estas diferencias hay una unidad fundamental e irrenunciable. Los apóstoles son testigos de lo que han visto y oído. Sólo quien le conoce a Jesús, sólo quien conoce sus palabras y hechos, quien le ha experimentado en la convivencia de largos días y noches, sólo este puede llevarle a los demás» (Ibid pp 82-83)- concluye. A nosotros, sucesores de los Doce, nos valen estas palabras. Nuestro pueblo confía y espera mucho de sus obispos, más quizás de lo que llegan a decir y nosotros a pensar. En las presentes circunstancias, difíciles, en las que somos enviados, no debemos arredrarnos en absoluto -el Señor y nuestro pueblo se merecen nuestro empeño total, no les podemos fallar-, sino seguir adelante y responder con el liderazgo de quienes están bien relacionados y unidos a Él, al Señor, como siempre ha sido y será en su Iglesia. Enviados a los de cerca y a los de lejos, a las periferias, como nos pide Papa Francisco; unidos al pueblo, «oliendo a oveja», y unidos a Cristo, «oliendo a Él».

Pidamos en esta Eucaristía en la que hacemos memoria de Sta. Isabel de Hungría, por todo lo dicho, por nuestro ministerio episcopal, que está llamado a ser referente de esperanza cierta en Dios para la Iglesia y la humanidad a la que servimos; pidámoslo por intercesión de Sta. María, Madre de Dios y Madre nuestra, siempre especial consuelo y apoyo de nuestro ministerio, y por intercesión de su esposo San José, en el Año que le está dedicado. Así sea.

✠ **Jesús Murgui Soriano**
Obispo de Orihuela-Alicante

Palabras en el acto de presentación y programación de 8 Mediterráneo

*Lunes, 22 de noviembre de 2021,
MARQ*

Queridas autoridades presentes, queridos asistentes a este acto de nuestra querida 8 Mediterráneo. Seáis bienvenidos a esta vuestra casa: Alicante.

Desde mi llegada como obispo a estas maravillosas tierras de la Diócesis de Orihuela-Alicante, en septiembre de 2012, he podido comprobar la relevante presencia de esta televisión autonómica y sus múltiples esfuerzos por estar presente y dar cobertura a todos los grandes momentos que en ella acontecen.

Por eso me alegra tanto este acto en Alicante que demuestra vuestro compromiso por esta provincia, sabéis una de mis incesantes peticiones y inquietudes durante estos años de caminar juntos.

Que sea pues el arranque de una nueva etapa en la que esta televisión se haga imprescindible en todos los hogares de los alicantinos. Siendo este canal portavoz, portador y testigo de grandes noticias, con contenidos de calidad y pensada para todos los miembros de la familia.

Después del Mensaje de 2021, centrado en el «ir y ver», en su nuevo mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales para el próximo 2022 papa Francisco pide al mundo de la comunicación que aprenda a escuchar de nuevo.

La pandemia ha golpeado y herido a todos. Y todos necesitamos ser escuchados y consolados. La escucha también es fundamental para una buena información. La búsqueda de la verdad comienza con la escucha. Y también el testimonio a través de los medios de comunicación social.

Todo diálogo, toda relación comienza con la escucha. Por eso, para crecer, incluso profesionalmente, como comunicadores, tenemos que volver a aprender a escuchar mucho.

Es este un año además especialmente intenso en el que la Iglesia Universal se ha unido en un gran Sínodo que seguro nos llevará por caminos que a día de hoy ni siquiera podemos llegar a imaginar. Pero que bien puede marcar un antes y un después en una Iglesia que con papa Francisco a la cabeza nos está demandando más entrega, más verdad, más

ilusión, convicción y escucha. Valores todos ellos tan actuales que bien se podrían extrapolar y aplicar también al mundo de la comunicación, a lo que hacéis desde 8 Mediterráneo cada día.

En este tiempo pues en el que toda la Iglesia está invitada a ponerse a la escucha para aprender a ser una Iglesia sinodal, todos estamos invitados a redescubrir la escucha como algo esencial para una buena comunicación.

Deseo pues que esa «sinodalidad» que estamos empezando ya a vivir se refleje también en un ámbito como es el periodístico, donde a diario la inmediatez, las prisas por contar la noticia, las preocupaciones a nivel empresarial y publicitario pueden llegar a mermar el valor del gran servicio que los medios de comunicación prestan y deben prestar.

Os animo pues a seguir con creatividad, con ilusión, con calidad pero también con calidez, escucha y convicción en vuestra gran tarea informativa, entretenedora y periodística.

Desde la Diócesis de Orihuela-alicante os reafirmamos nuestra apuesta por seguir colaborando y trabajando en una mutua comunicación, respeto y diálogo abierto y recíproco con vosotros, con 8 Mediterráneo.

Sabéis que siempre tenéis las puertas abiertas de vuestra casa en Alicante y agradecemos enormemente el lugar que ocupáis en el ámbito mediático actual en el que la garantía de la pluralidad informativa debe ser responsabilidad de todos. Mucha suerte en vuestro camino que es el nuestro también.

✠ **Jesús Murgui Soriano**
Obispo de Orihuela-Alicante

Relevo en la Sede de Orihuela-Alicante

Alicante, 7 de diciembre de 2021

«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lc 1, 28)

En estos momentos del día 7 de diciembre del año del Señor 2021, ya en las vísperas de la Solemnidad de la Purísima, cuando la liturgia de estos días pone ante nuestros ojos la figura de María, que ha sido desde antiguo el gozo de nuestro pueblo, quiero que resuenen estas palabras dirigidas a Ella por el Ángel, porque ella misma experimentó desde la Anunciación la alegría de Dios, que no abandona a sus hijos, que es fiel, los acompaña y está con ellos en toda necesidad y circunstancia.

Así quiero que resuenen estas palabras en lo más hondo de nuestra Iglesia Diocesana de Orihuela-Alicante, pues el Señor muestra su misericordia en este relevo episcopal, concediendo a nuestra Iglesia un nuevo pastor, Mons. José Ignacio Munilla Aguirre, manifestando en el don de su persona y ministerio que Él sigue al frente de su pueblo, por medio del nuevo Obispo. De este modo nuestra Diócesis es testigo de un acontecimiento eclesial que sucede cada cierto tiempo: la Sucesión Apostólica de su pastor; una auténtica gracia de Dios a su Iglesia.

Dios no deja de proveer a sus hijos enviando pastores según su Corazón. Desde la toma de posesión de Mons. José Ignacio Munilla como Obispo diocesano, Orihuela-Alicante seguirá contando además, como en años anteriores, con dos obispos eméritos que la han servido consagrando sus vidas a la predicación, la santificación y el gobierno de esta porción del Pueblo de Dios, que les fue encomendada.

La experiencia nos dice que cada pastor nos deja su impronta personal, siempre en fidelidad a la Iglesia, y que acompaña a la Diócesis encomendada según los tiempos requieran y el Santo Padre oriente, para que el pastoreo y la evangelización sepan acoger las necesidades de cada momento.

Con ese ánimo, configurado por la gratitud a Dios que sigue cuidando de nuestra Diócesis en la Sucesión Apostólica, acogemos a Mons. José Ignacio Munilla, como quien viene en el nombre del Señor. Un pastor experimentado y probado, inteligente y decidido, que inició su servicio episcopal en Palencia, donde fue sucesor de nuestro querido y recordado Mons. Rafael Palmero, y que prosiguió en la Diócesis de San Sebastián, desde donde viene a nosotros. Le acogemos con los brazos abiertos,

como corresponde a gente creyente hija de esta bendita tierra, abierta y acogedora, y que actuamos así, sobre todo por el aval decisivo que significa para nosotros que él es el que nos envía el Espíritu Santo por mano del Papa Francisco, Sucesor de San Pedro.

Bienvenido seas a la Iglesia de Orihuela-Alicante, rica de carismas y muy viva; muy cuidada por sucesivos obispos, en armonía y continuidad entre ellos y muy centrados en la Nueva Evangelización proclamada por San Juan Pablo II y continuada por los pontífices siguientes: Benedicto XVI y Papa Francisco. Una Diócesis implicada en procesos evangelizadores orientados a la infancia, la juventud, la familia, la educación, la formación y el relevo generacional de sus agentes de pastoral, así como sensible en su acción caritativa y social a las presentes circunstancias, y comprometida en rehacer el tejido de nuestras comunidades cristianas, afectadas por la presente pandemia, recentrándolas en la Eucaristía, en el encuentro con Cristo como camino e la misión.

Una Diócesis en la que encontrarás magníficos colaboradores en el Colegio de Consultores y miembros de los distintos anteriores Consejos, en los delegados y arciprestes, personal de la Curia, los servicios e instituciones diocesanas, los colegios y movimientos, en la fecunda religiosidad popular y, sobre todo, en la vida de las parroquias y comunidades. Una rica vida diocesana solo posible por el buen hacer de sus sacerdotes, la presencia de la vida consagrada, incluida la contemplativa, y la de un laicado muy creciente en su concienciación, participación y compromiso.

Con todo ello, con mi gratitud total a Dios porque me ha concedido el don de poder servirle en esta entrañable Diócesis de Orihuela-Alicante durante más de nueve años, con mi gratitud a todos los colaboradores que he mencionado, y que me han sostenido y acompañado en todo este bendito tiempo; quiero dejar patente que me produce una profunda satisfacción en el Señor el nombramiento de Mons. José Ignacio Munilla, pues creo que va a representar muy bien en Orihuela-Alicante a Jesucristo, Buen Pastor. Por ello os pido a los diocesanos que lo recibamos como un pueblo bien dispuesto, con ojos de fe, con los que siempre hay que ver y situarse ante la vida de la Iglesia; y rezando por él y arropándole y secundándole, desde el inicio, en su ministerio.

Hermano José Ignacio, bienvenido, gracias. ¡Dios te bendiga!

✠ **Jesús Murgui Soriano**
Administrador Apostólico de Orihuela-Alicante

AGENDA**NOVIEMBRE**

- 1 Celebración del Misteri, en la Basílica de Santa María de Elche, en la Solemnidad de Todos los Santos: Vespra, procesión, Eucaristía, comida, Festa, acto institucional. Atiende la partida del Sr. Nuncio de SS tras las celebraciones del día, en el aeropuerto de el Altet.
- 2 Graba para el programa de TV, «De par en par». Preside el Consejo Episcopal Permanente. Preside la Misa de los fieles difuntos y ofrenda de flores a los obispos eméritos enterrados en la S.I. Concatedral de San Nicolás de Alicante.
- 3 Prepara documentación y asuntos de agenda con colaboradores. Atiende consultas y despacha asuntos en la Curia diocesana. Preside el Consejo Diocesano de Economía en el Obispado. Se reúne con responsables de la Curia para seguimiento de temas.
- 4 Prepara materiales y escritos para actos y publicaciones diocesanas. Comienza la Visita Pastoral en el Arciprestazgo de Mutxamel, de la Vicaría II, reuniéndose con el sacerdote adscrito de la parroquia de San Pedro, de Playa de San Juan, y posteriormente con el Consejo Parroquial ampliado de dicha parroquia.
- 5 Recibe audiencias en el Obispado. Se reúne con la Comunidad en Elche de los religiosos de la Consolata.
- 6 Preside el Encuentro Provincial de Cofradías y Hermandades de Semana Santa en el Obispado. Atiende consultas y despacha asuntos en la Curia diocesana. Preside la Eucaristía y firma de libros parroquiales, en la parroquia de San Pedro de Playa de San Juan, dentro de la Visita Pastoral en el Arciprestazgo de Mutxamel.
- 7 *D* Preside la Eucaristía y firma de libros parroquiales, en la parroquia de la Santísima Trinidad de El Campello, y posteriormente en la parroquia de San Francisco de Aigües, dentro de la Visita Pastoral en el Arciprestazgo de Mutxamel. Preside, en el Salón de actos del Obispado, el acto de entrega de las Insignias Pro Ecclesia Diocesana, en el Día de la Iglesia Diocesana.
- 8 Preside la reunión ordinaria del Colegio de Arciprestes. Mantiene una reunión de asuntos económicos y patrimoniales con responsables diocesanos. Elabora y entrega la revisión de la última

- documentación para el Informe de la próxima «Visita ad limina».
- 9 Graba para el programa de TV, «De par en par». Preside el Consejo Episcopal Plenario. Preside el Consejo Episcopal Permanente. Despacha asuntos y atiende consultas en la Curia diocesana.
 - 10 Prepara escritos y materiales para celebraciones y publicaciones diocesanas. Despacha asuntos de agenda con colaboradores. Dentro de la Visita pastoral al Arciprestazgo de Mutxamel de la Vicaría II, se reúne con los sacerdotes de la parroquia de Santa Teresa de El Campello, y posteriormente con el Consejo Parroquial ampliado de dicha parroquia.
 - 11 Estudio de materiales para la Plenaria de la CEE. Despacha asuntos, con colaboradores de la Curia diocesana. Preside la Eucaristía solemne de la fiesta del titular de la parroquia de S. Martín de Callosa de Segura.
 - 12 Participa en la Apertura de Curso en la UCAM: Eucaristía y Acto Académico. Prepara escritos para celebraciones y publicaciones diocesanas.
 - 13 Participa en las Jornadas sobre el duelo, en el Salón de actos del Obispado, para capellanes de hospital, familiares, voluntarios y sacerdotes. Saluda a los participantes del Cursillo para Ministros Extraordinarios de la Comunión, en la parroquia de San Pablo de Alicante. Visita a sacerdotes mayores y enfermos en la Casa Sacerdotal. Preside la Eucaristía y firma de libros parroquiales, en la parroquia de San Santa Teresa de El Campello, dentro de la Visita Pastoral en el Arciprestazgo de Mutxamel.
- 14 D** Preside la Eucaristía de las bodas de oro matrimoniales de José María e Isabel, en Santa María d' Ontinyent. Viaja a Madrid para asistir a la Plenaria de la CEE.
- 15-20 Participa en la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española. Presidiendo la Eucaristía de la Plenaria de la CEE, en la Capilla de la Sucesión Apostólica el miércoles 17 y asistiendo a la reunión ordinaria de la Comisión Episcopal de Liturgia, en el nuevo edificio Sedes Sapientiae. Así mismo y participa en la Santa Misa solemne de la CEE en el Año Jubilar Compostelano, en la Catedral de Santiago, y en diversas actividades el viernes 19 de la misma semana. Regreso a Alicante, de la Plenaria de la Conferencia Episcopal Española. Participa en la oración del Encuentro

- diocesano de Jóvenes, en la parroquia de San Vicente Ferrer de San Vicente del Raspeig. Atiende consultas, despacha asuntos en el Obispado y prepara la Visita Pastoral.
- 21 D** Dentro de la Visita pastoral al Arciprestazgo de Mutxamel de la Vicaría II, en la parroquia de San Juan Bosco de los Salesianos de El Campello, visita a los sacerdotes enfermos e impedidos de la comunidad, se reúne con el Consejo Parroquial ampliado, preside la Eucaristía, firma de libros parroquiales y bendice los nuevos locales de Cáritas en dicha parroquia. Prepara materiales y escritos para actos diocesanos.
- 22 Predica el Retiro de Adviento a los sacerdotes de la Vicaria III, en la casa de Espiritualidad «D. Diego Hernandez» de Elche. Se reúne con el presidente y directivos de «La TV 8 Mediterráneo», en el Obispado. Asiste y participa en la presentación de la nueva programación de La 8 Mediterráneo en Alicante, en el Museo Arqueológico de Alicante.
- 23 Preside la Misa exequial del Rvdo. Pere Riutort, en la iglesia parroquial de Santa Bárbara de Tárben. Atiende consultas y despacha asuntos en la Curia diocesana.
- 24 Participa en el Encuentro sacerdotal, años 2004-2010, en la Casa diocesana de espiritualidad «Diego Hernandez «de Elche. Prepara materiales y escritos para actos y publicaciones diocesanas.
- 25 Graba para el programa de TV, «De par en par». Ultima y envía materiales y escritos para actos y publicaciones diocesanas. Atiende consultas y despacha asuntos en la Curia diocesana. Dentro de la Visita pastoral al Arciprestazgo de Mutxamel de la Vicaría II, se reúne con el párroco de la parroquia de Santiago Apóstol, y posteriormente con el Consejo Parroquial ampliado de dicha parroquia.
- 26 Recibe audiencias en el Obispado. Se reúne con el equipo directivo de «Pro Ecclesia Sancta». Se reúne con la Delegada diocesana de laicos y el Consiliario. Atiende consultas y despacha asuntos en la Curia diocesana.
- 27 Recibe visitas en el Obispado. Ultima escritos para actos y celebraciones diocesanas. Preside la Celebración Diocesana de la Jornada Mundial del Migrante y el Refugiado, en la S. I. Catedral de Orihuela.

-
- 28 **D** Retiro de Adviento. Preside la Eucaristía y firma de libros parroquiales, en la parroquia de Santiago Apóstol, dentro de la Visita Pastoral en el Arciprestazgo de Mutxamel.
- 29 Predica a los sacerdotes el Retiro de Adviento de la Vicaría II, en la Parroquia S. Pablo de Alicante. Visita sacerdotes mayores e impedidos en la Casa Sacerdotal. Atiende consultas y despacha asuntos en la Curia diocesana.
- 30 Preside el Consejo Episcopal Permanente. Mantiene un encuentro ecuménico para preparar la Semana de la Unidad de los Cristianos. Preside la Eucaristía en el inicio de la Novena de la Purísima y bendice el nuevo Camarín de la Virgen, en la parroquia de la Inmaculada de Torrevieja.

DICIEMBRE

- 1 Atiende consultas y despacha asuntos en la Curia diocesana. Recibe a los responsables del Acto de Apertura de las Jornadas Nacionales de la JOC en Alicante. Preside Reunión del Consejo Pastoral ampliado en su Visita Pastoral a la parroquia del Salvador de Mutxamel.
 - 2 Atiende consultas y despacha asuntos en la Curia diocesana. Dentro de la Visita pastoral al Arciprestazgo de Mutxamel de la Vicaría II, se reúne con el párroco de la parroquia de Santa Ana de El Campello, y posteriormente con el Consejo Parroquial ampliado de dicha parroquia.
 - 3 Despacha con colaboradores de la Curia diocesana. Viaja a la Diócesis de Ibiza para asistir a la ordenación de su nuevo Obispo.
 - 4 Concelebra en la Eucaristía de Consagración y toma de posesión del nuevo Obispo de Ibiza
- 5 D** Visita a los participantes en el Congreso Nacional de la JOC, en la Casa de los PP Salesianos de El Campello. Preside la Eucaristía y firma de libros parroquiales, en la parroquia de Santa Ana de El Campello, dentro de la Visita Pastoral en el Arciprestazgo de Mutxamel. Prepara materiales y escritos para actos y publicaciones diocesanas.
- 6 Preside la Eucaristía y procesión de San Nicolás, patrón de Alicante. Comida con los miembros del Cabildo de la Concatedral de San Nicolás, de Alicante. Se reúne con colaboradores de la Curia diocesana.
 - 7 Se reúne con colaboradores de la Curia diocesana. Preside la reunión del Consejo Episcopal Permanente. Se reúne con el Colegio de Consultores de la Diócesis. Rezo del Ángelus, encuentro diocesano y rueda de prensa, en el Salón de actos del Obispado, con motivo del relevo de Obispo en la Sede de Orihuela-Alicante. Preside la Vigilia de la Inmaculada en el Seminario.
 - 8 En la Solemnidad de la Inmaculada Concepción, preside la Eucaristía y el rito de Admisión a Órdenes en la S. I. Catedral de Orihuela. Bendice el Belén instalado en el Palacio Episcopal. Preside la Misa exequial de D. Ricardo Juan, padre del Rvdo. D. Ricardo Juan

- García, en la parroquia de María Asunta de Castalla.
- 9 Atiende a medios de comunicación. Despacha asuntos en la Curia diocesana y de reúne con responsables de la Curia. Clasifica archivos de documentación y materiales.
 - 10 En la Curia diocesana atiende consultas y ultima materiales y escritos para el Boletín Oficial del Obispado.
 - 11 En el Obispado clasifica y archiva materiales. Atiende visitas. Preside la Eucaristía y administra el sacramento de la Confirmación a feligreses de San Bartolomé de Finestrat y de Ntra. Sra. de la Almudena de Benidorm.
- 12 D** Preside la Eucaristía y firma de libros parroquiales, en la parroquia de San Lorenzo de Busot, dentro de la Visita Pastoral en el Arciprestazgo de Mutxamel. En el Obispado clasifica y archiva materiales.
- 13 Saluda a la comunidad de Carmelitas Descalzas y predica el retiro de Adviento a los sacerdotes de la Vicaría 5, en el Monasterio del Sagrado Corazón de Altea. Mantiene una reunión preparatoria de la programación del Colegio de Consultores y de los actos diocesanos de la semana. Realiza trabajos de clasificación y archivo de documentación y materiales.
 - 14 Graba para el programa de TV, «De par en par». Preside la reunión del Colegio de Consultores. Bendice el Belén de la Curia diocesana. Preside la reunión de Delegados para las Vicarías. Realiza trabajos de clasificación y archivo de documentación y materiales.
 - 15 Participa en el Encuentro sacerdotal, años 2011-2015, en la Casa diocesana de espiritualidad «Diego Hernandez «de Elche. Preside el Consejo diocesano de Economía. Realiza trabajos de clasificación y archivo de documentación y materiales.
 - 16 Preside la Misa en la conmemoración de los 70 años de la HOAC, en San José de Elche.
 - 17 Mantiene una reunión preparatoria de la Asamblea diocesana de Manos Unidas. Se reúne con los responsables diocesanos del B.O.O. Revisa con Cancillería incidencias en la documentación parroquial revisada en la Visita Pastoral. Atiende consultas y despacha asuntos en la Curia Diocesana. Trabajos de clasificación y traslado de materiales.
 - 18 Predica el Retiro de Adviento a los sacerdotes de la Vicaría I y

- saluda a los seminaristas, en el Seminario Diocesano de Orihuela. Preside la Misa en Acción de gracias por los 50 años de la parroquia de Santa Isabel, de San Vicente del Raspeig.
- 19 D** Preside la Misa estacional de la Visita Pastoral en la parroquia de Ntra. Sra. de las Virtudes de Tángel (Alicante). Preside la Eucaristía y firma de libros parroquiales y audición de música navideña en la calle como final de la Visita Pastoral en la parroquia del Salvador de Mutxamel, dentro de la Visita Pastoral en el Arciprestazgo de Mutxamel. Trabajos de clasificación y traslado de materiales.
- 20 Predica el Retiro de Adviento a los sacerdotes de la Vicaría IV, en la parroquia de Ntra. Sra. de la Asunción de Sax. Clasificación y archivo de documentación y materiales. Se reúne con colaboradores la Curia para la preparación de actos diocesanos próximos.
- 21 Atiende una entrevista telefónica a COPE Alicante, felicitando la Navidad. Graba para el programa de TV, «De par en par». Preside la reunión de los delegados sectoriales y territoriales en el Obispado. Preside la reunión del Colegio de Consultores. Atiende consultas y despacha asuntos en la Curia diocesana.
- 22 Clasificación y archivo de documentación y materiales del despacho en el Obispado.
- 23 Atiende consultas y despacha asuntos en la Curia diocesana. Preside la reunión del Consejo de Asuntos Jurídicos. Bendición del Belén de la Casa Sacerdotal y celebración con los residentes del cumpleaños de Mons. Victorio Oliver.
- 24 Clasificación y archivo de documentación y materiales en el despacho del Obispado. Estudio de agenda con colaboradores de la Curia.
- 25 Preside en la Concatedral de San Nicolás de Alicante la celebración de la Eucaristía de la Nochebuena.
- 27 Recibe en la Casa Sacerdotal al Obispo Electo, Mons. José Ignacio Munilla.
- 28 Acompaña, durante toda la jornada al Obispo Electo, por la Diócesis y dependencias del Obispado.
- 29 Despide al Obispo Electo.

VICARÍA GENERAL

A todos los sacerdotes sobre las jornadas y colectas no parroquiales para el año 2022

Ante la proximidad del comienzo del nuevo año, os detallo las jornadas y colectas no parroquiales que la Conferencia Episcopal Española nos indica para el próximo año.

- 1 de enero: JORNADA POR LA PAZ
- 6 de enero: EPIFANÍA DEL SEÑOR - Colecta Catequista nativo (OMP)
- 16 de enero: JORNADA DE LA INFANCIA MISIONERA - Colecta (OMP)
- 18-25 de enero: OCTAVARIO DE ORACIÓN POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS
- 23 de enero: DOMINGO DE LA PALABRA DEL SEÑOR
- 2 de febrero: JORNADA DE LA VIDA CONSAGRADA
- 11 de febrero: JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO
- 13 de febrero: CAMPAÑA CONTRA EL HAMBRE EN EL MUNDO - Colecta (CEE)
- 6 de marzo: DÍA DE HISPANOAMÉRICA - Colecta (CEE)
- 19-20 de marzo: DÍA DEL SEMINARIO - Colecta
- 25 de marzo: JORNADA PRO-VIDA
- 15 de abril: VIERNES SANTO - Colecta por los Santos Lugares
- 1 de mayo: JORNADA DEL MISIONERO DIOCESANO - Colecta
- 8 de mayo: JORNADA VOCACIONES NATIVAS - Colecta Clero Nativo (OMP)
- 29 de mayo: JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES – Colecta (Pontifica)
- 5 de junio: PENTECOSTÉS - DÍA DE LA ACCIÓN CATÓLICA

Y DEL APOSTOLADO SEGLAR

- 12 de junio: DÍA PRO-ORANTIBUS
- 19 de junio: DÍA DE LA CARIDAD - Colecta (CEE)
- 29 de junio: SOLEMNIDAD DE LOS SANTOS PEDRO Y PABLO - Colecta Óbolo de San Pedro
- 3 de julio: JORNADA DE RESPONSABILIDAD DEL TRÁFICO
- 26 de julio: JORNADA MUNDIAL DE LOS ABUELOS Y PERSONAS MAYORES
- 18 de septiembre: JORNADA MUNDIAL DEL TURISMO
- 25 de septiembre: JORNADA MUNDIAL DEL MIGRANTE Y DEL REFUGIADO
- 23 de octubre: JORNADA MUNDIAL POR LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS - Colecta (OMP)
- 6 de noviembre: IGLESIA DIOCESANA – Colecta
- 13 de noviembre: JORNADA MUNDIAL DE LOS POBRES
- 30 de diciembre: JORNADA DE LA SAGRADA FAMILIA

www.conferenciaepiscopal.es/jornadas-y-colectas-2022/

Vicente Martínez Martínez
Vicario General

CANCILLERÍA

Nombramientos

El Sr. Obispo ha realizado los siguientes nombramientos:

- **Con fecha 7 de octubre de 2021:** Dña. Ana López Navarro, Presidenta de la Cofradía Nuestra Señora de los Dolores, de Novelda.
- **Con fecha 25 de octubre de 2021:** D. José Antonio Sola Rodríguez, Hermano Mayor de la Fervorosa, Venerable y Penitencial Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Salud en su Presentación al Pueblo y María Santísima de la Estrella, de Almoradí.
- **Con fecha 26 de octubre de 2021:** Rvdo. D. Ramón Martínez Pérez, Administrador parroquial de la de «San Antonio de Padua», de La Hoya y Daimés (Elche); M.I.D. Jesús Ortuño Rodríguez, Consiliario de la Fervorosa, Venerable y Penitencial Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Salud en su Presentación al Pueblo y María Santísima de la Estrella, de Almoradí; Rvdo. P. Mariano Boyano Revilla. Consiliario de la Hermandad Agustina Nuestro Padre Jesús Despojado de sus Vestiduras, de Alicante; D. Francisco Más Almarcha, Presidente de la Hermandad Agustina Nuestro Padre Jesús Despojado de sus Vestiduras, de Alicante.
- **Con fecha 2 de noviembre de 2021:** Rvdo. D. José Lozano Sánchez, Consiliario del Consejo Diocesano Movimientos de Acción

Católica y del Secretariado de Acción Católica; Rvdo. D. Emilio Manuel Sánchez Martínez, Consiliario de la Adoración Nocturna Española, sección Orihuela; Rvdo. D. Salvador Gregorio Blasco Tasa, Presidente de la Cofradía Virgen de los Remedios bajo la advocación de Virgen de las Injurias, de Callosa d'en Sarrià.

- **Con fecha 5 de noviembre de 2021:** Rvdo. D. Ángel Miguel Fernández Uribe, Vicario parroquial de la Parroquia Inmaculada Concepción, de Torreveja.
- **Con fecha 9 de noviembre de 2021:** Dña. María del Carmen Ferrándiz Navarro, Presidenta de la Cofradía de Nuestra Señora de las Angustias, de Villena.
- **Con fecha 10 de noviembre de 2021:** D. Trinitario Sánchez Níguez, Presidente de la Cofradía del Santísimo Sepulcro, de Catral; D. José Box Ortega, Presidente de la Cofradía Nuestra Señora de la Piedad y de la Caridad y Cristo de la Paz, de Alicante; Dña. María Alejandra Griñant Ferrández, Presidenta de la Cofradía de Nuestra Señora de la Piedad, de Torreveja; Dña. Blanca Ángel Lucas, Presidenta de la Gloriosa Cofradía del Santísimo Sacramento y María Inmaculada, de Orihuela.
- **Con fecha 11 de noviembre de 2021:** D. Alberto Pérez Martínez, Presidente-Hermano Mayor de la Cofradía del Santo Sepulcro y Jesús Cautivo, de Monóvar; D. José Antonio Miralles Roca, Presidente de la Hermandad del Santísimo Cristo de la Victoria y María Magdalena, de Crevillent.
- **Con fecha 17 de noviembre de 2021:** D. José Luis Fernando Navarro Mira, Presidente de la Cofradía Santa Faz de Jesús y la Mujer Verónica, de Novelda; D. Luis Amorós Navarro, Presidente de la Cofradía Nuestra Señora de la Soledad, de Novelda.
- **Con fecha 29 de noviembre de 2021:** Rvdo. D. Germán Sánchez Vilella, Consiliario de la Cofradía Nuestra Señora de la Soledad, de Elda.

- **Con fecha 30 de noviembre de 2021:** Dña. Isabel Segrelles Vaello, Presidenta de la Cofradía Nuestro Padre Jesús Nazareno, de Villajoyosa.
- **Con fecha 2 de diciembre de 2021:** M.I.D. Miguel Belso Grau, Adscrito a la Parroquia de San Blas, de Alicante; Rvdo. D. José Manuel Íñigo Berna, Capellán de la Universidad de Alicante; Rvdo. D. José Cristóbal Moreno García, Consiliario de la Cofradía Nuestra Señora de los Dolores, de Villena; D. Ignacio Martínez Ballester, Presidente de la Hermandad del Silencio, de Orihuela; D. Domingo Viudes Hernández, Presidente de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, de Guardamar del Segura; D. José Antonio Cano Murcia, Hermano Mayor de la Cofradía de la Flagelación del Señor y Hermandad Penitencial del Ecce Homo, de Rojales; D. Daniel López Díaz, Hermano Mayor de la Hermandad Penitencial del Santísimo Cristo de la Humildad y Paciencia y Nuestra Señora de las Lágrimas, de Alicante; D. Francisco Javier López Vicente, Presidente de la Cofradía del Santo Sepulcro, de Callosa de Segura; D. Antonio M. García-Molina Riquelme, Hermano Mayor-Laico Presidente de la M.I. Archicofradía de Nuestra Señora de Monserrate, de Orihuela; D. José Antonio Beltrán Cano, Presidente de la Cofradía Negación de San Pedro, de Elche.
- **Con fecha 3 de diciembre de 2021:** M.I.D. Ramón V. Cano Montoya, Consiliario de la Cofradía de San Isidro Labrador, de Crevillent; D. Isaac Rodríguez Valero, Presidente de la Cofradía del Cristo Yacente y Virgen de la Soledad, de Ibi; Dña. Eva Yolanda Ródenas Morán, Hermana Mayor de la Cofradía de la Conversión de la Mujer Samaritana por Nuestro Señor, de Elche; D. Miguel Iborra Ancheta, Hermano Mayor de la Muy Ilustre, Santa y Sacramental Hermandad de la Misericordia, Nuestro Padre Jesús del Gran poder y Nuestra Señora de la Esperanza Coronada, de Alicante; D. Francisco Javier Aznar Mas, Presidente de la Cofradía San Isidro Labrador, de Crevillent.

El Sr. Obispo Administrador Apostólico ha realizado los siguientes nombramientos:

- **Con fecha 9 de diciembre de 2021:** Rvdo. D. Manuel Grau San Andrés, Administrador parroquial de la Parroquia Madre de Dios, de Elche; Rvdo. D. Matthew Magak Arose, Vicario parroquial de la del Sagrado Corazón de Jesús, de Elche.
- **Con fecha 14 de diciembre de 2021:** Rvdo. D. Jonathan Josué Vásquez Madrid, O. de M., Capellán del Centro Penitenciario de Fontcalent.

Reforma Estatutos

El Sr. Obispo ha aprobado las siguientes reformas de estatutos:

- **Con fecha 8 de noviembre de 2021,** la reforma de los Estatutos de la Comunidad de Penitentes de Santa María Magdalena, de Novelda.
- **Con fecha 30 de noviembre de 2021:** reforma de los Estatutos de la Real Cofradía Nuestra Señora de la Esperanza y la Paz, de Benidorm.
- **Con fecha 2 de diciembre de 2021:** reforma de los Estatutos de la Hermandad de Nazarenos de la Oración del Huerto, de Novelda.

LITURGIA

Calendario Litúrgico 2021 - 2022. Propio de la Diócesis de Orihuela-Alicante

2021

Diciembre

6.- Lunes

Bl. **Alicante:** San Nicolás, Obispo, Patrono de la ciudad.

Ciudad: Fiesta. **Concatedral:** Titular de la Sta. Iglesia Concatedral. Solemnidad.

2022

Enero

14.- Viernes

Bl. S. Juan de Ribera, obispo. Memoria obligatoria.

Marzo

8.- Martes

Mo. Feria

Hoy se conmemora el Iº Aniversario de la muerte del Excmo. y Rvmo. D. Rafael Palmero Ramos.

17.- Jueves

Monasterio de la Santa Faz:

Ro. LA SANTA FAZ DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO. Solemnidad.

Abril

11.- Lunes Santo

Mo. Feria

Bl. MISA CRISMAL

25.- Lunes

Bl. SAN VICENTE FERRER, PRESBITERO, Patrono principal de la Diócesis. Solemnidad.

28.- Jueves

Ro. La Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo. Memoria obligatoria.
Alicante y Arciprestazgo de Mutxamel: Fiesta.

Mayo

7.- Sábado

Bl. Nuestra Señora de los Desamparados, Patrona de la Región. Fiesta.

11.- Miércoles

Bl. XXVIº Aniversario de la Ordenación Episcopal del Excmo. y Rvdmo. D. Jesús Murgui Soriano, Obispo de la Diócesis.

17.- Martes

Bl. San Pascual Bailón, religioso. Memoria obligatoria.

Junio

22.- Miércoles

Ro. Beato Ramón Esteban Bou, presbítero, y compañeros, mártires.
Memoria libre.

26.- Domingo XIII del T. O.

Ve. Este año no se celebra la memoria libre de San Josemaría Escrivá de Balaguer, presbítero.

Julio

2.- Sábado

Bl. **Alicante:** Aniversario de la Dedicación de la Sta. Iglesia Concatedral.

Ciudad: Memoria obligatoria. **Concatedral:** Solemnidad.

14.- Jueves

Bl. Aniversario de la Dedicación de la Sta. Iglesia Catedral.

Diócesis: Fiesta. **Catedral:** Solemnidad.

17.- Domingo XVI del T.O.

Orihuela: Stas. Justa y Rufina, vírgenes y mártires.

Ve. **Ciudad:** Domingo XVI del T.O.

Ro. **Parroquia de Santas Justa y Rufina:** Solemnidad.

20.- Miércoles

Ro. Beata Rita Dolores Pujalte Sánchez y Francisca Aldea Araujo, vírgenes y mártires. Memoria libre.

Agosto

5.- Viernes

Ro. San Emigdio, obispo y mártir. Memoria libre.

Bl. **Alicante:** Ntra. Sra. del Remedio, Patrona de la ciudad. Solemnidad.

6.- Sábado. La Transfiguración del Señor. Fiesta.

Bl. **Catedral:** Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo, Titular de la Sta. Iglesia Catedral. Solemnidad.

12.- Viernes

Ro. Beatos Antonio Perulles, presbítero, y compañeros, mártires. Memoria libre.

16.- Martes

Bl. San Roque. Memoria libre.

Septiembre

8.- Jueves. Natividad de la Bienaventurada Virgen María. Fiesta.

Bl. **Orihuela:** Ntra. Señora de Monserrate, Patrona de la ciudad. Solemnidad.

28.- Miércoles

Ro. Beato Francisco de Paula Castelló, mártir. Memoria libre.

Octubre

12.- Miércoles

Bl. Bienaventurada Virgen María del Pilar. Fiesta.

Lº Aniversario de la Ordenación Episcopal del Excmo. y Rvmo. D. Victorio Oliver Domingo, Obispo Emérito de la Diócesis.

21.- Viernes

Ro. **Catedral:** Santa Úrsula y compañeras, vírgenes y mártires. Memoria libre.

22.- Sábado

Bl. San Juan Pablo II, papa. Memoria libre.

Noviembre

1.- Martes. TODOS LOS SANTOS. Solemnidad.

Orihuela: Hoy, Solemnidad de «Todos los Santos», en la ciudad de Orihuela, por privilegio de Paulo III, cada sacerdote puede celebrar dos Misas con estipendio, con tal de que se apliquen en sufragio por los difuntos.

6.- Domingo XXXII del T. O.

Ve. Este año no se celebra la memoria obligatoria de los Santos Pedro Poveda Castroverde e Inocencio de la Inmaculada Canoura Arnau, presbíteros, y compañeros, mártires. (*Mártires del Siglo XX en España*).

20.- Domingo. NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO. Solemnidad.

Bl. Este año no se celebra la memoria libre de las Beatas Ángeles de San José, María del Sufragio, vírgenes, y compañeras, mártires.

23.- Miércoles

Ro. **Concatedral:** Santa Felícitas, mártir. Memoria obligatoria.

SANTA SEDE

PAPA FRANCISCO

MENSAJES, MOTU PROPRIO, AUDIENCIAS, DISCURSOS, ÁNGELUS, HOMILÍAS Y PALABRAS

Mensaje para la V Jornada Mundial de los Pobres, 2021: «A los pobres los tienen siempre con ustedes» (Mc 14,7)

*Domingo XXXIII del Tiempo Ordinario
14 de noviembre de 2021*

«A los pobres los tienen siempre con ustedes» (Mc 14,7)

1. «A los pobres los tienen siempre con ustedes» (Mc 14,7). Jesús pronunció estas palabras en el contexto de una comida en Betania, en casa de un tal Simón, llamado «el leproso», unos días antes de la Pascua. Según narra el evangelista, una mujer entró con un frasco de alabastro lleno de un perfume muy valioso y lo derramó sobre la cabeza de Jesús. Ese gesto suscitó gran asombro y dio lugar a dos interpretaciones diversas.

La primera fue la indignación de algunos de los presentes, entre ellos los discípulos que, considerando el valor del perfume —unos 300 denarios, equivalentes al salario anual de un obrero— pensaron que habría sido mejor venderlo y dar lo recaudado a los pobres. Según el Evangelio de Juan, fue Judas quien se hizo intérprete de esta opinión: «¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios para darlos a los pobres?». Y el evangelista señala: «Esto no lo dijo porque

le importaran los pobres, sino porque era ladrón y, como tenía la bolsa del dinero en común, robaba de lo que echaban en ella» (12,5-6). No es casualidad que esta dura crítica salga de la boca del traidor, es la prueba de que quienes no reconocen a los pobres traicionan la enseñanza de Jesús y no pueden ser sus discípulos. A este respecto, recordamos las contundentes palabras de Orígenes: «Judas parecía preocuparse por los pobres [...]. Si ahora todavía hay alguien que tiene la bolsa de la Iglesia y habla a favor de los pobres como Judas, pero luego toma lo que ponen dentro, entonces, que tenga su parte junto a Judas» (*Comentario al Evangelio de Mateo*, XI, 9).

La segunda interpretación la dio el propio Jesús y permite captar el sentido profundo del gesto realizado por la mujer. Él dijo: «¡Déjenla! ¿Por qué la molestan? Ha hecho una obra buena conmigo» (*Mc 14,6*). Jesús sabía que su muerte estaba cercana y vio en ese gesto la anticipación de la unción de su cuerpo sin vida antes de ser depuesto en el sepulcro. Esta visión va más allá de cualquier expectativa de los comensales. Jesús les recuerda que el primer pobre es Él, el más pobre entre los pobres, porque los representa a todos. Y es también en nombre de los pobres, de las personas solas, marginadas y discriminadas, que el Hijo de Dios aceptó el gesto de aquella mujer. Ella, con su sensibilidad femenina, demostró ser la única que comprendió el estado de ánimo del Señor. Esta mujer anónima, destinada quizá por esto a representar a todo el universo femenino que a lo largo de los siglos no tendrá voz y sufrirá violencia, inauguró la significativa presencia de las mujeres que participen en el momento culminante de la vida de Cristo: su crucifixión, muerte y sepultura, y su aparición como Resucitado. Las mujeres, tan a menudo discriminadas y mantenidas al margen de los puestos de responsabilidad, en las páginas de los Evangelios son, en cambio, protagonistas en la historia de la revelación. Y es elocuente la expresión final de Jesús, que asoció a esta mujer a la gran misión evangelizadora: «Les aseguro que, para honrar su memoria, en cualquier parte del mundo donde se proclame la Buena Noticia se contará lo que ella acaba de hacer conmigo» (*Mc 14,9*).

2. Esta fuerte «empatía» entre Jesús y la mujer, y el modo en que Él interpretó su unción, en contraste con la visión escandalizada de Judas y de los otros, abre un camino fecundo de reflexión sobre el vínculo inseparable que hay entre Jesús, los pobres y el anuncio del Evangelio.

El rostro de Dios que Él revela, de hecho, es el de un Padre para los pobres y cercano a los pobres. Toda la obra de Jesús afirma que la pobreza no es fruto de la fatalidad, sino un signo concreto de su presencia entre nosotros. No lo encontramos cuando y donde quisiéramos, sino que lo reconocemos en la vida de los pobres, en su sufrimiento e indignancia, en las condiciones a veces inhumanas en las que se ven obligados a vivir. No me canso de repetir que los pobres son verdaderos evangelizadores porque fueron los primeros en ser evangelizados y llamados a compartir la bienaventuranza del Señor y su Reino (cf. Mt 5,3).

Los pobres de cualquier condición y de cualquier latitud *nos evangelizan*, porque nos permiten redescubrir de manera siempre nueva los rasgos más genuinos del rostro del Padre. «Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del *sensus fidei*, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos. Nuestro compromiso no consiste exclusivamente en acciones o en programas de promoción y asistencia; lo que el Espíritu moviliza no es un desborde activista, sino ante todo una *atención* puesta en el otro «considerándolo como uno consigo». Esta atención amante es el inicio de una verdadera preocupación por su persona, a partir de la cual deseo buscar efectivamente su bien» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 198-199).

3. Jesús no sólo está de parte de los pobres, sino que *comparte con ellos* la misma suerte. Esta es una importante lección también para sus discípulos de todos los tiempos. Sus palabras «a los pobres los tienen siempre con ustedes» también indican que su presencia en medio de nosotros es constante, pero que no debe conducirnos a un acostumbramiento que se convierta en indiferencia, sino a involucrarnos en un compartir la vida que no admite delegaciones. Los pobres no son personas «externas» a la comunidad, sino hermanos y hermanas con los cuales compartir el sufrimiento para aliviar su malestar y marginación, para devolverles la dignidad perdida y asegurarles la necesaria inclusión social. Por otra parte, se sabe que una obra de beneficencia presupone

un benefactor y un beneficiado, mientras que el compartir genera fraternidad. La limosna es ocasional, mientras que el compartir es duradero. La primera corre el riesgo de gratificar a quien la realiza y humillar a quien la recibe; el segundo refuerza la solidaridad y sienta las bases necesarias para alcanzar la justicia. En definitiva, los creyentes, cuando quieren ver y palpar a Jesús en persona, saben a dónde dirigirse, los pobres son sacramento de Cristo, representan su persona y remiten a él.

Tenemos muchos ejemplos de santos y santas que han hecho del compartir con los pobres su proyecto de vida. Pienso, entre otros, en el padre Damián de Veuster, santo apóstol de los leprosos. Con gran generosidad respondió a la llamada de ir a la isla de Molokai, convertida en un gueto accesible sólo a los leprosos, para vivir y morir con ellos. Puso manos a la obra e hizo todo lo posible para que la vida de esos pobres, enfermos y marginados, reducidos a la extrema degradación, fuera digna de ser vivida. Se hizo médico y enfermero, sin reparar en los riesgos que corría, y llevó la luz del amor a esa «colonia de muerte», como era llamada la isla. La lepra lo afectó también a él, signo de un compartir total con los hermanos y hermanas por los que había dado la vida. Su testimonio es muy actual en nuestros días, marcados por la pandemia de coronavirus. La gracia de Dios actúa ciertamente en el corazón de muchos que, sin aparecer, se gastan por los más pobres en un concreto compartir.

4. Necesitamos, pues, adherirnos con plena convicción a la invitación del Señor: «Conviértanse y crean en la Buena Noticia» (*Mc 1,15*). Esta *conversión* consiste, en primer lugar, en abrir nuestro corazón para reconocer las múltiples expresiones de la pobreza y en manifestar el Reino de Dios mediante un estilo de vida coherente con la fe que profesamos. A menudo los pobres son considerados como personas separadas, como una categoría que requiere un particular servicio caritativo. Seguir a Jesús implica, en este sentido, un cambio de mentalidad, es decir, acoger el reto de compartir y participar. Convertirnos en sus discípulos implica la opción de no acumular tesoros en la tierra, que dan la ilusión de una seguridad en realidad frágil y efímera. Por el contrario, requiere la disponibilidad para liberarse de todo vínculo que impida alcanzar la verdadera felicidad y bienaventuranza, para reconocer lo que es duradero y que no puede ser destruido por nada ni por nadie (cf. *Mt 6,19-20*).

La enseñanza de Jesús también en este caso va a contracorriente,

porque promete lo que sólo los ojos de la fe pueden ver y experimentar con absoluta certeza: «Y todo el que deje casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o campos por mi causa, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna» (Mt 19,29). Si no se elige convertirse en pobres de las riquezas efímeras, del poder mundano y de la vanagloria, nunca se podrá dar la vida por amor; se vivirá una existencia fragmentaria, llena de buenos propósitos, pero ineficaz para transformar el mundo. Se trata, por tanto, de abrirse con decisión a la gracia de Cristo, que puede hacernos testigos de su caridad sin límites y devolverle credibilidad a nuestra presencia en el mundo.

5. El Evangelio de Cristo impulsa a estar especialmente atentos a los pobres y pide reconocer las múltiples y demasiadas formas de desorden moral y social que generan siempre *nuevas formas de pobreza*. Parece que se está imponiendo la idea de que los pobres no sólo son responsables de su condición, sino que constituyen una carga intolerable para un sistema económico que pone en el centro los intereses de algunas categorías privilegiadas. Un mercado que ignora o selecciona los principios éticos crea condiciones inhumanas que se abaten sobre las personas que ya viven en condiciones precarias. Se asiste así a la creación de trampas siempre nuevas de indigencia y exclusión, producidas por actores económicos y financieros sin escrúpulos, carentes de sentido humanitario y de responsabilidad social.

El año pasado, además, se añadió otra plaga que produjo ulteriormente más pobres: la pandemia. Esta sigue tocando a las puertas de millones de personas y, cuando no trae consigo el sufrimiento y la muerte, es de todas maneras portadora de pobreza. Los pobres han aumentado desproporcionadamente y, por desgracia, seguirán aumentando en los próximos meses. Algunos países, a causa de la pandemia, están sufriendo gravísimas consecuencias, de modo que las personas más vulnerables están privadas de los bienes de primera necesidad. Las largas filas frente a los comedores para los pobres son el signo tangible de este deterioro. Una mirada atenta exige que se encuentren las soluciones más adecuadas para combatir el virus a nivel mundial, sin apuntar a intereses partidistas. En particular, es urgente dar respuestas concretas a quienes padecen el desempleo, que golpea dramáticamente a muchos padres de familia, mujeres y jóvenes. La solidaridad social y la generosidad de la que muchas personas son capaces, gracias a Dios, unidas a proyectos

de promoción humana a largo plazo, están aportando y aportarán una contribución muy importante en esta coyuntura.

6. Sin embargo, permanece abierto el interrogante, que no es obvio en absoluto: ¿cómo es posible dar una solución tangible a los millones de pobres que a menudo sólo encuentran indiferencia, o incluso fastidio, como respuesta? ¿Qué camino de justicia es necesario recorrer para que se superen las desigualdades sociales y se restablezca la dignidad humana, tantas veces pisoteada? Un estilo de vida individualista es cómplice en la generación de pobreza, y a menudo descarga sobre los pobres toda la responsabilidad de su condición. Sin embargo, la pobreza no es fruto del destino sino consecuencia del egoísmo. Por lo tanto, es decisivo dar vida a *procesos de desarrollo* en los que se valoren *las capacidades de todos*, para que la complementariedad de las competencias y la diversidad de las funciones den lugar a un recurso común de participación. Hay muchas pobreza de los «ricos» que podrían ser curadas por la riqueza de los «pobres», ¡si sólo se encontraran y se conocieran! Ninguno es tan pobre que no pueda dar algo de sí mismo en la reciprocidad. Los pobres no pueden ser sólo los que reciben; hay que ponerlos en condiciones de poder dar, porque saben bien cómo corresponder. ¡Cuántos ejemplos de compartir están ante nuestros ojos! Los pobres nos enseñan a menudo la solidaridad y el compartir. Es cierto, son personas a las que les falta *algo*, frecuentemente les falta *mucho* e incluso lo *necesario*, pero no les falta *todo*, porque conservan la dignidad de hijos de Dios que nada ni nadie les puede quitar.

7. Por eso se requiere *un enfoque diferente de la pobreza*. Es un reto que los gobiernos y las instituciones mundiales deben afrontar con un modelo social previsor, capaz de responder a las nuevas formas de pobreza que afectan al mundo y que marcarán las próximas décadas de forma decisiva. Si se margina a los pobres, como si fueran los culpables de su condición, entonces el concepto mismo de democracia se pone en crisis y toda política social se vuelve un fracaso. Con gran humildad deberíamos confesar que en lo referente a los pobres somos a menudo incompetentes. Se habla de ellos en abstracto, nos detenemos en las estadísticas y se piensa en provocar conmoción con algún documental. La pobreza, por el contrario, debería suscitar una planificación creativa, que permita aumentar la libertad efectiva para poder realizar la existencia con las

capacidades propias de cada persona. Pensar que la libertad se concede e incrementa por la posesión de dinero es una ilusión de la que hay que alejarse. Servir eficazmente a los pobres impulsa a la acción y permite encontrar los medios más adecuados para levantar y promover a esta parte de la humanidad, demasiadas veces anónima y sin voz, pero que tiene impresa en sí el rostro del Salvador que pide ayuda.

8. «A los pobres los tienen siempre con ustedes» (Mc 14,7). Es una invitación a no perder nunca de vista la oportunidad que se ofrece de hacer el bien. En el fondo se puede entrever el antiguo mandato bíblico: «Si hubiese un hermano pobre entre los tuyos, no seas inhumano ni le niegues tu ayuda a tu hermano el pobre. Por el contrario, tiéndele la mano y préstale lo que necesite, lo que le falte. [...] Le prestarás, y no de mala gana, porque por eso el Señor, tu Dios, te bendecirá en todo lo que hagas y emprendas. Ya que no faltarán pobres en la tierra» (Dt 15.7-8.10-11). El apóstol Pablo se sitúa en la misma línea cuando exhorta a los cristianos de sus comunidades a socorrer a los pobres de la primera comunidad de Jerusalén y a hacerlo «no de mala gana ni por obligación, porque Dios ama a quien da con alegría» (2 Co 9,7). No se trata de aliviar nuestra conciencia dando alguna limosna, sino más bien de contrastar la cultura de la indiferencia y la injusticia con la que tratamos a los pobres.

En este contexto también es bueno recordar las palabras de san Juan Crisóstomo: «El que es generoso no debe pedir cuentas de la conducta, sino sólo mejorar la condición de pobreza y satisfacer la necesidad. El pobre sólo tiene una defensa: su pobreza y la condición de necesidad en la que se encuentra. No le pidas nada más; pero aunque fuese el hombre más malvado del mundo, si le falta el alimento necesario, librémosle del hambre. [...] El hombre misericordioso es un puerto para quien está en necesidad: el puerto acoge y libera del peligro a todos los naufragos; sean ellos malvados, buenos, o sean como sean aquellos que se encuentren en peligro, el puerto los protege dentro de su bahía. Por tanto, también tú, cuando veas en tierra a un hombre que ha sufrido el naufragio de la pobreza, no juzgues, no pidas cuentas de su conducta, sino libéralo de la desgracia» (*Discursos sobre el pobre Lázaro*, II, 5).

9. Es decisivo que se aumente la sensibilidad para comprender las necesidades de los pobres, en continuo cambio como lo son las condiciones de vida. De hecho, hoy en día, en las zonas económicamente más

desarrolladas del mundo, se está menos dispuestos que en el pasado a enfrentarse a la pobreza. El estado de relativo bienestar al que se está acostumbrados hace más difícil aceptar sacrificios y privaciones. Se es capaz de todo, con tal de no perder lo que ha sido fruto de una conquista fácil. Así, se cae en formas de rencor, de nerviosismo espasmódico, de reivindicaciones que llevan al miedo, a la angustia y, en algunos casos, a la violencia. Este no ha de ser el criterio sobre el que se construya el futuro; sin embargo, estas también son formas de pobreza de las que no se puede apartar la mirada. Debemos estar abiertos a leer los signos de los tiempos que expresan nuevas modalidades de cómo ser evangelizadores en el mundo contemporáneo. La ayuda inmediata para satisfacer las necesidades de los pobres no debe impedirnos ser previsores a la hora de poner en práctica nuevos signos del amor y de la caridad cristiana como respuesta a las nuevas formas de pobreza que experimenta la humanidad de hoy.

Deseo que la *Jornada Mundial de los Pobres*, que llega a su quinta edición, arraigue cada vez más en nuestras Iglesias locales y se abra a un movimiento de evangelización que en primera instancia salga al encuentro de los pobres, allí donde estén. No podemos esperar a que llamen a nuestra puerta, es urgente que vayamos nosotros a encontrarlos en sus casas, en los hospitales y en las residencias asistenciales, en las calles y en los rincones oscuros donde a veces se esconden, en los centros de refugio y acogida... Es importante entender cómo se sienten, qué perciben y qué deseos tienen en el corazón. Hagamos nuestras las apremiantes palabras de don Primo Mazzolari: «Quisiera pedirles que no me pregunten *si hay pobres, quiénes son y cuántos son*, porque temo que tales preguntas representen una distracción o el pretexto para apartarse de una indicación precisa de la conciencia y del corazón. [...] Nunca he contado a los pobres, porque no se pueden contar: a los pobres se les abraza, no se les cuenta» («Adesso» n. 7 – 15 abril 1949). Los pobres están entre nosotros. Qué evangélico sería si pudiéramos decir con toda verdad: también nosotros somos pobres, porque sólo así lograremos reconocerlos realmente y hacerlos parte de nuestra vida e instrumentos de salvación.

Roma, San Juan de Letrán, 13 de junio de 2021, Memoria litúrgica de san Antonio de Padua.

Francisco

VIAJE APOSTÓLICO DEL SANTO PADRE A CHIPRE Y GRECIA (2-6 DE DICIEMBRE DE 2021)

Discurso en el encuentro con los sacerdotes, religiosos y religiosas, diáconos, catequistas, asociaciones y movimientos eclesiales de Chipre

*Catedral maronita de Nuestra Señora de las Gracias, Nicosia
Jueves, 2 de diciembre de 2021*

Beatitudes, queridos hermanos obispos, queridos sacerdotes, religiosas y religiosos, queridos catequistas, hermanos y hermanas: Χαίρετε! [¡Hola!]

Me siento contento de estar entre ustedes. Deseo expresar mi gratitud al Cardenal Béchara Boutros Raï por las palabras que me ha dirigido y saludar con afecto al Patriarca Pierbattista Pizzaballa. Gracias a todos ustedes por su ministerio y su servicio; en particular a ustedes, hermanas, por la obra educativa que llevan adelante en la escuela, a la que asisten tantos jóvenes de la isla, lugar de encuentro, de diálogo y aprendizaje del arte de construir puentes. ¡Gracias! Gracias a todos por su cercanía a las personas, especialmente en los contextos sociales y laborales donde es más difícil.

Comparto mi alegría de visitar esta tierra, caminando como peregrino tras las huellas del gran apóstol Bernabé, hijo de este pueblo, discípulo enamorado de Jesús, intrépido anunciador del Evangelio que, pasando por las nacientes comunidades cristianas, veía cómo actuaba la gracia de Dios y se alegraba de ello, exhortando «a todos para que permanecieran unidos al Señor con firmeza de corazón» (Hch 11,23). Y yo vengo con el mismo deseo: ver la gracia de Dios obrando en su Iglesia y en su tierra, alegrándome con ustedes por las maravillas que el Señor obra y exhortándolos a perseverar siempre, sin cansarse, sin desanimarse nunca. ¡Dios es más grande! Dios es más grande que nuestras contradicciones. ¡Adelante!

Los miro y veo la riqueza de su diversidad. Es cierto, ¡una hermosa «macedonia»! Todos diferentes. Saludo a la Iglesia maronita, que en el curso de los siglos ha llegado en varias ocasiones a la isla y que, a menudo atravesando muchas pruebas, ha perseverado en la fe. Cuando

pienso en el Líbano siento mucha preocupación por la crisis en la que se encuentra y noto el sufrimiento de un pueblo cansado y probado por la violencia y el dolor. Llevo a mi oración el deseo de paz que sube desde el corazón de ese país. Les agradezco lo que hacen en la Iglesia, por Chipre. Los cedros del Líbano se citan numerosas veces en la Escritura como modelos de belleza y grandeza. Pero incluso un gran cedro surge desde las raíces y crece lentamente. Ustedes son estas raíces, trasplantadas en Chipre para difundir la fragancia y la belleza del Evangelio. ¡Gracias!

Saludo también a la Iglesia latina, presente aquí por milenios, que ha visto crecer en el tiempo, junto a sus hijos, el entusiasmo de la fe y que hoy, gracias a la presencia de tantos hermanos y hermanas migrantes, se presenta como un pueblo «multicolor», un auténtico lugar de encuentro entre etnias y culturas diferentes. Este rostro de la Iglesia refleja el rol de Chipre en el continente europeo: una tierra de campos dorados, una isla acariciada por las olas del mar, pero sobre todo una historia que es cruce de pueblos y mosaico de encuentros. Así es también la Iglesia: católica, es decir, universal, espacio abierto en el que todos son acogidos y alcanzados por la misericordia de Dios y su invitación a amar. No hay ni debe haber muros en la Iglesia católica. Y esto no lo olvidemos. Ninguno de nosotros ha sido llamado aquí para hacer proselitismo como predicadores, eso jamás. El proselitismo es estéril, no da vida. Todos hemos sido llamados por la misericordia de Dios, que nunca se cansa de llamar, nunca se cansa de estar cerca, nunca se cansa de perdonar. ¿Dónde están las raíces de nuestra vocación cristiana? En la misericordia de Dios. Nunca debemos olvidar eso. El Señor no defrauda; su misericordia no defrauda. Siempre nos espera. No hay y no debe haber muros en la Iglesia católica, por favor. Es una casa común, es el lugar de las relaciones, es la convivencia de la diversidad: ese rito, ese otro rito; uno lo piensa así, esa monja lo vio así, la otra lo vio de otro modo. La diversidad de todos y, en esa diversidad, la riqueza de la unidad. ¿Y quién hace la unidad? El Espíritu Santo. ¿Y quién hace la diversidad? El Espíritu Santo. Quien puede entender que entienda. Él es el autor de la diversidad y el autor de la armonía. San Basilio solía decirlo: «*Ipse harmonia est*». Él es quien hace la diversidad de dones y la unidad armoniosa de la Iglesia.

Queridos amigos, ahora quisiera compartir algo con ustedes a propósito de san Bernabé, su hermano y patrono, inspirándome en dos palabras de su vida y de su misión.

La primera palabra es *paciencia*. Se habla de Bernabé como de un gran hombre de fe y de equilibrio, que fue elegido por la Iglesia de Jerusalén —se puede decir de la Iglesia madre— como la persona más idónea para visitar una nueva comunidad, la de Antioquía, que estaba compuesta por diversas personas que se habían convertido recientemente del paganismo. Fue enviado para ir y ver qué estaba sucediendo, casi como un explorador. Allí encontró personas que provenían de otro mundo, de otra cultura y sensibilidad religiosa; personas que acababan de cambiar de vida y por eso tenían una fe llena de entusiasmo, pero todavía frágil, como al inicio. En toda esta situación, la actitud de Bernabé fue de gran *paciencia*. Sabe esperar. Sabe esperar que el árbol crezca. Es la paciencia de estar dispuesto a salir constantemente de viaje, la paciencia de entrar en la vida de personas hasta ese momento desconocidas, la paciencia de acoger la novedad sin juzgarla apresuradamente, la paciencia del discernimiento, que sabe captar los signos de la obra de Dios en todas partes, la paciencia de «estudiar» otras culturas y tradiciones. Bernabé tuvo sobre todo *la paciencia del acompañamiento*, deja crecer, acompañando. No sofocó la fe frágil de los recién llegados con actitudes estrictas, inflexibles, o con requerimientos demasiado exigentes en cuanto a la observancia de los preceptos. No. Los dejaba crecer, los acompañaba, los tomaba de la mano, dialogaba con ellos. Bernabé no se escandaliza, como un padre y una madre no se escandalizan de sus hijos, sino que los acompañan, los ayudan a crecer. Tengan en cuenta esto: las divisiones, el proselitismo dentro de la Iglesia no van. Deja crecer y acompaña; y si tienes que regañar a alguien, regaña, pero con amor, con paz. Es el hombre de la paciencia.

Necesitamos una *Iglesia paciente*, queridos hermanos y hermanas. Una Iglesia que no se deja turbar y desconcertar por los cambios, sino que acoge serenamente la novedad y discierne las situaciones a la luz del Evangelio. En esta isla es precioso el trabajo que llevan adelante en la acogida de nuevos hermanos y hermanas que llegan desde otros lugares del mundo. Como Bernabé, también ustedes están llamados a cultivar una mirada paciente y atenta, a ser signos visibles y creíbles de la paciencia de Dios que nunca deja a nadie fuera de casa, nadie privado de su tierno abrazo. La Iglesia en Chipre tiene estos brazos abiertos: acoge, integra y acompaña. Es un mensaje importante también para la Iglesia en toda Europa, marcada por la crisis de fe. No sirve ser impulsivos, no sirve ser agresivos, nostálgicos o quejumbrosos, es mejor

seguir adelante leyendo los signos de los tiempos y también los signos de la crisis. Es necesario volver a comenzar y anunciar el Evangelio con paciencia, tomar en mano las Bienaventuranzas, sobre todo anunciarlas a las nuevas generaciones. A ustedes, hermanos obispos, quisiera decirles: sean pastores pacientes en la cercanía, no se cansen nunca de buscar a Dios en la oración; busquen a los sacerdotes en el encuentro; a los hermanos de otras confesiones cristianas con respeto y solicitud; y a los fieles allí donde viven. Y a ustedes, queridos sacerdotes que están aquí, quisiera decirles: sean pacientes con los fieles, siempre dispuestos a animarlos, sean ministros incansables del perdón y de la misericordia de Dios. Nunca jueces severos, siempre padres amorosos.

Cuando leo la Parábola del hijo pródigo: el hermano mayor era un juez riguroso, pero el padre era misericordioso, la imagen del Padre que siempre perdona, es más, que siempre está esperando para perdonar. El año pasado un grupo de jóvenes que hacen espectáculos de música pop, quisieron representar la parábola del hijo pródigo, cantada con música pop y diálogos. ¡Hermoso! Pero lo más lindo fue el diálogo final, cuando el hijo pródigo se acercó a un amigo y le dijo: «No puedo seguir así. Quiero irme a casa, pero tengo miedo de que papá me cierre la puerta en la cara, que me eche. Tengo ese miedo y no sé cómo hacer. —Pero, ¡tu papá es bueno! —Sí, pero ya sabes... mi hermano está ahí calentándole la cabeza». Hacia el final de la obra sobre el hijo pródigo, su amigo le dice: «Haz una cosa, escribe a tu papá y dile que quieres volver, pero tienes miedo de que no te reciba bien. Dile a tu papá que, si quiere darte la bienvenida, ponga un pañuelo en la ventana más alta de la casa, así tu papá te dirá primero si te dará la bienvenida o te rechazará». Ese acto termina. En el acto siguiente, el hijo se dirige a la casa de su padre. Y cuando está en camino, se vuelve y ve la casa de su padre, que estaba llena de pañuelos blancos. ¡Llena! Este es Dios para nosotros. Nunca se cansa de perdonar. Y cuando el hijo empieza a hablar: «Ah, señor, yo hice...», le dice «cállate», y le tapa la boca.

A ustedes sacerdotes: por favor, no sean rigurosos en la confesión. Cuando ves que alguien está en problemas, di: «Entiendo, entiendo». Esto no significa «manga ancha», no. Significa corazón de padre, como corazón de padre tiene Dios. La obra que el Señor realiza en la vida de cada persona es una historia sagrada, dejémonos apasionar por ella. En la multiforme variedad de su pueblo, paciencia significa también tener oídos y corazón para acoger sensibilidades espirituales diferen-

tes, modos de expresar la fe distintos y culturas diversas. La Iglesia no quiere uniformar, por favor, no, sino integrar todas las culturas, todas las psicologías de las personas, con paciencia materna, porque la Iglesia es madre. Es lo que deseamos hacer con la gracia de Dios en el itinerario sinodal: la oración paciente, la escucha paciente de una Iglesia dócil a Dios y abierta al hombre. La paciencia era uno de los aspectos de Bernabé.

En la historia de Bernabé hay un segundo aspecto importante que quisiera subrayar: su encuentro con Pablo de Tarso y la amistad fraterna entre ellos, que los conducirá a vivir juntos la misión. Después de la conversión de Pablo —que antes había sido un encarnizado perseguidor de los cristianos— «todos le temían, porque no creían que él también fuera discípulo» (*Hch* 9,26). Aquí el libro de los Hechos de los Apóstoles dice algo muy hermoso: Bernabé lo tomó consigo, lo presentó a la comunidad, contó lo que le había sucedido y respondió por él (cf. v. 27). Escuchemos este «*lo tomó consigo*». La expresión hace referencia a la misma misión de Jesús, que tomó consigo a los discípulos por los caminos de Galilea, que tomó sobre sí nuestra humanidad herida por el pecado. Es una actitud de amistad, una actitud de compartir la vida. «Tomar consigo», «tomar sobre sí» significa hacerse cargo de la historia del otro, darse tiempo para conocerlo sin etiquetarlo —cuidado con el pecado de etiquetar a la gente—, cargarlo sobre los hombros cuando está cansado o herido, como hace el buen samaritano (cf. *Lc* 10,25-37). Esto se llama *fraternidad*, y es la segunda palabra que quiero decirles. La primera es *paciencia* y la segunda, *fraternidad*.

Bernabé y Pablo, como hermanos, viajaron juntos para anunciar el Evangelio, aun en medio de persecuciones. En la Iglesia de Antioquía «estuvieron juntos todo un año e instruyeron a mucha gente» (*Hch* 11,26). Luego ambos tenían reservada una misión más grande y, enviados por el Espíritu Santo, «se embarcaron para Chipre» (*Hch* 13,4). Y la Palabra de Dios corría y crecía no sólo por sus cualidades humanas, sino sobre todo porque eran hermanos en el nombre de Dios y esta fraternidad entre ellos hacía resplandecer el mandamiento del amor. Hermanos distintos, como los dedos de una mano, todos diversos, pero todos con la misma dignidad. Hermanos. Después, como sucede en la vida, pasó algo inesperado. Los Hechos cuentan que los dos tuvieron un fuerte desacuerdo y sus caminos se separaron (cf. *Hch* 15,39). También entre los hermanos se discute, a veces hay disputas. Pero Pablo y Bernabé no se separaron por motivos personales, sino que estaban discutiendo

acerca de su ministerio, sobre cómo llevar adelante la misión, y tenían visiones diferentes. Bernabé también quería llevar a la misión al joven Marcos, y Pablo no quería. Discutieron, pero por algunas cartas sucesivas se intuye que no quedó rencor entre ellos. Incluso a Timoteo, que tenía que alcanzarlo más adelante, Pablo le escribió: «Ven a verme cuanto antes [...] Recoge a Marcos [justamente a él!] y tráelo contigo, pues será de gran ayuda en mi ministerio» (2 *Tm* 4,9.11). Esta es la fraternidad en la Iglesia, se puede discutir sobre puntos de vista, es bueno hacerlo, un poco de discusión es siempre bueno; en particular sobre diferentes sensibilidades e ideas, no discutir nunca tampoco es bueno. Cuando hay una paz demasiado rígida, no es de Dios. En una familia los hermanos discuten, intercambian puntos de vista. Sospecho de los que nunca discuten, porque todo el tiempo tienen «agendas» ocultas. Esta es la fraternidad de la Iglesia: se pueden discutir visiones, sensibilidades, ideas diferentes, y en algunos casos decir cosas con franqueza, esto ayuda, y no decir las por detrás con una crítica que no hace bien a nadie. La discusión es una oportunidad para el crecimiento y el cambio. Pero recordemos siempre que no se discute para hacerse la guerra, para imponerse, sino para expresar y vivir la vitalidad del Espíritu, que es amor y comunión. Se discute, pero seguimos siendo hermanos. Recuerdo que cuando era niño éramos cinco. Discutíamos entre nosotros, a veces con fuerza, no todos los días, y luego estábamos todos juntos en la mesa. La discusión de la familia que tiene una madre, la madre Iglesia: los hijos discuten.

Queridos hermanos y hermanas, necesitamos una *Iglesia fraterna* que sea instrumento de fraternidad para el mundo. Aquí en Chipre existen muchas sensibilidades espirituales y eclesiales, varias historias de procedencia, de ritos y de tradiciones diferentes; pero no debemos sentir la diversidad como una amenaza contra la identidad, ni debemos recelar y preocuparnos de los respectivos espacios. Si caemos en esta tentación crece el miedo, el miedo genera desconfianza, la desconfianza conduce a la sospecha y, antes o después, lleva a la guerra. Somos hermanos amados por un único Padre. Ustedes están inmersos en el Mediterráneo, un mar con diferentes historias, un mar que ha mecido numerosas civilizaciones, un mar del que todavía hoy desembarcan personas, pueblos y culturas de todas partes del mundo. Con su fraternidad pueden recordar a todos, a toda Europa, que para construir un futuro digno del hombre es necesario trabajar juntos, superar las divisiones, derribar los muros

y cultivar el sueño de la unidad. Necesitamos acogernos e integrarnos, caminar juntos, ser todos hermanos y hermanas.

Les agradezco lo que son y lo que hacen, la alegría con la que anuncian el Evangelio, las fatigas y renunciaciones con las que lo sostienen y lo hacen avanzar. Este es el camino trazado por los santos apóstoles Pablo y Bernabé. Les deseo que sean siempre una Iglesia paciente, que discierne, que no se asusta nunca, que acompaña y que integra; y una Iglesia fraterna, que hace espacio al otro, que discute pero permanece unida y crece en la discusión. Los bendigo a cada uno de ustedes. Y, por favor, sigan rezando por mí, porque lo necesito. *Efcharistó!* [¡Gracias!]

Discurso en el encuentro con el Santo Sínodo

*Catedral ortodoxa de Nicosia
Viernes, 3 de diciembre de 2021*

Beatitud, queridos obispos del Santo Sínodo:

Estoy contento de encontrarme entre ustedes y les agradezco la cordial acogida. Gracias, querido hermano, por sus palabras, por la apertura del corazón y por el compromiso de promover el diálogo entre nosotros. Deseo extender mi saludo a los sacerdotes, a los diáconos y a todos los fieles de la Iglesia ortodoxa de Chipre, recordando particularmente a los monjes y las monjas, que con su oración purifican y elevan la fe de todos.

La gracia de estar aquí me lleva a pensar que tenemos un origen apostólico común: Pablo atravesó Chipre y posteriormente llegó a Roma. Por tanto, descendemos del mismo ardor apostólico y nos une un único camino: el del Evangelio. Me agrada ver que seguimos caminando en la misma dirección, en busca de una fraternidad cada vez mayor y de la unidad plena. En este retazo de la Tierra Santa que difunde la gracia de los Santos Lugares en el Mediterráneo, viene con naturalidad el recuerdo de tantas páginas y figuras bíblicas. Entre todas, quisiera referirme de nuevo a san Bernabé, destacando algunos aspectos que pueden orientarnos en el camino.

«José, a quien los apóstoles llamaban «Bernabé»» (Hch 4,36): así es presentado en los Hechos de los Apóstoles. Lo conocemos y veneramos por su sobrenombre, debido a lo mucho que este definía su persona.

Ahora bien, la palabra Bernabé significa al mismo tiempo «hijo del consuelo» e «hijo de la exhortación». Es hermoso que en su figura se fundan ambas características, indispensables para el anuncio del Evangelio. En efecto, todo consuelo verdadero no puede ser intimista, sino que debe traducirse en exhortación, orientar la libertad hacia el bien. Al mismo tiempo, cada exhortación en la fe no puede más que fundarse en la presencia consoladora de Dios y estar acompañada por la caridad fraterna.

De este modo Bernabé, hijo del consuelo, nos exhorta a nosotros sus hermanos a emprender la misma misión de proclamar el Evangelio a los hombres, invitándonos a comprender que el anuncio no puede basarse en exhortaciones generales, en la repetición de preceptos y normas que observar, como se ha hecho con frecuencia. Hay que seguir el camino del encuentro personal, prestar atención a las preguntas de la gente, a sus necesidades existenciales. Para ser hijos del consuelo, antes de decir cualquier cosa, es necesario escuchar, dejarse interrogar, descubrir al otro, compartir: porque el Evangelio se transmite por la comunión. Esto es lo que, como católicos, deseamos vivir en los próximos años, redescubriendo la dimensión sinodal, constitutiva del ser de la Iglesia. Y en esto sentimos la necesidad de caminar más intensamente con ustedes, queridos hermanos, que por medio de la experiencia de su sinodalidad pueden sernos verdaderamente de gran ayuda. Gracias por su colaboración fraterna, que también se manifiesta en la participación activa en la Comisión mixta internacional para el diálogo teológico entre la Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa.

Deseo de corazón que aumenten las posibilidades de encontrarnos, de conocernos mejor, de derribar muchos preconceptos y de disponernos para una escucha serena de las respectivas experiencias de fe. Será una exhortación estimulante para que cada uno ofrezca lo mejor y esto dará un fruto espiritual de consolación a todos. El apóstol Pablo, de quien descendemos, habla a menudo de consolación y es hermoso imaginar que Bernabé, hijo del consuelo, haya sido el inspirador de algunas palabras tuyas, como aquellas del comienzo de la segunda Carta a los corintios, con las que recomienda que nos consolemos mutuamente con el mismo consuelo que recibimos de Dios (cf. 2 Co 1,3-5). En este sentido, queridos hermanos, deseo asegurarles mi oración y cercanía, así como la de la Iglesia católica, tanto en los problemas más dolorosos que los angustian como en las esperanzas más hermosas y audaces que los animan. Las tristezas y las alegrías de ustedes nos pertenecen, las sentimos nuestras;

y también sentimos que necesitamos mucho de sus oraciones.

A continuación —segundo aspecto—, san Bernabé es presentado en los Hechos de los Apóstoles como «un levita nacido en Chipre» (*Hch* 4,36). El texto no agrega otros detalles, ni en cuanto a su aspecto ni en cuanto a su persona, pero inmediatamente después revela a Bernabé por medio de una acción emblemática: «vendió un campo de su propiedad, llevó el importe y lo puso a disposición de los apóstoles» (v. 37). Este magnífico gesto sugiere que para revitalizarnos en la comunión y en la misión también nosotros hemos de tener la valentía de despojarnos de aquello que, aun siendo valioso, es terreno, para favorecer la plenitud de la unidad. No me refiero ciertamente a lo que es sagrado y nos ayuda a encontrar al Señor, sino al riesgo de absolutizar ciertos usos y costumbres que no son esenciales para vivir la fe. No nos dejemos paralizar por el temor de abrirnos y de realizar gestos audaces, no secundemos el «carácter irreconciliable de las diferencias» que no encuentra correspondencia en el Evangelio. No permitamos que las tradiciones —en plural y con la «t» minúscula— tiendan a prevalecer sobre la Tradición —en singular y con la «t» mayúscula—. Esta nos exhorta a imitar a Bernabé, a dejar cuanto, aun siendo bueno, puede comprometer la plenitud de la comunión, el primado de la caridad y la necesidad de la unidad.

Bernabé, dejando todo lo que poseía a los pies de los apóstoles, entró en sus corazones. También nosotros estamos invitados por el Señor a redescubrirnos como parte del mismo Cuerpo, a abajarnos hasta los pies de los hermanos. Es cierto que la historia, en el campo de nuestras relaciones, ha abierto amplios surcos entre nosotros, pero el Espíritu Santo desea que volvamos a acercarnos con humildad y respeto. Él nos invita a no resignarnos frente a las divisiones del pasado y a cultivar juntos el campo del Reino, con paciencia, asiduidad y de modo concreto. Porque si dejamos de lado teorías abstractas y trabajamos juntos codo a codo —por ejemplo, en la caridad, en la educación y en la promoción de la dignidad humana—, redescubriremos al hermano y la comunión madurará por sí misma, para gloria de Dios. Cada uno mantendrá las propias maneras y el propio estilo pero, con el tiempo, el trabajo conjunto acrecentará la concordia y se mostrará fecundo. Así como estas tierras mediterráneas fueron embellecidas por el trabajo respetuoso y paciente del hombre, también nosotros cultivemos, con la ayuda de Dios y con humilde perseverancia, nuestra comunión apostólica.

Por ejemplo, es un buen fruto lo que sucede aquí en Chipre en la iglesia de «Nuestra Señora de la Ciudad de oro». El templo, dedicado a la *Panaghia Chrysopolitissa*, es actualmente lugar de culto para varias confesiones cristianas, amado por la población y elegido con frecuencia para las celebraciones de los matrimonios. Es por tanto un signo de comunión de fe y de vida, bajo la mirada de la Santa Madre de Dios, que reúne a sus hijos. Además, dentro del complejo se conserva una columna donde, según la tradición, san Pablo sufrió treinta y nueve azotes por haber anunciado la fe en Pafos. La misión, así como la comunión, pasa siempre a través de sacrificios y pruebas.

El tercer aspecto que destaco de la figura de Bernabé es precisamente una prueba, la cual marcó su historia y los orígenes de la difusión del Evangelio en estas tierras. Al regresar a Chipre con Pablo y Marcos, Bernabé encontró a Elimas, «mago y falso profeta», que se les opuso con malicia, tratando de torcer los caminos derechos del Señor (cf. *Hch* 13,6.8.10). Tampoco hoy faltan falsedades y engaños que el pasado nos pone delante y que obstaculizan el camino. Siglos de división y distancias que han llevado a asimilar, aun involuntariamente, no pocos prejuicios hostiles respecto a los demás, preconceptos basados a menudo en informaciones deficientes y distorsionadas, divulgadas por una lectura agresiva y polémica. Pero todo esto tuerce el camino de Dios, que se orienta hacia la concordia y la unidad. Queridos hermanos, la santidad de Bernabé es elocuente también para nosotros. Cuántas veces en la historia, entre los mismos cristianos nos hemos preocupado por oponernos a los demás, en lugar de acoger dócilmente el camino de Dios, que tiende a recomponer las divisiones en la caridad. Cuántas veces hemos agrandado y difundido prejuicios sobre los demás, en vez de cumplir la exhortación que el Señor repite especialmente en el Evangelio escrito por Marcos, quien fuera con Bernabé a esta isla: hacerse pequeños y servir a los demás (cf. *Mc* 9,35; 10,43-44).

Beatitud, hoy en nuestro diálogo he quedado conmovido cuando usted habló de la Iglesia Madre. Nuestra Iglesia es madre, es una madre que siempre reúne a sus hijos con ternura. Confiamos en esta Madre Iglesia, que nos reúne a todos y que, con paciencia, ternura y valentía, nos conduce hacia adelante en el camino del Señor. Pero, para sentir la maternidad de la Iglesia, todos nosotros tenemos que ir allí donde la Iglesia es madre. Todos nosotros, con nuestras diferencias, pero todos hijos de la Iglesia Madre. Gracias por esa reflexión que hoy ha hecho

conmigo.

Supliquemos al Señor sabiduría y valentía para seguir sus caminos y no los nuestros. Pidámoslo por intercesión de los santos. Leontios Machairas, cronista del siglo XV, definió a Chipre como la «Isla santa» por la cantidad de mártires y beatos que esta tierra ha conocido a lo largo de los siglos. Además de los más célebres y venerados, como Bernabé, Pablo y Marcos, Epifanio, Bárbara, Espiridón, hay muchos otros, multitudes innumerables de santos que, unidos en la única Iglesia celestial —la Iglesia Madre—, nos impulsan a navegar juntos hacia el puerto por el que todos suspiramos. Desde el más allá invitan a que hagamos de Chipre —que ya es un puente entre Oriente y Occidente— un puente entre el cielo y la tierra. Que así sea, para gloria de la Santísima Trinidad, para nuestro bien y para el bien el de todos. Gracias.

Discurso en el encuentro con los obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, seminaristas y catequistas

*Catedral de San Dionisio, Atenas
Sábado, 4 de diciembre de 2021*

Queridos hermanos obispos,
queridos sacerdotes, religiosas y religiosos, seminaristas,
queridos hermanos y hermanas: *Kalispera sas!* ¡Buenas tardes!

Les agradezco de corazón la acogida y las palabras de saludo que me ha dirigido Mons. Rossolatos. Y gracias, hermana, por su testimonio. Es importante que los religiosos y las religiosas vivan su servicio con este espíritu, con un amor apasionado que se hace don para la comunidad donde son enviados. ¡Gracias! Gracias también a Rokos por el hermoso testimonio de fe vivido en la familia, en la vida cotidiana, junto a los hijos que, como tantos jóvenes, en un cierto momento se hacen preguntas, se interrogan, se vuelven un poco críticos sobre algunas cosas. Pero también eso está bien, porque nos ayuda como Iglesia a reflexionar y a cambiar.

Estoy contento de encontrarlos en una tierra que es un don, un patrimonio de la humanidad sobre el que se han construido los fundamentos de Occidente. Todos somos un poco hijos y deudores de su país: sin la poesía, la literatura, la filosofía y el arte que se desarrollaron aquí no podríamos conocer tantas facetas de la existencia humana, ni satisfacer

tantas preguntas interiores sobre la vida, el amor, el dolor y también la muerte.

En el seno de este rico patrimonio, en los inicios del cristianismo se inauguró aquí un «taller» para la inculturación de la fe, dirigido por la sabiduría de muchos Padres de la Iglesia, que con su santa conducta de vida y sus escritos representan un faro luminoso para los creyentes de todas las épocas. Pero si nos preguntamos quién ha inaugurado el encuentro entre el cristianismo de los orígenes y la cultura griega, el pensamiento no puede ir más que al apóstol Pablo. Es él quien abrió el «taller de la fe» que sintetizó esos dos mundos; y lo hizo precisamente aquí, como relatan los Hechos de los Apóstoles. Llegó a Atenas, comenzó a predicar en la plaza y los eruditos de ese tiempo lo llevaron al Areópago (cf. *Hch* 17,16-34), que era el consejo de los ancianos, de los sabios que juzgaban cuestiones de interés público. Detengámonos en este episodio y dejémonos orientar, en nuestro camino como Iglesia, por dos actitudes del Apóstol que son útiles a nuestra actual *elaboración de la fe*.

La primera actitud es la *confianza*. Mientras Pablo predicaba, algunos filósofos comenzaron a preguntarse qué quería enseñar ese «charlatán» (v. 18). Lo llamaron así, charlatán, uno que inventa cosas aprovechándose de la buena fe de quien lo escucha, por eso lo condujeron al Areópago. Por tanto, no tenemos que imaginar que le abrieron el telón de un escenario. Al contrario, lo llevaron allí para interrogarlo: «¿Se puede saber qué doctrina nueva es esta que tú enseñas? Queremos saber qué significan estas cosas extrañas que te oímos decir» (vv. 19-20). Pablo, en definitiva, fue acorralado.

Estas circunstancias de su misión en Grecia también son importantes para nosotros hoy: el Apóstol fue arrinconado. Un poco antes, en Tesalónica, había sido obstaculizado en su predicación y, a causa de los tumultos suscitados en el pueblo, que lo acusaba de procurar desórdenes, tuvo que escapar durante la noche. Ahora, en Atenas, fue tomado por un charlatán y, como un huésped no deseado, lo condujeron al Areópago. Por lo tanto, no estaba viviendo un momento triunfante, sino que estaba llevando adelante la misión en condiciones difíciles. Quizá en muchos momentos de nuestro camino, también nosotros percibimos el cansancio y a veces la frustración de ser una comunidad pequeña o una Iglesia con poca fuerza que se mueve en un contexto no siempre favorable. Mediten la historia de Pablo en Atenas: estaba solo, superado en número y tenía escasas posibilidades de éxito, pero no se dejó vencer por el desánimo,

no renunció a la misión ni se dejó atrapar por la tentación de lamentarse. Esto es muy importante, tengan cuidado con no estarse lamentando. Esta es la actitud del verdadero apóstol: seguir adelante con confianza, prefiriendo la inquietud de las situaciones inesperadas a la costumbre y a la repetición. Pablo tuvo esa valentía, ¿de dónde le nacía? De la confianza en Dios. Su valentía era la de la confianza, confianza en la grandeza de Dios, que ama obrar siempre en nuestra debilidad.

Queridos hermanos y hermanas, tenemos confianza, porque el ser Iglesia pequeña nos hace signo elocuente del Evangelio, del Dios anunciado por Jesús que elige a los pequeños y a los pobres, que cambia la historia con las proezas sencillas de los humildes. A nosotros, como Iglesia, no se nos pide el espíritu de la conquista y de la victoria, la magnificencia de los grandes números, el esplendor mundano. Todo eso es peligroso, es la tentación del triunfalismo. A nosotros se nos pide que sigamos el ejemplo del granito de mostaza, que es ínfimo, pero crece humilde y lentamente; es la más pequeña de todas las semillas —dice Jesús— pero cuando crece se convierte en un árbol (cf. *Mt* 13,32). A nosotros se nos pide que seamos levadura que fermenta en lo escondido, paciente y silenciosamente, dentro de la masa del mundo, gracias a la obra incesante del Espíritu Santo (cf. v. 33). El secreto del Reino de Dios está contenido en las pequeñas cosas, en lo que a menudo no se ve ni hace ruido. El apóstol Pablo, cuyo nombre remite a la pequeñez, vivió en la confianza porque acogió en el corazón estas palabras del Evangelio, hasta el punto de enseñarlas a los hermanos de Corinto: «lo que parece debilidad en Dios es más fuerte que todo lo humano», «escogió a los que el mundo tiene por débiles, para avergonzar a los fuertes» (*1 Co* 1,25.27).

Entonces, queridos amigos, quisiera decirles: bendigan la pequeñez y acójnla, los dispone a confiar en Dios y sólo en Él. Ser minoría —y en el mundo entero la Iglesia es minoritaria— no quiere decir ser insignificantes, sino recorrer el camino que abrió el Señor, que es el de la pequeñez, el de la *kénosis*, el abajamiento, de la condescendencia, de la *synkatábasis* de Dios en Jesucristo. Él descendió hasta llegar a esconderse en los pliegues de la humanidad y en las llagas de nuestra carne. Nos ha salvado, sirviéndonos. Él, en efecto —afirma Pablo—, «se despojó de sí mismo asumiendo la condición de esclavo» (*Flp* 2,7). Muchas veces tenemos la obsesión de querer aparecer, de llamar la atención, pero «el Reino de Dios no viene de manera que lo puedan detectar visiblemente» (*Lc* 17,20). Viene secretamente como la lluvia, lentamente, sobre la

tierra. Ayudémonos a renovar esta confianza en la obra de Dios, a no perder el entusiasmo del servicio. ¡Ánimo y adelante por este camino de la humildad y la pequeñez!

Ahora quisiera destacar una segunda actitud de Pablo en el Areópago de Atenas: *la acogida*. Es la disposición interior necesaria para la evangelización, se trata de no querer ocupar el espacio y la vida de los demás, sino de sembrar la buena noticia en el terreno de su existencia, aprendiendo sobre todo a acoger y reconocer las semillas que Dios ya ha puesto en sus corazones, antes de nuestra llegada. Recordemos que Dios siempre nos precede, Dios siempre precede nuestra siembra. Evangelizar no es llenar un recipiente vacío, es ante todo dar a luz aquello que Dios ya ha empezado a realizar. Y esta extraordinaria pedagogía es la que el Apóstol demostró ante los atenienses. No les dijo «se están equivocando en todo» o «ahora les enseño la verdad», sino que comenzó acogiendo su espíritu religioso: «Atenienses, veo que ustedes son, desde todo punto de vista, personas muy religiosas. Porque mientras paseaba y contemplaba sus monumentos sagrados encontré un altar en el que estaba escrito: «Al dios desconocido»» (*Hch 17,22-23*). Toma un elemento valioso de los atenienses. El Apóstol reconoció la dignidad de sus interlocutores y acogió su sensibilidad religiosa. Aun cuando las calles de Atenas estaban llenas de ídolos, que lo habían hecho «estremecerse dentro de sí» (cf. v. 16), Pablo acogió el deseo de Dios escondido en el corazón de esas personas y amablemente quiso transmitirles el asombro de la fe. Su estilo no fue impositivo, sino propositivo; no estaba fundado en el proselitismo, nunca, sino en la mansedumbre de Jesús. Y eso fue posible porque Pablo tenía una mirada espiritual sobre la realidad, creía que el Espíritu Santo trabaja en el corazón del hombre, más allá de las etiquetas religiosas. Hemos escuchado esto en el testimonio de Rokos. En un cierto momento, los hijos se alejan un poco de la práctica religiosa, pero el Espíritu Santo había obrado y continúa obrando, y de ese modo ellos creen mucho en la unidad y en la fraternidad con el prójimo. El Espíritu trabaja siempre, más allá de lo que se ve exteriormente, ¡acordémonos de esto! La actitud del apóstol en todo tiempo comienza, pues, por acoger al otro, no olvidemos que «la gracia supone la cultura, y el don de Dios se encarna en la cultura de quien lo recibe» (*Exhort ap. Evangelii gaudium*, 115). No hay una gracia abstracta girando sobre nuestras cabezas, siempre la gracia esta encarnada en una cultura, ahí se encarna.

A propósito de la visita de Pablo al Areópago, Benedicto XVI dijo que debemos interesarnos mucho por las personas agnósticas o ateas, pero que tenemos que estar atentos porque «cuando hablamos de una nueva evangelización, estas personas tal vez se asustan. No quieren verse a sí mismas como objeto de misión, ni renunciar a su libertad de pensamiento y de voluntad» (*Discurso a la Curia Romana*, 21 diciembre 2009). También hoy a nosotros se nos pide la actitud de la acogida, el estilo de la hospitalidad, un corazón animado por el deseo de crear comunión en medio de las diferencias humanas, culturales o religiosas. El desafío es elaborar la pasión por el conjunto, que nos conduzca —católicos, ortodoxos, hermanos y hermanas de otros credos, así como hermanos agnósticos, todos— a escucharnos recíprocamente, a soñar y trabajar juntos, a cultivar la «mística» de la fraternidad (cf. Exhort ap. *Evangelii gaudium*, 87). La historia pasada permanece todavía como una herida abierta en el camino de este diálogo afable, pero abrazamos con valentía el desafío que hoy se nos presenta.

Queridos hermanos y hermanas, aquí en tierra griega, san Pablo manifestó su serena confianza en Dios y eso hizo que acogiera a los areopagitas que sospechaban de él. Con estas dos actitudes anunció a ese Dios que era desconocido para sus interlocutores, y llegó a presentarles el rostro de un Dios que en Cristo Jesús sembró el germen de la resurrección, el derecho universal a la esperanza, que es un derecho humano, el derecho a la esperanza. Cuando Pablo anunció esta buena noticia, la mayor parte lo ridiculizó y se fue. Sin embargo, «algunos hombres se unieron a él y abrazaron la fe, entre ellos Dionisio, el areopagita, una mujer llamada Dámaris y algunos más» (*Hch 17,34*). La mayoría se fue, un pequeño resto se unió a Pablo, entre ellos Dionisio, titular de esta Catedral. Era una pequeña porción, pero es así como Dios teje los hilos de la historia, desde entonces hasta hoy. Les deseo de corazón que prosigan la obra en su histórico taller de la fe, y que lo hagan con estos dos ingredientes: la confianza y la acogida, para saborear el Evangelio como experiencia de alegría y también como experiencia de fraternidad. Los llevo conmigo en el afecto y en la oración. Y ustedes, por favor, no se olviden de rezar por mí. *O Theós na sas evologhi!* [¡Que Dios los bendiga!]

Discurso en el Encuentro con Su Beatitud Jerónimo II y Su Santidad Francisco

«Sala del Trono» del Arzobispado ortodoxo de Grecia, Atenas
Sábado, 4 de diciembre de 2021

Beatitud:

«Gracia y paz de parte de Dios» (Rm 1,7). Lo saludo con estas palabras del gran apóstol Pablo, las mismas con las que, mientras se encontraba en tierra griega, se dirigió a los fieles de Roma. Hoy nuestro encuentro renueva esa gracia y esa paz. Rezando ante los trofeos de la Iglesia de Roma, que son las tumbas de los apóstoles y de los mártires, me he sentido impulsado a venir aquí como peregrino, con gran respeto y humildad, para renovar esa comunión apostólica y alimentar la caridad fraterna. En este sentido deseo agradecerle, Beatitud, por las palabras que me ha dirigido y que correspondo con afecto, saludando, por medio suyo, al clero, a las comunidades monásticas y a todos los fieles ortodoxos de Grecia.

Hace cinco años nos encontramos en Lesbos, en la emergencia de uno de los dramas más grandes de nuestro tiempo, el de tantos hermanos y hermanas migrantes que no pueden ser dejados en la indiferencia y vistos sólo como una carga que hay que gestionar o, todavía peor, que hay que delegar a otro. Ahora volvemos a encontrarnos para compartir la alegría de la fraternidad y mirar al Mediterráneo que nos rodea no sólo como un lugar que preocupa y divide, sino también como un mar que nos une. Hace un momento recordé los olivos centenarios que aúnan estas tierras. Volviendo a evocar estos árboles que nos vinculan, pienso en las raíces que compartimos: son subterráneas, están escondidas, a menudo descuidadas, pero existen y lo sostienen todo. ¿Cuáles son nuestras raíces comunes que han atravesado los siglos? Son las raíces apostólicas. San Pablo las ponía de manifiesto recordando la importancia de estar «edificados sobre el cimiento de los apóstoles» (Ef 2,20). Estas raíces, que han crecido de la semilla del Evangelio, comenzaron a dar grandes frutos precisamente en la cultura helénica, pienso en tantos Padres y en los primeros grandes Concilios ecuménicos.

Lamentablemente, después hemos crecido alejados: nos han contaminado venenos mortales, la cizaña de la sospecha aumentó la distancia

y dejamos de cultivar la comunión. San Basilio Magno afirmó que los verdaderos discípulos de Cristo están «modelados solamente en base a lo que ven en Él» (*Moralia*, 80,1). Con vergüenza —lo reconozco por la Iglesia católica— acciones y decisiones que tienen poco o nada que ver con Jesús y con el Evangelio, basadas más bien en la sed de ganancias y de poder, han hecho marchitar la comunión. De este modo hemos dejado que la fecundidad estuviera amenazada por las divisiones. La historia tiene su peso y hoy aquí siento la necesidad de renovar la súplica de perdón a Dios y a los hermanos por los errores que han cometido tantos católicos. Pero es un gran consuelo la certeza de saber que nuestras raíces son apostólicas y que, no obstante las distorsiones del tiempo, la planta de Dios crece y da frutos en el mismo Espíritu. Y es una gracia que reconozcamos los unos los frutos de los otros y que juntos agradezcamos al Señor por ello.

El fruto final del árbol de olivo es el aceite, ese aceite que tiempo atrás se contenía en preciosos vasos y recipientes, que abundan entre los tesoros arqueológicos de este país. El aceite ha proporcionado la luz que iluminó las noches de la antigüedad. Durante milenios fue el «sol líquido, el primer misterioso estado de la llama de las lámparas» (C. Boureux, *Les plantes de la Bible et leur symbolique*, París 2014, 65). A nosotros, querido hermano, el aceite nos evoca al Espíritu Santo, que dio a luz a la Iglesia. Sólo Él, con su esplendor que no conoce el ocaso, puede disipar las oscuridades e iluminar los pasos de nuestro camino.

Sí, porque el Espíritu Santo es, sobre todo, *aceite de comunión*. En la Escritura se habla del aceite que hace brillar el rostro del hombre (cf. *Sal* 104,15). Cuánto se necesita hoy reconocer el valor único que resplandece en todo hombre, en cada hermano. Reconocer esta característica común de la humanidad es el punto de partida para edificar la comunión. Pero, lamentablemente —como ha escrito un gran teólogo—, «la comunión parece tocar una cuerda sensible», un tema delicado, no sólo en la sociedad, sino a menudo también entre los discípulos de Jesús «en un mundo cristiano nutrido de individualismo y de rigidez institucional». Con todo, si las tradiciones propias y las especificidades de cada uno llevan a atrincherarse y a tomar distancia de los demás, si «la alteridad no es algo cualificado por la comunión, difícilmente se puede dar vida a una cultura adecuada» (I. Zizioulas, *Comunione e alterità*, Roma 2016, 16). En cambio, la comunión entre los hermanos trae consigo la bendición divina. Los Salmos la comparan con

un «perfume precioso que se derrama sobre la cabeza, que desciende sobre la barba» (*Sal* 133,2). El Espíritu que se derrama en las mentes nos impulsa en efecto a una fraternidad más intensa, a *estructurarnos en la comunión*. Por eso, no nos tengamos miedo, ayudémonos a adorar a Dios y a servir al prójimo, sin hacer proselitismo y respetando plenamente la libertad de los demás, porque —como escribió san Pablo— «donde está el Espíritu del Señor hay libertad» (2 *Co* 3,17). Rezo para que el Espíritu de caridad venza nuestras resistencias y nos haga constructores de comunión, porque «si el amor logra expulsar completamente al temor y éste, transformado, se convierte en amor, entonces veremos que la unidad es una consecuencia de la salvación» (S. Gregorio de Nisa, *Homilía 15, sobre el libro del Cantar de los cantares*). Por otra parte, ¿cómo podemos dar testimonio al mundo de la concordia del Evangelio si nosotros cristianos todavía estamos separados? ¿Cómo podemos anunciar el amor de Cristo que reúne a las gentes, si no estamos unidos entre nosotros? Muchos pasos se han realizado para encontrarnos. Invoquemos al Espíritu de comunión para que nos impulse en sus caminos y nos ayude a fundar la comunión no en base a cálculos, estrategias y conveniencias, sino sobre el único modelo al que hemos de mirar: la Santísima Trinidad.

En segundo lugar, el Espíritu es *aceite de sabiduría*. Él ungió a Cristo y desea inspirar a los cristianos. Dóciles a su sabiduría humilde, crecemos en el conocimiento de Dios y nos abrimos a los demás. Quisiera en este sentido expresar mi reconocimiento por la importancia que da esta Iglesia ortodoxa, heredera de la primera gran inculturación de la fe —la inculturación con la cultura helénica— a la formación y a la preparación teológica. También quisiera recordar la fructífera colaboración en el ámbito cultural entre la *Apostoliki Diakonía* de la Iglesia de Grecia —cuyos representantes tuve la alegría de encontrar en el 2019— y el Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, así como la importancia de los simposios intercristianos promovidos por la Facultad de Teología ortodoxa de la Universidad de Salonicco junto a la Universidad Pontificia *Antonianum* de Roma. Son ocasiones que nos han permitido instaurar cordiales relaciones y llevar adelante útiles intercambios entre los académicos de nuestras confesiones. Agradezco además la activa participación de la Iglesia ortodoxa de Grecia en la Comisión mixta internacional para el diálogo teológico. ¡Que el Espíritu nos ayude a proseguir con sabiduría en estos caminos!

Por último, el mismo Espíritu es *aceite de consolación*, Paráclito que está cerca de nosotros, bálsamo del alma, curación de nuestras heridas. Él ha consagrado a Cristo con la unción para que proclamara la buena noticia a los pobres, la liberación a los cautivos, la libertad a los oprimidos (cf. *Lc 4,18*). Y Él todavía nos impulsa para que nos hagamos cargo de los más débiles y los más pobres, y para que su causa —primordial a los ojos de Dios— se dé a conocer al mundo. Aquí, como en cualquier otro sitio, ha sido indispensable el apoyo ofrecido a los más necesitados durante los períodos más duros de la crisis económica. Desarrollemos juntos formas de cooperación en la caridad, abrámonos y colaboremos en cuestiones de carácter ético y social para servir a los hombres de nuestro tiempo y llevarles la consolación del Evangelio. En efecto, el Espíritu nos llama, hoy más que en el pasado, a curar las heridas de la humanidad con el óleo de la caridad.

Cristo mismo pidió a los suyos, en el momento de la angustia, el consuelo de la cercanía y la oración. La imagen del aceite nos conduce así al huerto de los olivos. Dijo Jesús: «Quédense aquí y vigilen» (*Mc 14,34*). Su petición a los apóstoles fue en plural. También hoy desea que vigilemos y recemos. Para llevar al mundo el consuelo de Dios y sanar nuestras relaciones heridas se necesita que recemos unos por otros. Es indispensable que lleguemos «a la necesaria purificación de la memoria histórica. Con la gracia del Espíritu Santo, los discípulos del Señor, animados por el amor, por la fuerza de la verdad y por la voluntad sincera de perdonarse mutuamente y reconciliarse, están llamados a reconsiderar juntos su doloroso pasado y las heridas que desgraciadamente éste sigue produciendo también hoy» (S. Juan Pablo II, Carta. enc. *Ut unum sint*, 2).

A esto nos exhorta, en particular, la fe en la Resurrección. Los apóstoles, temerosos y titubeantes, se reconciliaron con la lacerante desilusión de la Pasión cuando vieron al Señor resucitado delante de ellos. Precisamente de sus llagas, que parecían imposibles de cicatrizar, encontraron una esperanza nueva, una misericordia inaudita, un amor más grande que sus propios errores y miserias, que los transformaría en un solo Cuerpo, unido por el Espíritu en la multiplicidad de muchos miembros diferentes. Que venga sobre nosotros el Espíritu del Crucificado Resucitado, que nos conceda «una sosegada y limpia mirada de verdad, vivificada por la misericordia divina, capaz de liberar los espíritus y suscitar en cada uno una renovada disponibilidad» (*ibíd.*); que nos ayude a no

quedarnos paralizados por la negatividad y los prejuicios del pasado, sino a mirar la realidad con ojos nuevos. Entonces, las tribulaciones de ayer dejarán espacio a las consolaciones del presente, y seremos confortados por tesoros de gracia que redescubriremos en los hermanos. Como católicos, acabamos de comenzar un itinerario para profundizar la sinodalidad y sentimos que tenemos que aprender mucho de ustedes; lo deseamos con sinceridad. Es verdad que, cuando los hermanos en la fe se acercan, se derrama en los corazones el consuelo del Espíritu.

Beatitud, querido hermano, que en este camino nos acompañen los numerosos e insignes santos de estas tierras, y los mártires, que lamentablemente hoy en el mundo son más que en el pasado. De diversas confesiones en la tierra, habitan juntos el mismo Cielo. Que intercedan para que el Espíritu, óleo santo de Dios, se infunda sobre nosotros en un renovado Pentecostés como sobre los apóstoles de los que descendemos, que encienda en nosotros el deseo de la comunión, que nos ilumine con su sabiduría y que nos unja con su consolación.

Discurso en la Visita a los refugiados

*Centro de acogida e identificación de Mitilene
Domingo, 5 de diciembre de 2021*

Queridos hermanos y hermanas:

Gracias por sus palabras. Le agradezco, señora Presidenta, por su presencia y sus palabras. Hermanas, hermanos, estoy nuevamente aquí para encontrarme con ustedes; estoy aquí para decirles que estoy cerca de ustedes de corazón; estoy aquí para ver sus rostros, para mirarlos a los ojos: ojos cargados de miedo y de esperanza, ojos que han visto la violencia y la pobreza, ojos surcados por demasiadas lágrimas. Hace cinco años, el Patriarca Ecuménico y querido hermano Bartolomé dijo en esta isla algo que me impactó: «El que les tiene miedo no los ha mirado a los ojos. El que les tiene miedo no ha visto sus rostros. El que les tiene miedo no ve a sus hijos. Olvida que la dignidad y la libertad trascienden el miedo y la división. Olvida que la migración no es un problema del Oriente Medio y del África septentrional, de Europa y de Grecia. Es un problema del mundo» (*Discurso*, 16 abril 2016).

Sí, es un problema del mundo, una crisis humanitaria que concierne a todos. La pandemia nos ha afectado globalmente, nos ha hecho sentir a todos en la misma barca, nos ha hecho experimentar lo que significa tener los mismos miedos. Hemos comprendido que las grandes cuestiones se afrontan juntos, porque en el mundo de hoy las soluciones fragmentadas son inadecuadas. Pero mientras se llevan adelante las vacunaciones a nivel planetario y —aun en medio de muchos retrasos e incertezas— algo parece que se está moviendo en la lucha contra el cambio climático, todo parece terriblemente opaco en lo que se refiere a las migraciones. Y, sin embargo, están en juego personas, vidas humanas. Está en juego el futuro de todos, que sólo será sereno si está integrado. El futuro sólo será próspero si se reconcilia con los más débiles. Porque cuando se rechaza a los pobres, se rechaza la paz. Cierres y nacionalismos —nos enseña la historia— llevan a consecuencias desastrosas. En efecto, como ha recordado el Concilio Vaticano II, «es absolutamente necesario el firme propósito de respetar a los demás hombres y pueblos, así como su dignidad, y el apasionado ejercicio de la fraternidad en orden a construir la paz» (Const. past. *Gaudium et spes*, 78). Es una ilusión pensar que basta con salvaguardarnos a nosotros mismos, defendiéndonos de los más débiles que llaman a la puerta. El futuro nos pondrá cada vez más en contacto unos con otros; para orientarlo hacia el bien no sirven acciones unilaterales, sino políticas más amplias. La historia, repito, nos enseña, pero todavía no hemos aprendido. Que no se vuelvan las espaldas a la realidad, que termine el continuo rebote de responsabilidades, que no se delegue siempre a los otros la cuestión migratoria, como si a ninguno le importara y fuese sólo una carga inútil que alguno se ve obligado a soportar.

Hermanas, hermanos, sus rostros, sus ojos nos piden que no miremos a otra parte, que no reneguemos de la humanidad que nos une, que hagamos nuestras sus historias y no olvidemos sus dramas. Elie Wiesel, testigo de la tragedia más grande del siglo pasado, escribió: «Me acerco a los hombres, mis hermanos, porque recuerdo nuestro origen común, porque me niego a olvidar que su futuro es tan importante como el mío» (*From the Kingdom of Memory, Reminiscences*, Nueva York, 1990, 10). En este domingo, ruego a Dios que nos despierte del olvido de quien sufre, que nos sacuda del individualismo que excluye, que despierte los corazones sordos a las necesidades del prójimo. Y ruego también al hombre, a cada hombre: superemos la parálisis del miedo,

la indiferencia que mata, el cínico desinterés que con guantes de seda condena a muerte a quienes están en los márgenes. Afrontemos desde su raíz al *pensamiento dominante*, que gira en torno al *propio yo*, a los propios egoísmos personales y nacionales, que se convierten en medida y criterio de todo.

Han pasado cinco años desde la visita que realicé con los queridos hermanos Bartolomé y Ieronymos. Después de todo este tiempo constatamos que poco ha cambiado sobre la cuestión migratoria. Ciertamente, muchos se han comprometido en la acogida y en la integración, y quisiera agradecer a los numerosos voluntarios y a cuantos, a todo nivel—institucional, social, caritativo, político—, han asumido grandes esfuerzos, haciéndose cargo de las personas y de la cuestión migratoria. Reconozco el compromiso en la financiación y construcción de dignas estructuras de acogida y agradezco de corazón a la población local por todo el bien que ha hecho y los numerosos sacrificios que han aceptado. Asimismo, quisiera agradecer a las autoridades locales, que reciben, custodian y ayudan a salir adelante a esta gente que viene a nosotros. Gracias por lo que hacen. Pero debemos admitir amargamente que este país, como otros, está atravesando actualmente una situación difícil y que en Europa sigue habiendo personas que persisten en tratar el problema como un asunto que no les incumbe. Esto es trágico. Recuerdo sus últimas palabras [dirigiéndose a la Presidenta]: «Que Europa haga lo mismo». Y, ¡cuántas condiciones indignas del hombre! ¡Cuántos puntos críticos donde los migrantes y refugiados viven en situaciones límite, sin vislumbrar soluciones en el horizonte! Y, sin embargo, el respeto a las personas y a los derechos humanos—especialmente en el continente que no cesa de promoverlos en el mundo— debería ser salvaguardado siempre, y la dignidad de cada uno debería ser antepuesta a todo. Es triste escuchar que el uso de fondos comunes se propone como solución para construir muros, para construir alambres de púas. Estamos en la época de los muros y de los alambres de púas. Ciertamente, los temores y las inseguridades, las dificultades y los peligros son comprensibles. El cansancio y la frustración, agudizados por la crisis económica y pandémica, se perciben, pero no es levantando barreras como se resuelven los problemas y se mejora la convivencia, sino uniendo fuerzas para hacerse cargo de los demás según las posibilidades reales de cada uno y en el respeto de la legalidad, poniendo siempre en primer lugar el valor irrenunciable de la vida de todo hombre, de toda mujer, de toda

persona. Cito una vez más a Elie Wiesel: «Cuando las vidas humanas están en peligro, cuando la dignidad humana está en peligro, los límites nacionales se vuelven irrelevantes» (*Discurso de aceptación del Premio Nobel de la paz*, 10 diciembre 1986).

En varias sociedades los conceptos de seguridad y solidaridad, local y universal, tradición y apertura se están oponiendo de modo ideológico. Más que *sostener unas ideas*, puede ayudar *partir de la realidad*, detenerse, ampliar la mirada, sumergirse en los problemas de la mayoría de la humanidad, de tantas poblaciones víctimas de emergencias humanitarias que no han provocado sino sólo padecido, a menudo después de largas historias de explotación todavía en curso. Es fácil arrastrar a la opinión pública, fomentando el miedo al otro; ¿por qué, en cambio, con el mismo tono, no se habla de la explotación de los pobres, o de las guerras olvidadas y a menudo generosamente financiadas, o de los acuerdos económicos que se hacen a costa de la gente, o de las maniobras ocultas para traficar armas y hacer que proliferen su comercio? ¿Por qué no se habla de esto? Hay que enfrentar las causas remotas, no a las pobres personas que pagan las consecuencias de ello, siendo además usadas como propaganda política. Para remover las causas profundas no se puede sólo resolver las emergencias. Se necesitan acciones concertadas. Es necesario acercarse a los cambios históricos con amplitud de miras. Porque no hay respuestas fáciles para problemas complejos; existe más bien la necesidad de acompañar los procesos desde dentro, para superar los guetos y favorecer una lenta e indispensable integración, para acoger las culturas y las tradiciones de los otros de una manera fraterna y responsable.

Sobre todo, si queremos recomenzar, miremos el rostro de los niños. Hallemos la valentía de avergonzarnos ante ellos, que son inocentes y son el futuro. Interpelan nuestras conciencias y nos preguntan: «¿Qué mundo nos quieren dar?». No escapemos rápidamente de las crudas imágenes de sus pequeños cuerpos sin vida en las playas. El Mediterráneo, que durante milenios ha unido pueblos diversos y tierras distantes, se está convirtiendo en un frío cementerio sin lápidas. Esta gran cuenca de agua, cuna de tantas civilizaciones, ahora parece un espejo de muerte. ¡No dejemos que el *mare nostrum* se convierta en un desolador *mare mortuum*, ni que este lugar de encuentro se vuelva un escenario de conflictos! No permitamos que este «mar de los recuerdos» se transforme en el «mar del olvido». Hermanos y hermanas, les suplico:

¡detengamos este *naufragio de civilización*!

Dios se hizo hombre en las orillas de este mar. Su Palabra ha resonado llevando consigo el anuncio de Dios, que es «Padre y guía de los hombres» (S. Gregorio Nacianceno, *Sermón 7, en honor de su hermano Cesario*, 24). Él nos ama como hijos y quiere que seamos hermanos. Y, en cambio, ofendemos a Dios, despreciando al hombre creado a su imagen, dejándolo a merced de las olas, en la marea de la indiferencia, a veces justificada incluso en nombre de presuntos valores cristianos. La fe nos pide compasión y misericordia —no nos olvidemos que este es el estilo de Dios: cercanía, compasión y ternura—. La fe exhorta a la hospitalidad, a aquella *filoxenia* que impregnó la cultura clásica, encontrando luego en Jesús su propia manifestación definitiva, especialmente en la parábola del Buen Samaritano (cf. *Lc 10,29-37*) y en las palabras del capítulo 25 del Evangelio de Mateo (cf. vv. 31-46). No es ideología religiosa, son raíces cristianas concretas. Jesús afirma solemnemente que está allí, en el forastero, en el refugiado, en el que está desnudo y hambriento; y el programa cristiano es estar donde está Jesús. Sí, porque el programa cristiano, escribió el Papa Benedicto, «es un corazón que ve» (Carta enc. *Deus caritas est*, 31).

Y no quisiera terminar este mensaje sin agradecer al pueblo griego por el recibimiento, pues tantas veces la acogida se convierte en un problema porque no encuentra camino de salida para la gente, para desplazarse a otro lado. Gracias, hermanos y hermanas griegos, gracias por esta generosidad. Y ahora pidamos a la Virgen María que nos abra los ojos ante los sufrimientos de los hermanos. Ella se puso en camino rápidamente al encuentro de su prima Isabel, que estaba encinta. ¡Cuántas madres embarazadas encontraron la muerte rápidamente, estando de viaje, mientras llevaban la vida en su vientre! Que la Madre de Dios nos ayude a tener una mirada materna, que ve en los hombres hijos de Dios, hermanas y hermanos que acoger, proteger, promover e integrar; y a amar con ternura. Que María Santísima nos enseñe a anteponer la realidad del hombre a las ideas e ideologías, y a dar pasos ágiles al encuentro del que sufre.

Ahora recemos a la Virgen todos juntos.

[*Angelus*]

Discurso en el Encuentro con los jóvenes

*Escuela San Dionisio de las Hermanas Ursulinas de Marusi, Atenas
Lunes, 6 de diciembre de 2021*

Queridos hermanos y hermanas: *Kaliméra sas!* [¡Buenos días!]

Les agradezco por haber venido hasta aquí, muchos de ustedes desde lugares lejanos. *Efcharistó!* [¡Gracias!] Estoy contento de encontrarme con ustedes finalizando mi visita a Grecia, y aprovecho la ocasión para renovar mi gratitud por la acogida y por todo el trabajo que llevaron adelante para organizarla. *Efcharistó!*

Sus hermosos testimonios me han impresionado. Ya los había leído y retomo ahora con ustedes algunas partes.

Katerina, nos has hablado de tus recurrentes dudas de fe. Quisiera decirte a ti y a todos ustedes, no tengan miedo de las dudas, porque no son faltas de fe. No tengan miedo de las dudas; al contrario, las dudas son «vitaminas de la fe», ayudan a robustecerla, a hacerla más fuerte, es decir, más consciente, la hacen crecer, la hacen más libre y más madura. La hacen más disponible a ponerse en camino, a seguir adelante cada día con humildad. Y la fe es precisamente esto, un camino cotidiano con Jesús que nos lleva de la mano, nos acompaña, nos alienta y, cuando caemos, vuelve a levantarnos; nunca se atemoriza. Es como una historia de amor, donde siempre se sigue adelante juntos, día tras día. Y como en una historia de amor, llegan momentos en los que es necesario interrogarse, hacerse preguntas. Y hace bien, hace crecer el nivel de la relación. Y esto es muy importante para ustedes, porque ustedes no pueden ir ciegos por el camino de la fe, no, sino que tienen que dialogar con Dios, con la propia conciencia y con los demás.

Quisiera destacar un punto importante en la experiencia de Katerina. A veces, frente a las incomprensiones o a las dificultades de la vida, en los momentos de soledad o de desilusión, esta duda puede llamar a la puerta de nuestro corazón: «Quizá soy yo que no voy bien, tal vez estoy equivocado, estoy equivocada». Amigos, es una tentación que hay que rechazar. El diablo nos mete esta duda en el corazón para arrojarnos en la tristeza. ¿Qué hay que hacer? ¿Qué hay que hacer cuando una duda de este tipo se vuelve sofocante y no nos deja en paz, cuando se pierde la confianza y no se sabe por dónde comenzar? Es necesario

volver a encontrar el punto de partida. ¿Cuál es? Para comprenderlo, pongámonos a la escucha de vuestra gran cultura clásica. ¿Saben cuál fue el punto de partida de la filosofía, pero también del arte, de la cultura y de la ciencia? ¿Saben cuál? Todo comenzó por una chispa, por un descubrimiento que se expresa con una palabra magnífica: *thaumàzein*. Es el maravillarse, *el asombro*. Así comenzó la filosofía, de maravillarse frente a aquello que es, frente a nuestra existencia, a la armonía de la creación y al misterio de la vida.

Pero el asombro no es sólo el comienzo de la filosofía, sino también el inicio de nuestra fe. El Evangelio nos dice muchas veces que cuando alguien encuentra a Jesús se asombra, siente admiración. En el encuentro con Dios está siempre ese estupor, que es el inicio del diálogo con Dios. Y esto es así porque tener fe no consiste principalmente en un conjunto de cosas que hay que creer y de preceptos que hay que cumplir. El corazón de la fe no es una idea, no es una moral; el corazón de la fe es una realidad, una realidad bellísima que no depende de nosotros y que nos deja con la boca abierta: ¡somos hijos amados de Dios! Este es el corazón de la fe: ¡somos hijos amados de Dios! Hijos amados, tenemos un Padre que vela por nosotros y que nunca deja de amarnos. Reflexionemos: cualquier cosa que tú pienses o hagas, aunque sea lo peor, Dios sigue amándote. Yo quisiera que entiendan bien esto: Dios no se cansa de amar. Alguno puede decirme: «Pero si yo caigo en las cosas más feas, ¿Dios me ama?». Dios te ama. «Y si yo soy un traidor, un pecador tremendo, y acabo mal, en la droga, ¿Dios me ama?». Dios te ama. Dios ama siempre. No puede dejar de amar. Ama siempre y a pesar de todo, mira tu vida y la ve muy buena (cf. *Gn* 1,31). Nunca se arrepiente de nosotros. Si nos ponemos delante del espejo quizá no nos vemos como quisiéramos, porque corremos el riesgo de centrarnos en lo que no nos gusta. Pero si nos ponemos ante Dios la perspectiva cambia. No podemos más que asombrarnos de que seamos para Él, a pesar de todas nuestras debilidades y nuestros pecados, hijos amados desde siempre y para siempre. Entonces, más que comenzar la jornada frente al espejo, ¿por qué no abres la ventana de tu habitación y te detienes en todo, en todo lo hermoso que existe, en todo lo hermoso que ves? Sal de ti mismo. Queridos jóvenes, piensen que, si a nuestros ojos la creación es hermosa, a los ojos de Dios cada uno de ustedes es infinitamente hermoso. Él, dice la Escritura, «ha hecho de nosotros maravillas, maravillas admirables» (cf. *Sal* 139,14). Nosotros, para Dios, somos una maravilla admirable. Deja que este asombro te

invada. Déjate amar por quien siempre cree en ti, por quien te ama más de cuanto tú mismo puedas llegar a amarte. No es fácil comprender esta anchura, esta profundidad del amor, no es fácil entenderla, pero es así; basta dejarse mirar por la mirada de Dios.

Y cuando estén decepcionados por algo que hayan hecho, hay otro asombro que no tienen que dejar escapar: *el asombro del perdón*. En esto quiero ser claro: *Dios perdona siempre*. Somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón, pero Él perdona siempre. Allí, en el perdón, se encuentra el rostro del Padre y la paz del corazón. Allí, Él nos restaura de nuevo, derrama su amor en un abrazo que vuelve a levantarnos, que desintegra el mal cometido y vuelve a hacer resplandecer la belleza incontenible que hay en nosotros, el ser sus hijos predilectos. No permitamos que la pereza, el miedo o la vergüenza nos roben el tesoro del perdón. ¡Dejemos que el amor de Dios nos asombre! Nos redescubriremos a nosotros mismos; no lo que dicen de nosotros o lo que las pulsiones del momento suscitan en nosotros, no lo que los eslóganes publicitarios nos echan encima, sino nuestra verdad más profunda, la que ve Dios, aquella en la que Él cree: la belleza irrepetible que somos.

¿Recuerdan la famosa inscripción en la entrada del templo de Delos? $\gamma\upsilon\omega\theta\iota$ $\sigma\epsilon\alpha\upsilon\tau\acute{o}\nu$, «conócete a ti mismo». Hoy corremos el peligro de olvidarnos de lo que somos, obsesionados por miles de apariencias, por mensajes machacones que hacen depender la vida de la ropa que usamos, del automóvil que conducimos, del modo en que nos miran los demás. Pero aquella antigua invitación, *conócete a ti mismo*, vale todavía hoy. Reconoce que vales por lo que eres, no por lo que tienes. No vales por la marca de la ropa o por el calzado que llevas, sino porque eres único, eres única. Pienso en otra imagen antigua, la de las sirenas. Como Ulises en su itinerario de regreso a casa, también ustedes en la vida, que es un viaje audaz hacia la Casa del Padre, encontrarán sirenas. En el mito atraían a los navegantes con su canto para hacerlos estrellar contra los arrecifes. En la realidad, las sirenas de hoy quieren hipnotizarlos con mensajes seductores e insistentes, que apuntan a beneficios fáciles, a las falsas necesidades del consumismo, al culto del bienestar físico, a la diversión a toda costa. Son muchos fuegos artificiales, que brillan por un instante, y después sólo dejan humo en el aire. Yo los entiendo, resistir no es fácil. ¿Se acuerdan cómo resistió Ulises, asediado por las sirenas? Se hizo atar al palo mayor del barco. Pero otro personaje, Orfeo, nos enseña un camino mejor: entonó una melodía más hermosa que la de las

sirenas y así las hizo callar. ¡Por eso es importante alimentar el asombro, la belleza de la fe! No somos cristianos porque debemos, sino porque es hermoso. Y precisamente porque queremos proteger esta belleza decimos no a lo que quiere ensombrecerla. La alegría del Evangelio, el asombro que provoca Jesús hace que las renunciadas y las fatigas pasen a un segundo plano. Entonces, ¿estamos de acuerdo? Recuerden bien esto: ser cristiano no se trata fundamentalmente de hacer esto, de hacer aquello; de hacer cosas. Hay que hacer cosas, pero no es fundamentalmente eso. Ser cristiano fundamentalmente es dejar que Dios te ame, y reconocer que ante el amor de Dios eres único, eres única.

Pasemos a otro capítulo. Los *rostros de los demás*. Ioanna, me gustó que, para hablarnos de tu vida, has hablado de los demás, sobre todo de las dos mujeres más importantes de tu vida, tu mamá y tu abuela, que te «han enseñado a rezar, a agradecer cada día a Dios». Así asimilaste la fe de manera natural, genuina. Y nos has dado un consejo que nos hace bien: que acudamos al Señor en cualquier circunstancia, «que le hablemos, que le confesemos nuestras preocupaciones». De ese modo, Jesús se hizo familiar para ti. ¡Qué contento está cuando nos abrimos a Él! Así se conoce a Dios. Porque para conocerlo no basta tener ideas claras sobre Él —esa es una pequeña parte, no es suficiente—, se necesita ir hacia Él con la vida. Tal vez este sea el motivo por el que tantos lo ignoran, porque sólo sienten predicaciones y discursos. En cambio, Jesús se transmite a través de rostros y de personas concretas. Hagan la prueba de releer los Hechos de los Apóstoles y verán cuántas personas, rostros y encuentros; así conocieron a Jesús nuestros padres en la fe. Dios no nos da un catecismo en la mano, sino que se hace presente por medio de las historias de las personas. Pasa a través de nosotros. Dios no nos da un libro en las manos para aprender cosas de memoria, no. Dios se hace entender con la cercanía, acompañándonos en el camino de la vida. Conocer a Jesús es justamente el núcleo de nuestra fe.

Precisamente en este sentido, Ioanna, nos has contado acerca de una persona decisiva para ti, una religiosa que te mostró la alegría «de ver la vida como un servicio». Subrayo esto: ver la vida como un servicio. Es verdad, servir a los demás es el camino para conquistar la alegría. Dedicarse a los demás no es de perdedores, es de vencedores; es el camino para hacer algo realmente nuevo en la historia. Supe que en griego «joven» se dice «nuevo» y nuevo significa joven. El servicio es la novedad de Jesús; el servicio, dedicarse a los demás es la novedad que hace

la vida siempre joven. ¿Quieres hacer algo nuevo en la vida? ¿Quieres rejuvenecer? No te contentes con publicar algún *post* o algún tuit. No te contentes con encuentros virtuales, busca los reales, sobre todo con quien te necesita; no busques la visibilidad, sino a los invisibles. Esto es original, esto es revolucionario. Salir de uno mismo para encontrar a los otros. Pero si tú vives prisionero en ti mismo, nunca encontrarás a los otros, nunca sabrás qué es servir. Servir es el gesto más bello, más grande de una persona, servir a los demás. Muchos hoy son «*de redes sociales*» pero poco «*sociales*», encerrados en sí mismos, prisioneros del teléfono que tienen entre sus manos. Pero en la pantalla falta el otro, faltan sus ojos, su respiración, sus manos. La pantalla se vuelve fácilmente un espejo, donde crees que estás frente al mundo, pero en realidad estás solo, en un mundo virtual lleno de apariencias, de fotos trucadas para parecer siempre hermosos y en forma. ¡Qué bonito, en cambio, es estar con los demás, descubrir la novedad del otro, dialogar con el otro, cultivar la mística del conjunto, la alegría de compartir, el ardor de servir!

A este respecto, en el encuentro con los jóvenes en Eslovaquia, el pasado mes de septiembre, algunos jóvenes mostraban una pancarta interesante. Tenía sólo dos palabras: «Todos hermanos». Me gustó. A menudo en los estadios, en las manifestaciones, en las calles se exponen pancartas para alentar la propia facción, las propias ideas, el propio equipo, los propios derechos. Pero la pancarta de esos jóvenes decía algo nuevo: que es hermoso sentirse hermanos y hermanas de todos, sentir que los demás forman parte de un nosotros, no gente de la que hay que tomar distancia. Estoy contento de verlos todos juntos, unidos, aun viniendo de países e historias tan distintas. ¡*Sueñen con la fraternidad!*

En griego hay un refrán iluminador: *o fillos ine állos eaftós*, «el amigo es otro yo». Sí, el otro es el camino para volver a encontrarse con uno mismo; no lo es el espejo, es el otro. Ciertamente, cuesta salir de las propias zonas de confort, es más fácil estar sentados en el sofá frente a la televisión. Pero eso es algo viejo, no es de jóvenes. Pero mira: un joven en el sofá, ¡qué cosa vieja! De jóvenes es reaccionar, abrirse cuando uno se siente solo, buscar a los demás cuando viene la tentación de cerrarse, entrenarse en esta «gimnasia del alma». Aquí nacieron los eventos deportivos más grandes, las Olimpiadas, el maratón. Más allá del espíritu de lucha que hace bien al cuerpo, está aquello que hace bien al alma: entrenarse para la apertura, recorrer largas distancias desde uno mismo para acortarlas con los demás, lanzar el corazón atravesando los obstáculos, cargar unos

los pesos de los otros. Entrenarse en esto los hará felices, los mantendrá jóvenes y les hará sentir la aventura de vivir.

A propósito de aventura, Aboud, tu testimonio nos ha impactado: la huida, junto con los tuyos, de la amada y martirizada Siria, después de haber estado varias veces a punto de ser asesinados en la guerra. Y después de tantos «no» y miles de dificultades, llegaron a este país del único modo posible, en barco, permaneciendo «en una roca sin agua y sin comida, esperando el amanecer y una nave de la guardia costera»: una verdadera odisea de nuestros días. Y me vino en mente que, en la Odisea de Homero, el primer héroe que aparece no es Ulises, sino un joven, Telémaco, su hijo, que vivió una gran aventura.

No había conocido a su padre y estaba angustiado, desalentado porque no sabía dónde se encontraba y ni siquiera si estaba vivo. Se sentía sin raíces y estaba delante de una encrucijada: permanecer allí, a la espera, o quizá hacer una locura y lanzarse a la búsqueda. Hay varias voces, entre ellas la de la divinidad, que lo exhortan a ser valiente y a partir. Y él lo hace, se levanta, prepara el barco a escondidas y rápidamente, al despuntar el sol, sale a la aventura. El sentido de la vida no es quedarse en la playa esperando que el viento traiga novedades. La salvación está en mar abierto, está en el impulso, en seguir los sueños, los verdaderos, los que se sueñan con los ojos abiertos, que comportan esfuerzo, lucha, vientos contrarios, borrascas repentinas. Por favor, no hay que dejarse paralizar por el miedo, ¡sueñen en grande! ¡Y sueñen juntos! Como pasó con Telémaco, habrá quien intente detenerlos. Habrá siempre alguien que les dirá: «Déjalo, no te arriesgues, es inútil». Estos son los anuladores de sueños, los sicarios de la esperanza, los incurables nostálgicos del pasado.

Ustedes, en cambio, por favor, alimenten *la valentía de la esperanza*, la que has tenido tú, Aboud. ¿Cómo se hace? Por medio de sus decisiones. Elegir es un desafío, es afrontar el miedo a lo desconocido, es salir del pantano de la aprobación, es decidirse a tomar la propia vida entre las manos. Para tomar decisiones adecuadas, pueden recordar una cosa: las buenas decisiones incluyen siempre a los demás, no sólo a uno mismo. Esas son las decisiones por las que vale la pena arriesgarse, los sueños que hay que realizar; aquellos que requieren valentía y que implican a los demás.

Y, al despedirme de ustedes, les deseo la valentía de seguir adelante, la valentía de arriesgar, la valentía de no quedarse en el sofá. El coraje

de arriesgar, de ir al encuentro de los otros, nunca aislados, siempre con los demás. Y con esa valentía, cada uno de ustedes se encontrará a sí mismo, encontrará a los otros y hallará el sentido de la vida. Les deseo esto, con la ayuda de Dios, que los ama a todos. Dios los ama, sean valientes, ¡sigan adelante! *Brostà, óli masí!* [¡Adelante, todos juntos!]

HASTA AQUÍ
EL VIAJE APOSTÓLICO DEL SANTO PADRE A CHIPRE Y GRECIA
(2-6 DE DICIEMBRE DE 2021)

Discurso a los miembros del Colegio Cardenalicio y de la Curia Romana con motivo de las felicitaciones navideñas

Aula de las Bendiciones
Jueves, 23 de diciembre de 2021

Queridos hermanos y hermanas: ¡Buenos días!

Como cada año, tenemos oportunidad de encontrarnos a pocos días de la Navidad. Es un modo para manifestar nuestra fraternidad «en voz alta» por medio de las felicitaciones navideñas, pero es también para cada uno de nosotros un momento de reflexión y de revisión, para que la luz del Verbo, que se hace carne, nos haga ver cada vez mejor quiénes somos y cuál es nuestra misión.

Todos lo sabemos: el misterio de la Navidad es el misterio de Dios que viene al mundo por el camino de la humildad. Se hizo carne: esa gran *synkatábasis*. Este tiempo parece haber olvidado la humildad, o haberla relegado a una forma de moralismo, vaciándola de la fuerza desbordante que posee.

Pero si tuviéramos que expresar todo el misterio de la Navidad en una palabra, creo que la palabra *humildad* es la que más podría ayudarnos. Los Evangelios nos hablan de un entorno pobre, sobrio, inapropiado para acoger a una mujer que está por dar a luz. Sin embargo, el *Rey de reyes* no viene al mundo llamando la atención, sino suscitando una misteriosa atracción en los corazones de quienes sienten la presencia

desbordante de una novedad que está por cambiar la historia. Por eso me gusta pensar y también decir que *la humildad ha sido su puerta de entrada y nos invita, a todos nosotros, a atravesarla*. Me viene a la mente aquel pasaje de los Ejercicios: no se puede avanzar sin humildad, y no se puede avanzar en la humildad sin humillaciones. Y san Ignacio nos dice que pidamos las humillaciones.

No es fácil entender qué es la humildad. Esta es el resultado de un cambio que el mismo Espíritu obra en nosotros por medio de la historia que vivimos, como le ocurre por ejemplo a Naamán el sirio (cf. *2 Re 5*). En la época del profeta Eliseo, este personaje gozaba de gran fama. Era un valiente general del ejército arameo, que había demostrado en varias ocasiones su valor y su audacia. Pero junto con la fama, la fuerza, la estima, los honores, la gloria, este hombre estaba obligado a convivir con un drama terrible: era leproso. Su armadura, la misma que le proporcionaba prestigio, en realidad cubría una humanidad frágil, herida, enferma. Esta contradicción a menudo la encontramos en nuestras vidas: a veces los grandes dones son la armadura para cubrir grandes fragilidades.

Naamán comprende una verdad fundamental: uno no puede pasar la vida escondiéndose detrás de una armadura, de un rol, de un reconocimiento social; al final, hace mal. Llega un momento, en la existencia de cada uno, en el que se siente el deseo de no vivir más detrás del revestimiento de la gloria de este mundo, sino en la plenitud de una vida sincera, sin más necesidad de armaduras y de máscaras. Este deseo impulsa al valiente general Naamán a ponerse en camino para buscar a alguien que pueda ayudarlo, y lo hace a partir del consejo de una esclava, una muchacha hebrea, prisionera de guerra, que habla de un Dios capaz de curar semejantes contradicciones.

Tomando consigo plata y oro, Naamán se puso en camino y llegó ante el profeta Eliseo. Este le pidió a Naamán, como única condición para su curación, el sencillo gesto de desvestirse y bañarse siete veces en el río Jordán. Nada de fama, nada de honor, oro ni plata. La gracia que salva es gratuita, no se reduce al precio de las cosas de este mundo.

Naamán se resistió a ese pedido; le pareció demasiado banal, demasiado sencillo, demasiado accesible. *Pareciera que la fuerza de la sencillez no tenía espacio en su mente*. Pero las palabras de sus servidores lo hicieron recapacitar: «Si el profeta te hubiese mandado una cosa difícil, ¿no lo habrías hecho? Cuánto más si te ha dicho: «Báñate y sanarás»»

(2 Re 5,13). Naamán se rindió y con un gesto de humildad «descendió», se quitó su armadura, se sumergió en las aguas del Jordán, «enseguida la carne de su cuerpo se renovó y quedó limpia como la carne de un niño pequeño»(2 Re 5,14). Es una gran lección. La humildad de dejar al descubierto la propia humanidad, según la palabra del Señor, llevó a Naamán a obtener la curación.

La historia de Naamán nos recuerda que la Navidad es un tiempo en el que cada uno ha de tener la valentía de quitarse la propia armadura, de desprenderse de los ropajes del propio papel, del reconocimiento social, del brillo de la gloria de este mundo, y asumir su misma humildad. Podemos hacerlo a partir de un ejemplo más fuerte, más convincente, de autoridad: el del Hijo de Dios, que no se sustrajo a la humildad de «descender» en la historia haciéndose hombre, haciéndose niño, frágil, envuelto en pañales y acostado en un pesebre (cf. Lc 2,16). Todos, despojados de nuestros ropajes, de nuestras prerrogativas, cargos y títulos, somos leprosos, todos nosotros, necesitados de curación. La Navidad es la memoria viva de esta certeza y nos ayuda a comprenderla más profundamente.

Queridos hermanos y hermanas, si olvidamos nuestra humanidad vivimos sólo de los honores de nuestras armaduras, pero Jesús nos recuerda una verdad incómoda y desconcertante: «¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde a sí mismo?» (cf. Mc 8,36).

Esta es la peligrosa tentación —lo he señalado otras veces— de la mundanidad espiritual, que a diferencia de todas las otras tentaciones es difícil de desenmascarar, porque está cubierta de todo lo que normalmente nos da seguridad: nuestro cargo, la liturgia, la doctrina, la religiosidad. Escribí en la *Evangelii gaudium*: «En este contexto, se alimenta la vanagloria de quienes se conforman con tener algún poder y prefieren ser generales de ejércitos derrotados antes que simples soldados de un escuadrón que sigue luchando. ¡Cuántas veces soñamos con planes apostólicos expansionistas, meticulosos y bien dibujados, propios de generales derrotados! Así negamos nuestra historia de Iglesia, que es gloriosa por ser historia de sacrificios, de esperanza, de lucha cotidiana, de vida desgastada en el servicio, de constancia en el trabajo que cansa, porque todo trabajo es «sudor de nuestra frente». En cambio, nos entretenemos vanidosos hablando sobre «lo que habría que hacer» —el pecado del «habriaqueísmo»— como maestros espirituales y expertos pastorales que señalan desde afuera. Cultivamos nuestra

imaginación sin límites y perdemos contacto con la realidad sufrida de nuestro pueblo fiel» (n. 96).

La humildad es la capacidad de saber *habitar* sin desesperación, con realismo, alegría y esperanza, *nuestra humanidad*; esta humanidad amada y bendecida por el Señor. La humildad es comprender que no tenemos que avergonzarnos de nuestra fragilidad. Jesús nos enseña a mirar nuestra miseria con el mismo amor y ternura con el que se mira a un niño pequeño, frágil, necesitado de todo. Sin humildad buscaremos seguridades, y quizás las encontraremos, pero ciertamente no encontraremos lo que nos salva, lo que puede curarnos. Las seguridades son el fruto más perverso de la mundanidad espiritual, que revelan la falta de fe, esperanza y caridad, y se convierten en incapacidad de saber discernir la verdad de las cosas. Si Naamán sólo hubiera seguido acumulando medallas para poner en su armadura, al final habría sido devorado por la lepra; aparentemente vivo, sí, pero cerrado y aislado en su enfermedad. Él buscó con valentía lo que podría salvarlo y no lo que lo gratificaría de forma inmediata.

Todos sabemos que lo contrario de la humildad es la soberbia. Un versículo del profeta Malaquías, que me ha impactado mucho, nos ayuda a comprender, por contraste, qué diferencia hay entre el camino de la humildad y el de la soberbia: «Todos los arrogantes y todos los malhechores serán como paja. El día que se acerca los quemará hasta no dejarles rama ni raíz —dice el Señor del universo—» (3,19).

El Profeta usa una imagen sugestiva que describe bien la soberbia: esta —dice— es como paja. Entonces, cuando llega el fuego, la paja se convierte en cenizas, se quema, desaparece. Y nos dice también que quien vive apoyándose en la soberbia se encuentra privado de las cosas más importantes que tenemos: las raíces y las ramas. Las raíces hablan de nuestra relación vital con el pasado del que tomamos la savia para poder vivir en el presente. Las ramas son el presente que no muere, sino que se convierte en el mañana, se vuelve futuro. Estar en un presente que no tiene más raíces ni ramas significa vivir el final. Así el soberbio, encerrado en su pequeño mundo, no tiene más pasado ni futuro, no tiene más raíces ni ramas y vive con el sabor amargo de la tristeza estéril que se adueña del corazón como «el máspreciado de los elixires del demonio» [1]. El humilde, en cambio, vive guiado constantemente por dos verbos: *recordar* —las raíces— y *generar*, fruto de las raíces y de las ramas, y de este modo vive la alegre apertura de la fecundidad.

Recordar significa etimológicamente «traer al corazón», re-cordar. La memoria vital que tenemos de la Tradición, de las raíces, no es un culto del pasado, sino un gesto interior por medio del cual traemos constantemente al corazón aquello que nos ha precedido, aquello que ha atravesado nuestra historia, aquello que nos ha conducido hasta aquí. Recordar no es repetir, sino atesorar, reavivar y, con gratitud, dejar que la fuerza del Espíritu Santo haga arder nuestro corazón, como a los primeros discípulos (cf. *Lc* 24,32).

Pero para que recordar no se convierta en una prisión del pasado, necesitamos otro verbo: *generar*. Al humilde —al hombre humilde, a la mujer humilde— no sólo le interesa el pasado, sino también el futuro, porque sabe mirar hacia adelante, sabe contemplar las ramas con la memoria llena de gratitud. El humilde genera, invita y empuja hacia aquello que no se conoce; el soberbio, en cambio, repite, se endurece —la rigidez es una perversión, una perversión actual— y se encierra en su repetición, se siente seguro de lo que conoce y teme a lo nuevo porque no puede controlarlo, lo hace sentir desestabilizado, porque ha perdido la memoria.

El humilde acepta ser cuestionado, se abre a la novedad y lo hace porque se siente fuerte gracias a lo que lo precede, a sus raíces, a su pertenencia. Su presente está habitado por un pasado que lo abre al futuro con esperanza. A diferencia del soberbio, sabe que ni sus méritos ni sus «buenas costumbres» son principio y fundamento de su existencia, por eso es capaz de tener confianza; el soberbio no la tiene.

Todos nosotros estamos llamados a la humildad porque estamos llamados a recordar y a generar, estamos llamados a volver a encontrar la relación justa con las raíces y con las ramas; sin ellas estamos enfermos y destinados a desaparecer.

Jesús, que viene al mundo por el camino de la humildad, nos abre una vía, nos indica un modo, nos muestra una meta.

Queridos hermanos y hermanas, si es cierto que sin humildad no podemos encontrar a Dios ni experimentar la salvación, también es cierto que sin humildad no podemos encontrar al prójimo, al hermano y a la hermana que viven a nuestro lado.

El pasado 17 de octubre iniciamos el camino sinodal, al que dedicaremos los próximos dos años. También aquí, sólo la humildad puede ponernos en condiciones de encontrarnos y escuchar, de dialogar y discernir, para rezar juntos, como indicaba el Cardenal Decano. Si cada

uno se queda encerrado en sus propias convicciones, en sus propias experiencias, en la coraza de sus propios sentimientos y pensamientos, es difícil dar cabida a esa experiencia del Espíritu que, como dice el Apóstol, va unida a la convicción de que todos somos hijos de «un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y habita en todos» (Ef 4,6).

¡«Todos» no es una palabra que pueda ser malinterpretada! El clericalismo, que como tentación —perversa— serpentea a diario entre nosotros, nos hace pensar siempre en un Dios que le habla sólo a algunos, mientras que los demás sólo deben escuchar y ejecutar. El Sínodo trata de ser la experiencia de sentirnos todos miembros de un pueblo más grande: el santo Pueblo fiel de Dios y, por tanto, discípulos que escuchan y, precisamente por esa escucha, pueden comprender también la voluntad de Dios, que se manifiesta siempre de manera imprevisible. Sin embargo, sería un error pensar que el Sínodo es un acontecimiento reservado a la Iglesia como entidad abstracta, alejada de nosotros. La sinodalidad es *un estilo* al que debemos convertirnos, sobre todo nosotros que estamos aquí y que vivimos la experiencia del servicio a la Iglesia universal a través de nuestro trabajo en la Curia romana.

Y la Curia —no lo olvidemos— no es sólo un instrumento logístico y burocrático para las necesidades de la Iglesia universal, sino que es el primer órgano llamado a dar testimonio, y por eso mismo adquiere más autoridad y eficacia cuando asume personalmente los retos de la conversión sinodal a la que también está llamada. La organización que debemos implementar no es de tipo corporativa, sino evangélica.

Por ello, si la Palabra de Dios le recuerda al mundo entero el valor de la pobreza, nosotros, miembros de la Curia, debemos ser los primeros en comprometernos a una conversión a la sobriedad. Si el Evangelio proclama la justicia, nosotros debemos ser los primeros en intentar vivir con transparencia, sin favoritismos ni grupos de influencia. Si la Iglesia sigue el camino de la sinodalidad, nosotros debemos ser los primeros en convertirnos a un estilo diferente de trabajo, de colaboración, de comunión; y esto sólo es posible a través de la senda de la humildad. Sin humildad no podremos hacer esto.

En la apertura de la asamblea sinodal utilicé tres palabras clave: participación, comunión y misión. Y nacen de un corazón humilde: sin humildad no se puede hacer ni participación, ni comunión, ni misión. Estas palabras son los tres requisitos que me gustaría indicar como un

estilo de humildad al que hay que aspirar aquí en la Curia. Tres maneras para hacer de la humildad un itinerario concreto que podamos poner en práctica.

En primer lugar, la *participación*. Esta debería manifestarse mediante un estilo de corresponsabilidad. Por supuesto, en la diversidad de funciones y ministerios las responsabilidades son diferentes, pero sería importante que cada uno de nosotros se sintiera partícipe y corresponsable del trabajo, sin limitarse a vivir la experiencia despersonalizadora de llevar a cabo un programa establecido por otra persona. Siempre me quedo sorprendido cuando encuentro creatividad —me gusta mucho— en la Curia, y no pocas veces se manifiesta sobre todo allí donde se deja y se encuentra espacio para todos, incluso para aquellos que, jerárquicamente, parecen ocupar un lugar secundario. Doy las gracias por estos ejemplos —los encuentro, y me gusta— y los animo a que trabajen para que seamos capaces de generar dinámicas concretas en las que todos sientan que tienen una participación activa en la misión que realizan. La autoridad se convierte en servicio cuando comparte, involucra y ayuda a crecer.

La segunda palabra es *comunión*. No se expresa por mayorías o minorías, sino que nace esencialmente de la relación con Cristo. Nunca tendremos un estilo evangélico en nuestros ambientes si no ponemos a Cristo en el centro, y no este partido o el otro, esa opinión o la otra: Cristo en el centro. Muchos de nosotros trabajamos juntos, pero lo que fortalece la comunión es también poder rezar juntos, escuchar la Palabra juntos, construir relaciones que vayan más allá del mero trabajo y fortalezcan los vínculos de bien, vínculos de bien entre nosotros, ayudándonos mutuamente. Sin esto, corremos el riesgo de ser sólo extraños que trabajan juntos, rivales que intentan posicionarse mejor o, peor aún, allí donde se crean relaciones, éstas parecerían tomar el aspecto de la complicidad por intereses personales, olvidando la causa común que nos mantiene unidos. La complicidad crea divisiones, crea facciones, crea enemigos; la colaboración exige la grandeza de aceptar la propia parcialidad y la apertura al trabajo en equipo, incluso con aquellos que no piensan como nosotros. En la complicidad se está juntos para lograr un resultado externo. En la colaboración se permanece juntos porque nos interesa el bien del otro y, por tanto, el de todo el Pueblo de Dios al que estamos llamados a servir: no olvidemos el rostro concreto de las personas, no olvidemos nuestras raíces, el rostro concreto de quienes

fueron nuestros primeros maestros en la fe. Pablo decía a Timoteo: «Recuerda a tu madre, recuerda a tu abuela».

La perspectiva de la comunión implica, al mismo tiempo, reconocer la diversidad que habita en nosotros como un don del Espíritu Santo. Siempre que nos desviamos de este camino y vivimos la comunión y la uniformidad como sinónimos, debilitamos y silenciamos la fuerza vivificante del Espíritu Santo en medio de nosotros. La actitud de servicio nos pide, yo diría que nos exige, la magnanimidad y la generosidad de reconocer y vivir con alegría la riqueza multiforme del Pueblo de Dios; y sin humildad esto no es posible. A mí me hace bien releer el comienzo de la *Lumen gentium*, los números 8, 12: el santo Pueblo fiel de Dios. Recuperar estas verdades es oxígeno para el alma.

La tercera palabra es *misión*. Es la que nos salva de replegarnos sobre nosotros mismos. El que está replegado en sí mismo «mira de arriba y de lejos, rechaza la profecía de los hermanos, descalifica a quien lo cuestione, destaca constantemente los errores ajenos y se obsesiona por la apariencia. Ha replegado la referencia del corazón al horizonte cerrado de su inmanencia y sus intereses y, como consecuencia de esto, no aprende de sus pecados ni está auténticamente abierto al perdón. Estos son los dos signos de una persona «cerrada»: no aprende de los propios pecados y no está abierta al perdón. Es una tremenda corrupción con apariencia de bien. Hay que evitarla poniendo a la Iglesia en movimiento de salida de sí, de misión centrada en Jesucristo, de entrega a los pobres» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 97). Sólo un corazón abierto a la misión garantiza que todo lo que hacemos *ad intra* y *ad extra* esté siempre marcado por la fuerza regeneradora de la llamada del Señor. Y la misión siempre conlleva una pasión por los pobres, es decir, por los «carentes»: aquellos que «carecen» de algo no sólo en términos materiales, sino también en términos espirituales, emocionales y morales. Los que tienen hambre de pan y los que tienen hambre de sentido son igualmente pobres. La Iglesia está invitada a salir al encuentro de todas las pobrezas y está llamada a predicar el Evangelio a todos, porque todos, de un modo u otro, somos pobres, tenemos carencias. Pero la Iglesia también sale a su encuentro porque nos hacen falta: nos hace falta su voz, su presencia, sus preguntas y discusiones. La persona de corazón misionero siente que su hermano le hace falta y, con la actitud del mendigo, va a su encuentro. La misión nos hace vulnerables —es hermoso, la misión nos hace vulnerables—, nos ayuda a recordar nuestra condición de discípulos y nos permite

descubrir la alegría del Evangelio una y otra vez.

Participación, misión y comunión son las características de una Iglesia humilde, que se pone a la escucha del Espíritu y coloca su centro fuera de sí misma. Henri de Lubac decía: «Al igual que su Maestro, la Iglesia a los ojos del mundo, hace papel de esclava. Vive aquí abajo «en forma de esclava». [...] No es una academia de sabios, ni un cenáculo de intelectuales sublimes, ni una asamblea de superhombres. Sino que es precisamente todo lo contrario. Los cojos, los contrahechos y los miserables de toda clase se dan cita en la Iglesia y la legión de los mediocres [...]; resulta difícil, o por mejor decir, imposible al hombre natural, en tanto que sus pensamientos más íntimos no hayan sido transformados, descubrir en semejante hecho el cumplimiento de la Kenosis salvadora y el adorable vestigio de la «humildad de Dios»» (*Meditación sobre la Iglesia*, 292-293).

Para concluir quisiera desearles a ustedes, y a mí en particular, que nos dejemos evangelizar por la humildad, por la humildad de la Navidad, por la humildad del pesebre, de la pobreza y la esencialidad con la que el Hijo de Dios entró en el mundo. Incluso los magos de oriente, que evidentemente podemos pensar que provenían de una condición más acomodada que María y José o que los pastores de Belén, se postran cuando se encuentran en presencia del niño (cf. *Mt* 2,11). Se postran. No es sólo un gesto de adoración, es un gesto de humildad. Los Reyes magos se ponen a la altura de Dios postrándose rostro en tierra. Y esta *kenosis*, este descenso, esta *synkatábasis* es el mismo que hará Jesús en la última noche de su vida terrenal, cuando «se levantó de la mesa, se quitó el manto y, tomando una toalla, se la ató a la cintura. Luego echó agua en una palangana y comenzó a lavar los pies a los discípulos y a secárselos con la toalla que tenía a la cintura» (*Jn* 13,4-5). La consternación que causa este gesto, provoca la reacción de Pedro, pero al final el propio Jesús da a sus discípulos la clave adecuada para entenderlo: «Ustedes me llaman «Maestro» y «Señor», y dicen bien, porque lo soy. Pues si yo, que soy su Señor y Maestro, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros. Les he dado ejemplo para que hagan lo mismo que yo hice con ustedes» (*Jn* 13,13-15).

Queridos hermanos y hermanas, recordando nuestra lepra, rehuuyendo la lógica de la mundanidad que nos priva de las raíces y las ramas, dejémonos evangelizar por la humildad del Niño Jesús. Sólo sirviendo y pensando en nuestro trabajo como servicio podemos ser

verdaderamente útiles a todos. Estamos aquí —yo el primero— para aprender a ponernos de rodillas y adorar al Señor en su humildad, y no a otros señores en su vacía opulencia. Seamos como los pastores, seamos como los magos de Oriente, seamos como Jesús. He aquí la lección de la Navidad: la humildad es la gran condición de la fe, de la vida espiritual, de la santidad. Quiera el Señor concedernos ese don a partir de la manifestación primordial del Espíritu dentro de nosotros: el deseo. Lo que no tenemos, podemos al menos empezar a desearlo. Y pedir al Señor la gracia de poder desear, de convertirnos en hombres y mujeres de grandes deseos. Y el deseo es ya el Espíritu actuando en cada uno de nosotros.

¡Feliz Navidad para todos! Y les pido que recen por mí. ¡Gracias!

Como recuerdo de esta Navidad, quisiera darles algunos libros. Pero para leerlos, no para dejarlos en la biblioteca, para que los nuestros los reciban en herencia. En primer lugar, uno de un gran teólogo, desconocido porque es demasiado humilde, un subsecretario de la Doctrina de la Fe, Mons. Armando Matteo, que reflexiona un poco en un fenómeno social y en cómo provoca la pastoralidad. Se llama *Convertir a Peter Pan*. Sobre el *destino de la fe en esta sociedad de la eterna juventud*. Es provocativo, hace bien. El segundo es un libro sobre los personajes secundarios u olvidados de la Biblia, del Padre Luigi Maria Epicoco: *La piedra descartada*, y como subtítulo *Cuando los olvidados se salvan*. Es hermoso. Es para la meditación, para la oración. Leyéndolo, me vino a la mente la historia de Naamán el Sirio, de quien les hablé. Y el tercero es de un Nuncio Apostólico, Mons. Fortunatus Nwachukwu, que ustedes conocen bien. Él hizo una reflexión sobre el chismorreó, y me gusta lo que ha retratado: que el chismorreó hace que se «disuelva» la identidad. Les dejo estos tres libros, y espero que nos ayuden a todos a seguir adelante. ¡Gracias! Gracias por su trabajo y su colaboración. Gracias.

Y pidamos a la Madre de la humildad que nos enseñe a ser humildes: «Ave María...»

[Bendición]

[1] G. Bernanos, *Journal d'un curé de campagne*, París 1974, 135.

Homilía en la Santa Misa de Nochebuena. Natividad del Señor

Basílica de San Pedro

Viernes, 24 de diciembre de 2021

En la noche resplandece una luz. Un ángel aparece, la gloria del Señor envuelve a los pastores y finalmente llega el anuncio esperado durante siglos: «Hoy [...] les ha nacido un Salvador, que es el Mesías, el Señor» (Lc 2,11). Pero lo que agrega el ángel es sorprendente. Indica a los pastores cómo encontrar a Dios que ha venido a la tierra: «Y esta será la señal para ustedes: encontrarán a un niño recién nacido envuelto en pañales y acostado en un pesebre» (v. 12). Este es el signo: un niño. Eso es todo: un niño en la dura pobreza de un pesebre. No hay más luces, ni resplandores, ni coros de ángeles. Sólo un niño. Nada más, como había preanunciado Isaías: «Un niño nos ha nacido» (Is 9,5).

El Evangelio insiste en este contraste. Narra el nacimiento de Jesús a partir de César Augusto, que ordenó realizar un censo del mundo entero. Muestra al primer emperador en su *grandeza*. Pero, inmediatamente después, nos lleva a Belén, donde no hay nada grande, sólo un niño pobre envuelto en pañales, con unos pastores a su alrededor. Y allí está Dios, en la *pequeñez*. Y este es el mensaje: Dios no cabalga en la grandeza, sino que desciende en la pequeñez. La pequeñez es el camino que eligió para llegar a nosotros, para tocarnos el corazón, para salvarnos y reconducirnos hacia lo que es realmente importante.

Hermanos, y hermanas, deteniéndonos ante el belén miremos el centro; vayamos más allá de las luces y los adornos, que son hermosos, y contemplemos al Niño. En su pequeñez es Dios. Reconozcámoslo: «Niño, Tú eres Dios, Dios-niño». Dejémosnos atravesar por este asombro escandaloso. Aquel que abraza al universo necesita que lo sostengan en brazos. Él, que ha hecho el sol, necesita ser arropado. La ternura en persona necesita ser mimada. El amor infinito tiene un corazón minúsculo, que emite ligeros latidos. La Palabra eterna es infante, es decir, incapaz de hablar. El Pan de vida debe ser alimentado. El creador del mundo no tiene hogar. Hoy todo se invierte: Dios viene al mundo pequeño. Su grandeza se ofrece en la *pequeñez*.

Y nosotros, preguntémonos, ¿sabemos acoger este camino de Dios? Es el desafío de Navidad: Dios se revela, pero los hombres no lo entienden. Él se hace pequeño a los ojos del mundo y nosotros seguimos buscando la grandeza según el mundo, quizá incluso en nombre suyo. Dios se abaja y nosotros queremos subir al pedestal. El Altísimo indica la humildad y nosotros pretendemos brillar. Dios va en busca de los pastores, de los invisibles; nosotros buscamos visibilidad, hacernos notar. Jesús nace para servir y nosotros pasamos los años persiguiendo el éxito. Dios no busca fuerza y poder, pide ternura y pequeñez interior.

Esto es lo que podemos pedir a Jesús para Navidad: *la gracia de la pequeñez*. «Señor, enséñanos a amar la pequeñez. Ayúdanos a comprender que es el camino para la verdadera grandeza». Pero, ¿qué quiere decir, concretamente, acoger la pequeñez? En primer lugar, quiere decir creer que Dios quiere venir *en las pequeñas cosas de nuestra vida*, quiere habitar las realidades cotidianas, los gestos sencillos que realizamos en casa, en la familia, en la escuela, en el trabajo. Quiere realizar, en nuestra vida ordinaria, cosas extraordinarias. Es un mensaje de gran esperanza: Jesús nos invita a valorar y redescubrir las pequeñas cosas de la vida. Si Él está ahí con nosotros, ¿qué nos falta? Entonces, dejemos atrás los lamentos por la grandeza que no tenemos. Renunciemos a las quejas y a las caras largas, a la ambición que deja insatisfechos. La pequeñez, el asombro por aquel niño pequeño: este es el mensaje.

Pero aún hay más. Jesús no quiere venir sólo a las cosas pequeñas de nuestra vida, sino también *a nuestra pequeñez*: cuando nos sentimos débiles, frágiles, incapaces, incluso fracasados. Hermana, y hermano, si, como en Belén, la oscuridad de la noche te rodea, si adviertes a tu alrededor una fría indiferencia, si las heridas que llevas dentro te gritan: «Cuentas poco, no vales nada, nunca serás amado como anhelas», esta noche, si percibes esto, Dios responde y te dice: «Te amo tal como eres. Tu pequeñez no me asusta, tus fragilidades no me inquietan. Me hice pequeño por ti. Para ser tu Dios me convertí en tu hermano. Hermano amado, hermana amada, no me tengas miedo, vuelve a encontrar tu grandeza en mí. Estoy aquí para ti y sólo te pido que confíes en mí y me abras el corazón».

Acoger la pequeñez también significa abrazar a Jesús *en los pequeños de hoy*; es decir, amarlo en los últimos, servirlo en los pobres. Ellos son los que más se parecen a Jesús, que nació pobre. Es en ellos que Él quiere ser honrado. Que en esta noche de amor nos invada un único temor:

herir el amor de Dios, herirlo despreciando a los pobres con nuestra indiferencia. Son los predilectos de Jesús, que nos recibirán un día en el cielo. Una poetisa escribió: «Quien no ha encontrado el Cielo aquí abajo, difícilmente lo encontrará allá arriba» (E. Dickinson, *Poemas*, XVII). No perdamos de vista el Cielo, cuidemos a Jesús ahora, acariciándolo en los necesitados, porque se identificó en ellos.

Miremos otra vez más el nacimiento y observemos que Jesús al nacer está rodeado precisamente de los pequeños, de los pobres. Son *los pastores*. Eran los más humildes y fueron los que estuvieron más cerca del Señor. Lo encontraron porque «pasaban la noche en el campo cuidando sus rebaños y vigilando por turnos» (Lc 2,8). Estaban allí para trabajar, porque eran pobres y su vida no tenía horarios, sino que dependía de los rebaños. No podían vivir como y donde querían, sino que se regían en base a las exigencias de las ovejas que cuidaban. Y Jesús nace allí, cerca de ellos, cerca de los olvidados de las periferias. Viene donde la dignidad del hombre es puesta a prueba. Viene a ennoblecer a los excluidos y se revela sobre todo a ellos; no a personajes cultos e importantes, sino a gente pobre que trabajaba. Esta noche, Dios viene a colmar de dignidad la dureza del trabajo. Nos recuerda qué importante es dar dignidad al hombre con el trabajo, pero también *dar dignidad al trabajo del hombre*, porque el hombre es señor y no esclavo del trabajo. En el día de la Vida repitamos: ¡No más muertes en el trabajo! Y esforcémonos por lograrlo.

Contemplemos una vez más el pesebre, dirigiendo la mirada hacia donde se divisan *los magos*, que peregrinan para adorar al Señor. Miremos y comprendamos que en torno a Jesús todo vuelve a la unidad: no están sólo los últimos, los pastores, sino también los eruditos y los ricos, los magos. En Belén están juntos pobres y ricos; los que adoran, como los magos, y los que trabajan, como los pastores. Todo se recompone cuando en el centro está Jesús; no nuestras ideas sobre Jesús, sino Él, el Viviente. Entonces, queridos hermanos y hermanas, *volvamos a Belén*, volvamos a los orígenes: a lo esencial de la fe, al primer amor, a la adoración y a la caridad. Contemplemos a los magos que peregrinan y como Iglesia sinodal, en camino, vayamos a Belén, donde Dios está en el hombre y el hombre en Dios; donde el Señor está al centro y es adorado; donde los últimos ocupan el lugar más cercano a Él; donde los pastores y los magos están juntos en una fraternidad más fuerte que cualquier clasificación. Que Dios nos conceda ser una Iglesia adoradora, pobre y fraterna. Esto es lo esencial. Volvamos a Belén.

Nos hace bien ir allí, dóciles al Evangelio de Navidad que presenta a la Sagrada Familia, a los pastores y a los magos: toda gente en camino. Hermanos, y hermanas, pongámonos en camino, porque la vida es una peregrinación. Levantémonos, volvamos a despertar porque en esta noche ha brillado una luz. Es una luz amable y nos recuerda que en nuestra pequeñez somos hijos amados, hijos de la luz (cf. 1 Ts 5,5). Hermanos y hermanas, alegrémonos juntos, porque nadie podrá apagar nunca esta luz, la luz de Jesús, que desde esta noche resplandece en el mundo.

Mensaje *Urbi et Orbi* - Navidad 2021

*Balcón central de la Basílica Vaticana
Sábado, 25 de diciembre de 2021*

Queridos hermanos y hermanas: ¡Feliz Navidad!

La Palabra de Dios, que ha creado el mundo y da sentido a la historia y al camino del hombre, se hizo carne y vino a habitar entre nosotros. Apareció como un susurro, como el murmullo de una brisa ligera, para colmar de asombro el corazón de todo hombre y mujer que se abre al misterio.

El Verbo se hizo carne para dialogar con nosotros. Dios no quiere tener un monólogo, sino un diálogo. Porque Dios mismo, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es diálogo, eterna e infinita comunión de amor y de vida.

Dios nos mostró el camino del encuentro y del diálogo al venir al mundo en la Persona del Verbo encarnado. Es más, Él mismo encarnó en sí mismo este camino, para que nosotros pudiéramos conocerlo y recorrerlo con confianza y esperanza.

Hermanas, hermanos, «qué sería el mundo sin ese diálogo paciente de tantas personas generosas que han mantenido unidas a familias y a comunidades» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 198). En este tiempo de pandemia nos damos cuenta de esto todavía más. Se pone a prueba nuestra capacidad de relaciones sociales, se refuerza la tendencia a cerrarse, a valerse por uno mismo, a renunciar a salir, a encontrarse, a colaborar. También en el ámbito internacional existe el riesgo de no querer dialogar, el riesgo de que la complejidad de la crisis induzca a elegir atajos, en vez de los caminos más lentos del diálogo; pero son estos, en realidad,

los únicos que conducen a la solución de los conflictos y a beneficios compartidos y duraderos.

En efecto, mientras el anuncio del nacimiento del Salvador, fuente de la verdadera paz, resuena a nuestro alrededor y en el mundo entero, vemos todavía muchos conflictos, crisis y contradicciones. Parece que no terminan nunca y casi pasan desapercibidos. Nos hemos habituado de tal manera que inmensas tragedias ya se pasan por alto; corremos el riesgo de no escuchar los gritos de dolor y desesperación de muchos de nuestros hermanos y hermanas.

Pensemos en el pueblo sirio, que desde hace más de un decenio vive una guerra que ha provocado muchas víctimas y un número incalculable de refugiados. Miremos a Irak, que después de un largo conflicto todavía tiene dificultad para levantarse. Escuchemos el grito de los niños que se alza desde Yemen, donde una enorme tragedia, olvidada por todos, se está perpetrando en silencio desde hace años, provocando muertos cada día.

Recordemos las continuas tensiones entre israelíes y palestinos que se prolongan sin solución, con consecuencias sociales y políticas cada vez mayores. No nos olvidemos de Belén, el lugar en el que Jesús vio la luz, que vive tiempos difíciles, también a causa de las dificultades económicas provocadas por la pandemia, que impide a los peregrinos llegar a Tierra Santa, con efectos negativos en la vida de la población. Pensemos en el Líbano, que sufre una crisis sin precedentes con condiciones económicas y sociales muy preocupantes.

Pero he aquí, en medio de la noche, el signo de esperanza. Hoy «el amor que mueve el sol y las otras estrellas» (*Paraíso*, XXXIII, 145), como dice Dante, se hizo carne. Vino en forma humana, compartió nuestros dramas y rompió el muro de nuestra indiferencia. En el frío de la noche extiende sus pequeños brazos hacia nosotros, está necesitado de todo, pero viene a darnos todo. A Él pidámosle la fuerza de *abrirnos al diálogo*. En este día de fiesta le imploramos que suscite en nuestros corazones anhelos de reconciliación y de fraternidad. A Él dirijamos nuestra súplica.

Niño Jesús, concede paz y concordia a Oriente Medio y al mundo entero. Sostén a todos los que están comprometidos en la asistencia humanitaria a las poblaciones que se ven forzadas a huir de su patria; consuela al pueblo afgano, que desde hace más de cuarenta años es duramente probado por conflictos que obligan a muchos a dejar el país.

Rey de las naciones, ayuda a las autoridades políticas a pacificar

las sociedades devastadas por tensiones y conflictos. Sostén al pueblo de Myanmar, donde la intolerancia y la violencia también golpean frecuentemente a la comunidad cristiana y los lugares de culto, y opacan el rostro pacífico de sus gentes.

Sé luz y sostén para quienes creen y trabajan en favor del encuentro y del diálogo, yendo incluso contra corriente, y no permitas que se propaguen en Ucrania las metástasis de un conflicto gangrenoso.

Príncipe de la Paz, asiste a Etiopía para que vuelva a encontrar el camino de la reconciliación y la paz a través de un debate sincero, que ponga las exigencias de la población en primer lugar. Escucha el grito de los pueblos de la región del Sáhel, que padecen la violencia del terrorismo internacional. Dirige tu mirada a los pueblos de los países del Norte de África que sufren a causa de las divisiones, el desempleo y la desigualdad económica, y alivia los sufrimientos de muchos hermanos y hermanas que sufren por los conflictos internos de Sudán y Sudán del Sur.

Haz que en los corazones de los pueblos del continente americano prevalezcan los valores de la solidaridad, la reconciliación y la pacífica convivencia, a través del diálogo, el respeto recíproco y el reconocimiento de los derechos y los valores culturales de todos los seres humanos.

Hijo de Dios, conforta a las víctimas de la violencia contra las mujeres que se difunde en este tiempo de pandemia. Ofrece esperanza a los niños y a los adolescentes víctimas de intimidación y de abusos. Da consuelo y afecto a los ancianos, sobre todo a los que se encuentran más solos. Concede serenidad y unidad a las familias, lugar primordial para la educación y base del tejido social.

Dios con nosotros, concede salud a los enfermos e inspira a todas las personas de buena voluntad para que encuentren las soluciones más adecuadas que ayuden a superar la crisis sanitaria y sus consecuencias. Haz que los corazones sean generosos, para hacer llegar la asistencia necesaria, especialmente las vacunas, a las poblaciones más pobres. Recompensa a todos los que demuestran responsabilidad y entrega al hacerse cargo de sus familiares, de los enfermos y de los más débiles.

Niño de Belén, permite que los prisioneros de guerra, civiles y militares, de los conflictos recientes, y quienes están encarcelados por razones políticas puedan volver pronto a sus hogares. No nos dejes indiferentes ante el drama de los emigrantes, de los desplazados y de los refugiados. «Sus ojos nos piden que no miremos a otra parte, que no reneguemos

de la humanidad que nos une, que hagamos nuestras sus historias y no olvidemos sus dramas» [1].

Verbo eterno que te has hecho carne, haznos diligentes hacia nuestra casa común, que también sufre por la negligencia con la que frecuentemente la tratamos, y motiva a las autoridades políticas a llegar a acuerdos eficaces para que las próximas generaciones puedan vivir en un ambiente respetuoso para la vida.

Queridos hermanos y hermanas:

Muchas son las dificultades de nuestro tiempo, pero más fuerte es la esperanza, porque «un niño nos ha nacido» (Is 9,5). Él es la Palabra de Dios y se ha hecho un infante, sólo capaz de llorar y necesitado de todo. Ha querido aprender a hablar, como cada niño, para que aprendiésemos a escuchar a Dios, nuestro Padre, a escucharnos entre nosotros y a dialogar como hermanos y hermanas. Oh Cristo, nacido por nosotros, enséñanos a caminar contigo por los senderos de la paz.

¡Feliz Navidad a todos!

[1] *Discurso en el Centro de acogida e identificación de Mitilene* (5 diciembre 2021).

Carta del Santo Padre Francisco a los matrimonios con ocasión del Año «Familia Amoris laetitia»

Queridos esposos y esposas de todo el mundo:

Con ocasión del Año «Familia Amoris laetitia», me acerco a ustedes para expresarles todo mi afecto y cercanía en este tiempo tan especial que estamos viviendo. Siempre he tenido presente a las familias en mis oraciones, pero más aún durante la pandemia, que ha probado duramente a todos, especialmente a los más vulnerables. El momento que estamos pasando me lleva a acercarme con humildad, cariño y acogida a cada persona, a cada matrimonio y a cada familia en las situaciones que estén experimentando.

Este contexto particular nos invita a hacer vida las palabras con las que el Señor llama a Abrahán a salir de su patria y de la casa de su padre hacia una tierra *desconocida* que Él mismo le mostrará (cf. Gn 12,1). También nosotros hemos vivido más que nunca la incertidumbre, la

soledad, la pérdida de seres queridos y nos hemos visto impulsados a salir de nuestras seguridades, de nuestros espacios de «control», de nuestras propias maneras de hacer las cosas, de nuestras apetencias, para atender no sólo al bien de la propia familia, sino además al de la sociedad, que también depende de nuestros comportamientos personales.

La relación con Dios nos moldea, nos acompaña y nos moviliza como personas y, en última instancia, nos ayuda a «salir de nuestra tierra», en muchas ocasiones con cierto respeto e incluso miedo a lo desconocido, pero desde nuestra fe cristiana sabemos que no estamos solos ya que Dios está en nosotros, con nosotros y entre nosotros: en la familia, en el barrio, en el lugar de trabajo o estudio, en la ciudad que habitamos.

Como Abrahán, cada uno de los esposos sale de su tierra desde el momento en que, sintiendo la llamada al amor conyugal, decide entregarse al otro sin reservas. Así, ya el noviazgo implica salir de la propia tierra, porque supone transitar juntos el camino que conduce al matrimonio. Las distintas situaciones de la vida: el paso de los días, la llegada de los hijos, el trabajo, las enfermedades son circunstancias en las que el compromiso que adquirieron el uno con el otro hace que cada uno tenga que abandonar las propias inercias, certidumbres, zonas de confort y salir hacia la tierra que Dios les promete: ser dos en Cristo, *dos en uno*. Una única vida, un «nosotros» en la comunión del amor con Jesús, vivo y presente en cada momento de su existencia. Dios los acompaña, los ama incondicionalmente. ¡No están solos!

Queridos esposos, sepan que sus hijos —y especialmente los jóvenes— los observan con atención y buscan en ustedes el testimonio de un amor fuerte y confiable. «¡Qué importante es que los jóvenes vean con sus propios ojos el amor de Cristo vivo y presente en el amor de los matrimonios, que testimonian con su vida concreta que el amor para siempre es posible!» [1]. Los hijos son un regalo, siempre, cambian la historia de cada familia. Están sedientos de amor, de reconocimiento, de estima y de confianza. La paternidad y la maternidad los llaman a ser generativos para dar a sus hijos el gozo de descubrirse hijos de Dios, hijos de un Padre que ya desde el primer instante los ha amado tiernamente y los lleva de la mano cada día. Este descubrimiento puede dar a sus hijos la fe y la capacidad de confiar en Dios.

Ciertamente, educar a los hijos no es nada fácil. Pero no olvidemos que ellos también nos educan. El primer ámbito de la educación sigue siendo la familia, en los pequeños gestos que son más elocuentes que las

palabras. Educar es ante todo acompañar los procesos de crecimiento, es estar presentes de muchas maneras, de tal modo que los hijos puedan contar con sus padres en todo momento. El educador es una persona que «genera» en sentido espiritual y, sobre todo, que «se juega» poniéndose en relación. Como padre y madre es importante relacionarse con sus hijos a partir de una autoridad ganada día tras día. Ellos necesitan una seguridad que los ayude a experimentar la confianza en ustedes, en la belleza de sus vidas, en la certeza de no estar nunca solos, pase lo que pase.

Por otra parte, y como ya he señalado, la conciencia de la identidad y la misión de los laicos en la Iglesia y en la sociedad ha aumentado. Ustedes tienen la misión de transformar la sociedad con su presencia en el mundo del trabajo y hacer que se tengan en cuenta las necesidades de las familias.

También los matrimonios deben «primerear» [2] dentro de la comunidad parroquial y diocesana con sus iniciativas y su creatividad, buscando la complementariedad de los carismas y vocaciones como expresión de la comunión eclesial; en particular, los «cónyuges junto a los pastores, para caminar con otras familias, para ayudar a los más débiles, para anunciar que, también en las dificultades, Cristo se hace presente» [3].

Por tanto, los exhorto, queridos esposos, a participar en la Iglesia, especialmente en la pastoral familiar. Porque «la corresponsabilidad en la misión llama [...] a los matrimonios y a los ministros ordenados, especialmente a los obispos, a cooperar de manera fecunda en el cuidado y la custodia de las Iglesias domésticas» [4]. Recuerden que la familia es la «célula básica de la sociedad» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 66). El matrimonio es realmente un proyecto de construcción de la «cultura del encuentro» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 216). Es por ello que las familias tienen el desafío de tender *puentes* entre las generaciones para la transmisión de los valores que conforman la humanidad. Se necesita una *nueva creatividad* para expresar en los desafíos actuales los valores que nos constituyen como pueblo en nuestras sociedades y en la Iglesia, Pueblo de Dios.

La vocación al matrimonio es una llamada a conducir un barco incierto —pero seguro por la realidad del sacramento— en un mar a veces agitado. Cuántas veces, como los apóstoles, sienten ganas de decir o, mejor dicho, de gritar: «¡Maestro! ¿No te importa que perezcamos?»

(Mc 4,38). No olvidemos que a través del sacramento del matrimonio Jesús está presente en esa barca. Él se preocupa por ustedes, permanece con ustedes en todo momento en el vaivén de la barca agitada por el mar. En otro pasaje del Evangelio, en medio de las dificultades, los discípulos ven que Jesús se acerca en medio de la tormenta y lo reciben en la barca; así también ustedes, cuando la tormenta arrecia, dejen subir a Jesús en su barca, porque cuando subió «donde estaban ellos, [...] cesó el viento» (Mc 6,51). Es importante que juntos mantengan la mirada fija en Jesús. Sólo así encontrarán la paz, superarán los conflictos y encontrarán soluciones a muchos de sus problemas. No porque estos vayan a desaparecer, sino porque podrán verlos desde otra perspectiva.

Sólo abandonándose en las manos del Señor podrán vivir lo que parece imposible. El camino es reconocer la propia fragilidad y la impotencia que experimentan ante tantas situaciones que los rodean, pero al mismo tiempo tener la certeza de que de ese modo la fuerza de Cristo se manifiesta en su debilidad (cf. 2 Co 12,9). Fue justo en medio de una tormenta que los apóstoles llegaron a conocer la realeza y divinidad de Jesús, y aprendieron a confiar en Él.

A la luz de estos pasajes bíblicos, quisiera aprovechar para reflexionar sobre algunas *dificultades* y *oportunidades* que han vivido las familias en este tiempo de pandemia. Por ejemplo, aumentó el tiempo de estar juntos, y esto ha sido una oportunidad única para cultivar el diálogo en familia. Claro que esto requiere un especial ejercicio de paciencia, no es fácil estar juntos toda la jornada cuando en la misma casa se tiene que trabajar, estudiar, recrearse y descansar. Que el cansancio no les gane, que la fuerza del amor los anime para mirar más al otro —al cónyuge, a los hijos— que a la propia fatiga. Recuerden lo que les escribí en *Amoris laetitia* retomando el himno paulino de la caridad (cf. nn. 90-119). Pidan este don con insistencia a la Sagrada Familia, vuelvan a leer el elogio de la caridad para que sea ella la que inspire sus decisiones y acciones (cf. Rm 8,15; Ga 4,6).

De este modo, estar juntos no será una penitencia sino un refugio en medio de las tormentas. Que el hogar sea un lugar de acogida y de comprensión. Guarden en su corazón el consejo a los novios que expresé con las tres palabras: «permiso, gracias, perdón» [5]. Y cuando surja algún conflicto, «nunca terminar el día en familia sin hacer las paces» [6]. No se avergüencen de arrodillarse juntos ante Jesús en la Eucaristía para encontrar momentos de paz y una mirada mutua hecha de ternura y

bondad. O de tomar la mano del otro, cuando esté un poco enojado, para arrancarle una sonrisa cómplice. Hacer quizás una breve oración, recitada en voz alta juntos, antes de dormirse por la noche, con Jesús presente entre ustedes.

Sin embargo, para algunos matrimonios la convivencia a la que se han visto forzados durante la cuarentena ha sido especialmente difícil. Los problemas que ya existían se agravaron, generando conflictos que muchas veces se han vuelto casi insostenibles. Muchos han vivido incluso la ruptura de un matrimonio que venía sobrellevando una crisis que no se supo o no se pudo superar. A estas personas también quiero expresarles mi cercanía y mi afecto.

La ruptura de una relación conyugal genera mucho sufrimiento debido a la decepción de tantas ilusiones; la falta de entendimiento provoca discusiones y heridas no fáciles de reparar. Tampoco a los hijos es posible ahorrarles el sufrimiento de ver que sus padres ya no están juntos. Aun así, no dejen de buscar ayuda para que los conflictos puedan superarse de alguna manera y no causen aún más dolor entre ustedes y a sus hijos. El Señor Jesús, en su misericordia infinita, les inspirará el modo de seguir adelante en medio de tantas dificultades y aflicciones. No dejen de invocarlo y de buscar en Él un refugio, una luz para el camino, y en la comunidad eclesial una «casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida a cuestas» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 47).

Recuerden que el perdón sana toda herida. Perdonarse mutuamente es el resultado de una decisión interior que madura en la oración, en la relación con Dios, como don que brota de la gracia con la que Cristo llena a la pareja cuando lo dejan actuar, cuando se dirigen a Él. Cristo «habita» en su matrimonio y espera que le abran sus corazones para sostenerlos con el poder de su amor, como a los discípulos en la barca. Nuestro amor humano es débil, necesita de la fuerza del amor fiel de Jesús. Con Él pueden de veras construir la «casa sobre roca» (Mt 7,24).

A este propósito, permítanme que dirija una palabra a los jóvenes que se preparan al matrimonio. Si antes de la pandemia para los novios era difícil proyectar un futuro cuando era arduo encontrar un trabajo estable, ahora aumenta aún más la situación de incerteza laboral. Por ello invito a los novios a no desanimarse, a tener la «valentía creativa» que tuvo san José, cuya memoria he querido honrar en este Año dedicado a él. Así también ustedes, cuando se trate de afrontar el camino del matrimonio, aun teniendo pocos medios, confíen siempre en la Provi-

dencia, ya que «a veces las dificultades son precisamente las que sacan a relucir recursos en cada uno de nosotros que ni siquiera pensábamos tener» (Carta ap. *Patris corde*, 5). No duden en apoyarse en sus propias familias y en sus amistades, en la comunidad eclesial, en la parroquia, para vivir la vida conyugal y familiar aprendiendo de aquellos que ya han transitado el camino que ustedes están comenzando.

Antes de despedirme, quiero enviar un saludo especial a los abuelos y las abuelas que durante el tiempo de aislamiento se vieron privados de ver y estar con sus nietos, a las personas mayores que sufrieron de manera aún más radical la soledad. La familia no puede prescindir de los abuelos, ellos son la memoria viviente de la humanidad, «esta memoria puede ayudar a construir un mundo más humano, más acogedor» [7].

Que san José inspire en todas las familias la valentía creativa, tan necesaria en este cambio de época que estamos viviendo, y Nuestra Señora acompañe en sus matrimonios la gestación de la «cultura del encuentro», tan urgente para superar las adversidades y oposiciones que oscurecen nuestro tiempo. Los numerosos desafíos no pueden robar el gozo de quienes saben que están caminando con el Señor. Vivan intensamente su vocación. No dejen que un semblante triste transforme sus rostros. Su cónyuge necesita de su sonrisa. Sus hijos necesitan de sus miradas que los alienten. Los pastores y las otras familias necesitan de su presencia y alegría: ¡la alegría que viene del Señor!

Me despido con cariño animándolos a seguir viviendo la misión que Jesús nos ha encomendado, perseverando en la oración y «en la fracción del pan» (*Hch* 2,42).

Y por favor, no se olviden de rezar por mí, yo lo hago todos los días por ustedes.

Fraternalmente,

Francisco

Roma, San Juan de Letrán, 26 de diciembre de 2021, Fiesta de la Sagrada Familia.

[1] Videomensaje a los participantes en el Foro «¿Hasta dónde hemos llegado con *Amoris laetitia*?» (9 junio 2021).

[2] Cfr Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 24.

[3] Videomensaje a los participantes en el Foro «¿Hasta dónde hemos llegado con *Amoris laetitia*?» (9 junio 2021).

[4] *Ibíd.*

[5] *Discurso a las familias del mundo con ocasión de su peregrinación a Roma en el Año de la Fe* (26 octubre 2013); cf. Exhort. ap. postsin. *Amoris laetitia*, 133.

[6] Catequesis del 13 de mayo de 2015. Cf. Exhort. ap. postsin. *Amoris laetitia*, 104.

[7] *Mensaje con ocasión de la I Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores* «Yo estoy contigo todos los días» (31 mayo 2021).

Homilía en las Primeras Vísperas de la Solemnidad de Santa María, Madre de Dios y *Te Deum* de acción de gracias

*Basílica de San Pedro
Viernes, 31 de diciembre de 2021*

En estos días la Liturgia nos invita a despertar en nosotros el asombro, el asombro ante el misterio de la Encarnación. La fiesta de Navidad es quizá la que más despierta esta actitud interior: asombro, maravilla, contemplación.... Como los pastores de Belén, que primero recibieron el luminoso anuncio angélico y luego se apresuraron a encontrar la señal que se les había indicado, el Niño envuelto en pañales en un pesebre. Con lágrimas en los ojos, se arrodillan ante el Salvador recién nacido. Pero no sólo ellos, María y José también se llenan de santo asombro ante lo que los pastores dicen haber oído del ángel sobre el Niño.

Es cierto: no se puede celebrar la Navidad sin asombro. Pero un asombro que no se limita a una emoción superficial —no es un asombro—, una emoción ligada a la exterioridad de la fiesta, o peor aún a un frenesí consumista. No. Si la Navidad se reduce a esto, nada cambiará: mañana será igual que ayer, el próximo año será igual que el anterior, y así sucesivamente. Significaría calentarnos por unos instantes con un fuego de paja, y no exponernos con todo nuestro ser a la fuerza del Acontecimiento, no captar el centro del misterio del nacimiento de Cristo.

Y el centro es éste: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (*Jn* 1, 14). Lo oímos repetir varias veces en esta liturgia vespertina, que

abre la solemnidad de María Santísima Madre de Dios. Es la primera testigo, la primera y la más grande, y al mismo tiempo la más humilde. La más grande porque es la más humilde. Su corazón está lleno de asombro, pero sin un rastro de romanticismo, sensiblería o espiritualismo. No. La Madre nos devuelve a la realidad, a la verdad de la Navidad, que está contenida en esas tres palabras de San Pablo: «nacido de mujer» (*Gal 4,4*). El asombro cristiano no procede de los efectos especiales, de los mundos fantásticos, sino del *misterio de la realidad*: ¡no hay nada más maravilloso y sorprendente que la realidad! Una flor, un terrón de tierra, una historia de vida, un encuentro... El rostro arrugado de un anciano y el rostro recién florecido de un niño. Una madre sosteniendo y amamantando a su hijo. El misterio brilla allí.

Hermanos y hermanas, el asombro de María, el asombro de la Iglesia está lleno de *gratitud*. La gratitud de la Madre que, contemplando a su Hijo, siente la cercanía de Dios, siente que Dios no ha abandonado a su pueblo, que Dios ha venido, que Dios está cerca, es Dios-con-nosotros. Los problemas no han desaparecido, las dificultades y las preocupaciones no faltan, pero no estamos solos: el Padre «envió a su Hijo» (*Gal 4,4*) para redimirnos de la esclavitud del pecado y devolvernos la dignidad de hijos. Él, el Unigénito, se convirtió en el primogénito entre muchos hermanos y hermanas, para conducirnos a todos, perdidos y dispersos, de vuelta a la casa del Padre.

Esta época de pandemia ha aumentado la sensación de desconcierto en todo el mundo. Tras una primera fase de reacción, en la que nos sentimos solidarios en el mismo barco, se ha extendido la tentación del «sálvese quien pueda». Pero gracias a Dios hemos reaccionado de nuevo, con sentido de la responsabilidad. En efecto, podemos y debemos decir «gracias a Dios», porque la elección de la responsabilidad solidaria no viene del mundo: viene de Dios; más aún, viene de Jesucristo, que ha impreso de una vez por todas en nuestra historia el «rumbo» de su vocación original: ser todos hermanos y hermanas, hijos del único Padre.

Roma lleva esta vocación escrita en su corazón. En Roma parece que todos se sienten hermanos; en cierto sentido, todo el mundo se siente como en casa, porque esta ciudad guarda en sí misma una apertura universal. Me atrevo a decir: es la ciudad universal. Viene de su historia, de su cultura; viene sobre todo del Evangelio de Cristo, que ha echado aquí profundas raíces, fecundadas por la sangre de los mártires, empezando por Pedro y Pablo.

Pero incluso en este caso, tengamos cuidado: una ciudad acogedora y fraternal no se reconoce por su «fachada», por las palabras, por los actos altisonantes. No. Se reconoce por su atención cotidiana, por su atención «del día a día» a los que más les cuesta luchar contra las dificultades, a las familias que más sienten el peso de la crisis, a las personas con graves discapacidades y sus familias, a los que necesitan transporte público para ir a trabajar cada día, a los que viven en los suburbios, a los que se han visto desbordados por algún fracaso en sus vidas y necesitan servicios sociales, etc. Es la ciudad que mira a cada uno de sus hijos, a cada uno de sus habitantes, incluso a cada uno de sus huéspedes.

Roma es una ciudad maravillosa, que no deja de encantar; pero para quienes la habitan es también una ciudad agotadora, desgraciadamente no siempre digna para sus ciudadanos y huéspedes, una ciudad que a veces parece descartar. La esperanza, pues, es que todos, los que viven y los que están por trabajo, peregrinación o turismo, puedan apreciarla cada vez más por su cuidado en la acogida de los más frágiles y vulnerables, la dignidad de la vida, la casa común. Que todo el mundo se sorprenda al descubrir en esta ciudad una belleza que yo diría que es «coherente», y que inspira gratitud. Este es mi deseo para este año.

Hermanas y hermanos, hoy la Madre —la Madre María y la Madre Iglesia— nos muestra al Niño. Nos sonrío y dice: «Él es el Camino. Sigámosle, tengamos confianza. No decepciona». Sigámosle en nuestro camino cotidiano: Él da plenitud al tiempo, da sentido a las acciones y a los días. Tengamos confianza, en los momentos felices y en los dolorosos: la esperanza que Él nos da es la esperanza que nunca defrauda.

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

7 de noviembre, Día de la Iglesia diocesana: «somos una gran familia contigo». Campaña Sostenimiento de la Iglesia

26 de octubre de 2021

El secretariado para el Sostenimiento de la Iglesia lanza la campaña para el Día de la Iglesia Diocesana, que este año se celebra el domingo 7 de noviembre. «**Somos lo que tú nos ayudas a ser. Somos una gran familia contigo**» es el lema que **recuerda que juntos**, como familia, logramos una parroquia activa que responde a la llamada de Dios. Juntos somos Iglesia Diocesana, poniendo todo lo que somos al servicio de los otros y colaborando juntos llevamos a cabo la labor de la Iglesia. Juntos logramos una parroquia viva, comprometida, **apasionada por Jesucristo y entregada a los demás**.

Día de la Iglesia diocesana: la importancia de ponerse al servicio de los demás

Esta campaña nos recuerda cada año que en la parroquia nacemos a la fe y en ella descubrimos que somos una familia dentro de otra gran familia, la de los hijos de Dios. Por eso, una vez al año celebramos de una manera especial ese sentimiento y recordamos lo importante que es poner lo que somos al servicio de los demás.

Por eso durante todo el año, aunque lo recordamos especialmente en este día, se nos pide que nos sintamos parte de ese hogar al que pertenecemos.

Esta campaña también nos activa a colaborar para hacer una parroquia más comprometida, más cercana y entregada a lo demás. Porque, juntos, llegamos más lejos. Una participación en la que cada uno aporta

según sus posibilidades y sus circunstancias: Con tu tiempo, con tus cualidades, con tu oración, con un donativo. Se trata de que poner lo que somos al servicio de los otros y en la Iglesia.

Tu oración:

Puedes rezar por tu parroquia porque tu oración es necesaria y será el alma de toda la actividad que se realice. Con ella, los frutos serán mayores y más permanentes.

Tu tiempo:

Dedica algo de tu tiempo en tu parroquia a los demás. El tiempo que puedas: media hora, una, tres horas... Lo que se ajuste a tu situación de vida.

Tus cualidades:

Cada uno puede aportar un poco de lo que sabe: una sonrisa cercana, una mano que apoya un hombro desconsolado, remangarte cuando sea necesario, acompañar en silencio al que sufre.

Tu apoyo económico:

Haz un donativo. Con tu aportación periódica ayudas más, porque permiten elaborar presupuestos y mejorar la utilización de los recursos y planificar acciones a medio y largo plazo.

Las cifras las sostienen las personas

Con motivo del Día de la Iglesia diocesana se edita la revista Nuestra Iglesia. Una edición por cada diócesis en la que ofrecen sus datos económicos para que el Pueblo de Dios esté informado de las cuentas de la Iglesia. También se encuentran los datos de la actividad de la Iglesia en sus distintas facetas: celebrativa, pastoral, evangelizadora, educativa, cultural y caritativa-social.

Y tú, ¿qué vives en la Iglesia?

El secretariado para el Sosténimiento de la Iglesia, además, invita a unirse a esta celebración a través de las redes sociales. Y tú, ¿qué vives en la Iglesia? Comparte una foto o vídeo que sea significativo para ti con el hashtag #SomosIglesia24Siete.

Nota de la Comisión Episcopal para la Educación y Cultura en torno a la asignatura de Religión

4 de noviembre 2021

La **Comisión Episcopal para la Educación y Cultura** ha hecho pública hoy, jueves 4 de noviembre, una nota a raíz de los proyectos de Decretos de Enseñanzas Mínimas presentados a las Comunidades Autónomas.

Nota de la Comisión Episcopal para la Educación y Cultura

1. Tal como ya expresamos en **la Nota de noviembre de 2020**, la actual Ley de Educación no nació de un pacto educativo y su urgente tramitación -en tiempo de pandemia y en estado de alarma- impidió «una adecuada participación de toda la comunidad educativa». Lamentamos, especialmente, que la dimensión espiritual y religiosa de las personas y de los pueblos no está suficientemente recogida en la Ley. No obstante, consideramos aportaciones positivas la preocupación por la formación humana del alumnado, el reconocimiento de la responsabilidad de las familias, o la referencia al marco internacional y a las competencias clave de la UE.
2. El presidente de la Comisión, en su intervención en el **Foro sobre el nuevo currículo de Religión** de febrero 2021, recordaba -después de la aprobación de la Ley- que «nos hubiera gustado que la propuesta que la Conferencia Episcopal realizó al Ministerio en Julio de 2020, hubiera encontrado acogida en los planteamientos legislativos y que se hubiese logrado un mejor acomodo de la clase de Religión en el sistema educativo. El texto finalmente aprobado mantiene una situación ya conocida, que no es del todo satisfactoria para nosotros».
3. La Comisión, en el ejercicio de su responsabilidad, ha elaborado el **currículo de la asignatura** en diálogo con el marco pedagógico de la LOMLOE. Se pone así de manifiesto el lugar propio de la Enseñanza Religiosa Escolar en el proceso educativo integral, así

como su capacidad de estar presente en la escuela respetando su naturaleza y sus exigencias pedagógicas, como las demás asignaturas.

4. Conocidos los proyectos de desarrollo de la LOMLOE, reconocemos que ha mantenido la oferta obligatoria de Religión católica en todas las etapas, desde el segundo ciclo de Infantil hasta Bachillerato, y que se ha regulado su evaluación «en los mismos términos y con los mismos efectos que las otras áreas/materias». No se entiende, sin embargo, que en estos Proyectos dicha evaluación no sea tenida en cuenta en las etapas superiores, a efectos de la computabilidad. Y consideramos un error que no se haya ofrecido al alumnado que no elige Religión un área/materia en condiciones equiparables; se evitaría todo riesgo de discriminación y habría sido una mejor respuesta a las exigencias derivadas de las competencias clave.
5. Se ha perdido la oportunidad de mantener al menos el horario mínimo LOE, ley a la que la LOMLOE da continuidad. Sorprende que en una apuesta por un modelo competencial se limite al mínimo posible la carga lectiva en un ámbito tan decisivo para la educación de la persona como es el de la ERE.
6. Considerando que, según regula la LOMLOE, las Comunidades Autónomas tienen competencia para determinar buena parte de los contenidos curriculares, solicitamos a las respectivas Administraciones educativas una ampliación razonable del horario del área/materia de Religión, sin reducirlo a lo establecido por el Ministerio en el ámbito de sus competencias sobre Enseñanzas Mínimas. Mantenemos abierto igualmente el diálogo con el Ministerio para su posible regulación en el territorio de su competencia.
7. La propuesta de atención educativa, para quien no elige Religión, regulada en los proyectos de Enseñanzas Mínimas mediante el trabajo de competencias transversales, puede facilitar la organización escolar. Es responsabilidad grave de las autoridades educativas y derecho del alumnado que se programe y realice el trabajo escolar así regulado, imprescindible dada la importancia de esta

dimensión de la educación y para evitar toda discriminación.

8. Sorprende que en los proyectos de Decretos de Enseñanzas Mínimas no se haga referencia a la propuesta de «Cultura religiosa no confesional» prevista en la Disposición Adicional Segunda de la LOMLOE, que bien podría constituir una propuesta de atención educativa para el alumnado que no elija Religión.
9. La Comisión Episcopal para la Educación y Cultura ha intentado encontrar una solución positiva y asumible por todas las partes a la situación de la Enseñanza Religiosa Escolar, ofreciendo también propuestas concretas. En este tiempo que se abre tras la regulación de las Enseñanzas Mínimas, reiteramos la voluntad de diálogo con las Administraciones educativas en el ámbito de sus competencias.
10. Conscientes de la importancia fundamental del bien de la educación para el alumnado, sus familias y toda la sociedad, proponemos la presencia de la propuesta educativa cristiana y el valor de su contribución al mundo de la enseñanza. No perdemos la esperanza de llegar a acuerdos y pactos en materia educativa que sean inclusivos y que cuenten con todos.

Comisión Episcopal para la Educación y Cultura

6 de noviembre, memoria de 2.053 mártires de la persecución religiosa del S. XX en España

5 de noviembre de 2021

El **6 noviembre la Iglesia celebra**, con rango de memoria obligatoria, a los **2.053 mártires (12 santos y 2.041 beatos) de la persecución religiosa del siglo XX en España** que están ya en los altares. **San Pedro Poveda**, presbítero diocesano y fundador de la **Institución Teresiana**, y **san Inocencio de la Inmaculada**, religioso **pasionista**, encabezan la **multitud de santos y beatos, obispos, sacerdotes, consagrados y laicos**,

que dieron a Cristo el testimonio supremo del amor, martirizados en odio a la fe en España, entre 1931 y 1939, durante la persecución religiosa contra la Iglesia.

Para facilitar esta celebración, se dispone de un subsidio litúrgico preparado para esta festividad con oraciones propias.

Los mártires son luz, esperanza y fortaleza para el mundo de hoy

Desde el año 2010 se celebra la memoria de estos mártires, unos días después de la fiesta de Todos los Santos, con la que se inicia el mes de noviembre. La evocación de los santos es un recordatorio de que **todos**, cada uno de nosotros con sus características peculiares, **estamos llamados a la santidad. Es el caso -detalla la oficina para las Causas de los Santos- de los más de 10.000 mártires de la persecución religiosa del siglo XX en España**, de entre los que ya contamos con **2.053 en los altares**.

La oficina para las Causas de los Santos también destaca que «ellos son nuestros contemporáneos, hombres y mujeres como nosotros quienes, llegado el momento de la prueba, dejaron que les fuera arrebatada la vida por dar testimonio de su fe y lo hicieron como Cristo, perdonando. **«Esto es luz, esperanza y fortaleza para el mundo de hoy**

En su día, recordemos especialmente a nuestros mártires y roguemos a la Santísima Trinidad que, **por su ejemplo e intercesión, se nos conceda confesar la fe con fortaleza, de palabra y de obra en las circunstancias de cada día**», señalan.

Nota y rueda de prensa final de la 118ª Asamblea Plenaria

19 de noviembre de 2021

Los obispos españoles han celebran del 15 al 19 de noviembre su 118ª **Asamblea Plenaria**. Después de cuatro días de trabajo en la sede de la Conferencia Episcopal (CEE), **63 obispos españoles, dos administradores diocesanos y los dos vicesecretarios de la CEE**, acompañados del nuncio apostólico en España, **Mons. Bernardito C. Auza, peregrinan este viernes a Santiago de Compostela** con motivo del **Año Jubilar Compostelano**.

Desde Santiago de Compostela han informado sobre los trabajos de la Asamblea Plenaria el secretario general de la CEE, **Mons. Luis Argüe-**

llo, y el vicesecretario para asuntos económicos, **Fernando Giménez Barriocanal**.

Peregrinación a Santiago de Compostela

A su llegada a Santiago, los obispos han sido saludados por el **alcalde de Santiago, Xosé A. Sánchez Bugallo**, y por el **presidente de la Xunta, Alberto Núñez Feijóo**.

El acto central ha sido la **Misa del Peregrino** a las **11.00 horas en la catedral**. Los obispos han accedido al templo, en torno a las 10.45 horas, por la Puerta Santa para venerar, en la cripta, el sepulcro del Apóstol Santiago.

Ha **presidido** la celebración eucarística el arzobispo de Santiago, **Mons. Julián Barrio**. «El Año Santo, explicaba el prelado al inicio de la homilía- es <tiempo favorable para curar las heridas, para no cansarnos de buscar a cuantos esperan ver y tocar con la mano los signos de la cercanía de Dios, para ofrecer a todos, el camino del perdón y de la reconciliación> y para cultivar la memoria penitencial, reconociendo con humildad lo que hemos podido hacer mal y lo que tal vez podíamos haberlo hecho mejor. Es necesario asumir el pasado para liberar el futuro de las propias insatisfacciones, confusiones o proyecciones». Tras la lectura del Evangelio, el presidente de la CEE, **cardenal Juan José Omella**, ha hecho la **ofrenda al Apóstol** en nombre de los **obispos españoles**: «Como peregrinos llegamos ante ti, para pedir tu protección sobre todos los proyectos de nuestras Iglesias locales, así como tu presencia alentadora en los gozos y sufrimientos de nuestro pueblo y de todas nuestras comunidades a las que servimos como pastores. De manera especial te presentamos la preocupación y el dolor de los habitantes de La Palma, que llevan ya más de dos meses bajo la erupción del volcán. A ellos deseamos llegue, no solo la oración, tan necesaria, sino también la solidaridad de todos los pueblos de España».

Sesión inaugural de la Asamblea Plenaria

La Asamblea Plenaria comenzaba los trabajos el lunes 15 en la sede de la CEE con el saludo de su presidente y arzobispo de Barcelona, **cardenal Juan José Omella**. A continuación, intervino el nuncio apostólico en España, **Mons. Bernardito C. Auza**, con su habitual saludo a los obispos españoles.

Se han incorporado a la Asamblea Plenaria, como nuevos miembros, el obispo de **Mondoñedo-Ferrol, Mons. Fernando García Cadiñanos**, y el de **Teruel y Albarracín, Mons. José Antonio Satué Huerto**, tras ser consagrados obispos el pasado mes de septiembre. Ambos **se han incorporado a la Comisión Episcopal para la Pastoral social y Promoción humana**.

Itinerario del Sínodo de los obispos y nueva fecha para la finalización de la fase diocesana en España

Uno de los temas del orden del día ha sido la puesta en marcha del Itinerario del **Sínodo** de los obispos que se celebra con el tema, «Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión». Para ello se ha contado con las intervenciones del subsecretario del Sínodo de los obispos, el agustino español **Mons. Luis Marín de San Martín**, y del obispo responsable del equipo sinodal, **Mons. Vicente Jiménez**.

Ya en la sesión inaugural, el **cardenal Omella** quiso resaltar la importancia de este Sínodo, que desde mediados de octubre vive su fase diocesana. La CEE apoya en este proceso a las diócesis a través de un equipo sinodal que, entre otras acciones, ha editado distintos materiales.

La Plenaria, además, ha marcado **el 11 de junio como nueva fecha para la celebración de la Asamblea Sinodal Española**, con la que finaliza la fase diocesana. Inicialmente había sido fijada para el 30 de abril, pero el Consejo Ordinario del Sínodo de los obispos amplió el plazo hasta el 15 de agosto de 2022.

Temas sobre Familia y Vida

El presidente de la **Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida, Mons. José Mazuelos**, ha presentado para su estudio el borrador del documento «Orientaciones para la pastoral de las personas mayores en el contexto actual».

Tras recoger las aportaciones que se han hecho en esta Asamblea, un equipo coordinado por la Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida, seguirán trabajando en este texto. El equipo estará formado por la **Subcomisión Episcopal para la Acción Caritativa y Social**, el departamento de Pastoral de la Salud, **CONFER**, Fundación **LARES** y movimiento **Vida Ascendente**.

También se ha avanzado en el programa de **La Semana del Matrimonio**, que tendrá lugar del 14 al 20 de febrero de 2022. La CEE se une así

al Año «*Familia Amoris Laetitia*».

Protección de menores

La Asamblea Plenaria ha aprobado el Decreto General sobre la **protección de menores**. Es la **primera Conferencia Episcopal en el mundo que aprueba este un conjunto de normas** para afrontar los casos de abusos sexuales contra los menores de edad y personas que tienen habitualmente un uso imperfecto de razón. Este texto recoge en un único documento, la normativa canónica dispersa en varios documentos, y **tendrá validez en todas las diócesis españolas, en las instituciones religiosas de derecho diocesano**. Será también un buen instrumento para su aplicación en las de derecho pontificio. Su implantación **permitirá una mayor coordinación y rapidez para afrontar este tipo de casos** y también que se garantiza los derechos de todas las partes **clarificando aspectos que antes se interpretaban por analogía jurídica**. Este decreto incorpora ya las modificaciones que la Santa Sede introdujo, sobre esta materia, en el libro VI del Código de Derecho Canónico, que fue presentado el pasado 1 de junio de este año. El decreto general entrará en vigor en el momento en que reciba la *recognitio* de la Santa Sede.

También en relación a la protección de menores, **la Asamblea Plenaria ha concretado la formación y el trabajo del Servicio de coordinación y asesoramiento para las Oficinas de protección de menores**. Se han recogido las aportaciones de los responsables de las Oficinas diocesanas o provinciales con las que tuvo lugar un encuentro en Madrid el pasado mes de septiembre.

En esta reunión, de carácter técnico, se vislumbró la necesidad cada vez más amplia de acoger a todo tipo de personas que solicitan ayuda por abusos que han tenido lugar en otros ámbitos. También se habló de los servicios comunes que puede ofrecer la CEE para facilitar el trabajo de estas oficinas. Para ello, la Asamblea Plenaria, ha estudiado la formación de un equipo de personas en la Conferencia que pueda ayudar y prestar los servicios que las oficinas demanden.

Visita *ad limina apostolorum* de los obispos españoles

La Asamblea Plenaria también ha ultimado los detalles de la visita *ad limina apostolorum*, que comenzará el próximo 13 de diciembre. En esta ocasión, los obispos se organizarán en cuatro grupos, distribuidos por

provincias eclesiásticas, con el siguiente orden:

- 1º grupo, del 13 al 18 de diciembre: (24 obispos) de las provincias eclesiásticas de Santiago de Compostela, Oviedo, Burgos, Pamplona y Tudela y Zaragoza.
- 2º grupo, del 10 al 15 de enero: (22 obispos) de las provincias eclesiásticas de Tarragona, Barcelona y Valencia.
- 3º grupo, del 17 al 22 de enero: (18 obispos) de las provincias eclesiásticas de Granada, Sevilla y Mérida-Badajoz.
- 4º Grupo, del 24 al 29 de enero: (20 obispos) de las provincias eclesiásticas de Toledo, Madrid, Valladolid y el Ordinariato Castrense.

Además de la audiencia con el Santo Padre, los obispos celebrarán la Eucaristía en las cuatro Basílicas Romanas y visitarán distintos Dicasterios.

Otros temas del orden del día

El orden del día también ha incluido la **aprobación** de los Estatutos de la CEE y de sus organismos. Los obispos han recibido la información sobre el **proyecto de estructura y funcionamiento del Consejo de Estudios y Proyectos de la CEE**. La creación de este Consejo es una de las actividades previstas en el plan de acción de la CEE, «**Fieles al envío misionero**», que se aprobó en la Plenaria de abril de 2021. Será debatido en la próxima Asamblea Plenaria.

Los obispos de la Asamblea Plenaria también **han dado el visto bueno a la redacción de un documento sobre la actual situación de la sociedad española, que llevará por título «Persona, Familia y Bien Común»**, después de conocer un primer borrador con el esquema del texto.

Por último, han aprobado la traducción al español y a las lenguas cooficiales –catalán, euskera y gallego– de los textos litúrgicos de la Memoria de San Juan de Ávila; de Santas Marta, María y San Lázaro; de Santa Hildegarda de Bingen; y de San Gregorio de Narek. Ha presentado estos textos el presidente de la **Comisión Episcopal para Liturgia, Mons. Leonardo Lemos Montanet**.

Durante estos días los presidentes de las Comisiones Episcopales han informado sobre las distintas actividades que están desarrollando. También se han tratado diversos asuntos de seguimiento.

Con respecto al tema de **asociaciones nacionales**, se ha aprobado la disolución de la «Comisión Católica Española de la Infancia, secretariado

de prensa y literatura infantil» (CCEI) y la modificación de estatutos de la Asociación de Caridad de San Vicente de Paúl.

La Subcomisión para la Juventud y la Infancia informó en la Plenaria de los trabajos realizados para la organización de la **Peregrinación Europea de Jóvenes que tendrá lugar en Santiago de Compostela entre el 4 y el 8 de agosto de 2022** con el lema «Joven levántate y sé testigo. El Apóstol Santiago te espera» es el lema de este Encuentro, que se convoca con motivo del Año Santo Compostelano 2021. 10.000 jóvenes están ya inscritos para participar en esta peregrinación.

Constitución del Fondo Común Interdiocesano y Presupuestos de la CEE para 2022

Como es habitual en la Plenaria de noviembre, se han aprobado los balances y liquidación presupuestaria del año 2020, los criterios de constitución y distribución del **Fondo Común Interdiocesano** y los **presupuestos de la CEE** y de los organismos que de ella dependen para el año 2022.

A. Presupuesto del Fondo Común Interdiocesano para 2022

El Fondo Común Interdiocesano es el instrumento a través del cual se canaliza la distribución de la asignación tributaria a las diócesis españolas y otras realidades eclesiales.

La Asamblea Plenaria de noviembre de 2021 ha aprobado la Constitución y reparto del Fondo Común Interdiocesano para 2022 en los siguientes términos.

Constitución del fondo (Recursos o ingresos)

El Fondo Común Interdiocesano se constituye fundamentalmente con la partida correspondiente a la Asignación tributaria.

El importe a recibir de la Asignación tributaria en 2022, viene determinado por el resultado de la campaña de asignación correspondiente al IRPF 2020, campaña 2021. En concreto el dinero disponible será resultado de la liquidación de la última declaración efectuada y los pagos a cuenta previstos en el 70% del importe de la última liquidación definitiva. Dichos datos, de acuerdo con el mecanismo establecido de comunicación, no están disponibles a la hora de hacer el presupuesto por lo que procede realizar una estimación.

Se ha establecido como cantidad objetivo algo más de 295 millones de

euros, lo que representa un 3,5% de incremento con respecto al año anterior.

La Asamblea Plenaria ha aprobado que en el caso de que la partida definitiva sufra importantes modificaciones, el Consejo de Economía pueda ajustar el presupuesto a la cantidad real, o bien aplicar recursos del fondo de reserva.

Distribución del Fondo (empleos o gastos)

La distribución del Fondo Común Interdiocesano se realiza en dos bloques: unas partidas las ejecuta y distribuye la Conferencia Episcopal a sus finalidades respectivas; el resto son remitidas a las diócesis por distintos conceptos que miden las necesidades de fondos de las mismas. Este envío no constituye una aplicación directa de fondos sino un método para evaluar necesidades. Las cantidades que recibe cada diócesis se integran en su presupuesto diocesano para financiar el conjunto de necesidades

Envío a las diócesis. Las diócesis perciben fondos teniendo en cuenta los siguientes factores:

1. Una cantidad lineal. Para atender gastos mínimos y beneficiar así a las diócesis más pequeñas
 2. Módulos en función de los sacerdotes. Unos módulos calculados en función del número de sacerdotes de cada diócesis y su dependencia total o parcial del presupuesto diocesano.
 3. Módulos de atención pastoral. Se trata de módulos que tienen en cuenta el número de templos, la extensión de las diócesis, los habitantes y el tamaño medio de la parroquia.
 4. Seminarios. Se trata de un reparto establecido por la Comisión Episcopal de Seminarios en función de la existencia de centros de estudios, bibliotecas, pastoral vocacional, número de seminaristas, etc.
- *Seguridad Social del Clero.* Importe de las cotizaciones pagadas a la Seguridad Social por el conjunto de clérigos diócesis. Todos los clérigos diocesanos cotizan por el salario mínimo interprofesional, de acuerdo con el Real Decreto 2398/1977, de 27 de agosto de incorporación del Clero diocesano a la Seguridad Social. La Conferencia Episcopal realiza el pago centralizado de manera trimestral.

- **Retribuciones Señores Obispos.** Cantidad total empleada en la retribución de todos los Obispos de España. Se realiza una estimación del total del número de Obispos
- **Ayuda a proyectos de rehabilitación y construcción de templos.** Se trata de una ayuda compensatoria a las entidades de la Iglesia por la pérdida de la exención de IVA en la construcción de templos. La Conferencia solicita todos los proyectos de ejecución de obra y concede el importe correspondiente al 50% del IVA de las nuevas construcciones y el 25% de las rehabilitaciones
- **Centros de formación.** Total de ayudas a distintas instituciones de formación como la Universidad Pontificia de Salamanca, Facultades eclesiásticas, Colegio Español de Roma, Centro Montserrat en Roma y Casa de Santiago en Jerusalén
- **Aportación a la actividad caritativa (Caritas).** Esta aportación, que con motivo de la crisis de 2009 se aprobó con carácter extraordinario, se ha aprobado consolidarla como una cantidad permanente de aplicación a la actividad caritativa que cada diócesis empleará con esa finalidad. Por ello, este es el último ejercicio en el que esta partida se presenta de manera independiente, dotándose un módulo específico para esta necesidad en la cantidad enviada a las Diócesis.
- **Actividades pastorales nacionales.** Se trata de una partida para cubrir distintos proyectos aprobados por la Asamblea Plenaria en cada año.
- **Campañas de Financiación de la Iglesia.** Importe para invertir en las campañas de la asignación tributaria y día de la Iglesia diocesana
- **Funcionamiento de la Conferencia Episcopal.** Aportación al presupuesto de mantenimiento de la estructura de la Conferencia Episcopal
- **Actividades pastorales en el extranjero.** Incluye la aportación al Fondo Nueva Evangelización y las ayudas a las Conferencias Episcopales del Tercer Mundo.
- **Conferencia de religiosos.** Aportación a los fines generales de la CONFER.
- **Insularidad.** Ayuda para compensar gastos específicos de transporte de las diócesis con insularidad.
- **Instituciones Santa Sede.** Aportación a la Santa Sede (Óbolo de San

Pedro) y al mantenimiento del Tribunal de la Rota.

- **Fondo intermonacal.** Se trata una partida destinada a ayudas puntuales a religiosas contemplativas en el pago de la seguridad social.
- **Plan de transparencia.** Esta partida sirve para atender a los distintos programas del Plan de Transparencia aprobado por la Conferencia Episcopal, como la oficina de transparencia, el desarrollo y difusión de la memoria de actividades, etc.
- **Ordinariato de las Iglesias Orientales.** Esta partida se ha habilitado para cubrir las necesidades pastorales específicas del nuevo ordinariato creado por el Santo Padre.

B. Presupuesto de la Conferencia Episcopal para 2022

El presupuesto se presenta equilibrado con un descenso del 0,6 % en el volumen de gastos e ingresos previstos en relación con el presupuesto aprobado para el año 2021.

Presupuesto de ingresos

Se prevé un ligero aumento del presupuesto de ingresos por el incremento de la aportación del Fondo Común, aunque proporcionalmente menor al incremento del mismo.

Presupuesto de gastos

Se continúa realizando un realizado un esfuerzo en la contención de gastos y la reducción de estos, aunque adecuando las partidas a lo realmente ejecutado en el último ejercicio cerrado.

